



JAVI
NIEVES

GENERACIÓN EGB

*Por mí, y por todos
mis compañeros...*



Lectulandia

¿Te marcó la muerte de Chanquete?

¿Te obligaba tu madre a beber muy rápido el zumo de naranja porque se le iban las vitaminas?

¿Tenías que esperar dos horas para hacer la digestión antes de bañarte en la piscina?

¿Rebobinabas las cintas de música con un boli Bic?

Si la respuesta es afirmativa, eres de los nuestros. ¡Por tus venas corre el gen de la EGB!

Generación EGB es un libro basado en la sección del mismo nombre del programa La Mañana de COPE, que conduce Javi Nieves. Un viaje al pasado que pretende sacudir la memoria de los que crecimos a base de Bollycaos y bocadillos de Tulipán, entre partidos de fútbol-chapa y clases de mecanografía. Una mirada nostálgica, divertida e irónica a aquellos años.

Lectulandia

Javi Nieves

Generación EGB

Por mí, y por todos mis compañeros...

ePub r1.0

Banshee 04.11.13

Título original: *Generación EGB*

Javi Nieves, 2013

Editor digital: Banshee

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO 1

EL COLEGIO



Nos libramos de la reválida que tanto temían nuestros hermanos mayores y de tener que estudiar la lista de los reyes godos, pero a los niños de la EGB nadie nos lo iba a poner fácil. Nos convencieron de que para ser alguien en la vida había que tener una carrera, que eso nos aseguraba el futuro, así que por delante nos esperaban unos cuantos años de atender al encerado, hincar los codos... y aprender mecanografía.

ASÍ ERAN NUESTROS COMPAÑEROS DE CLASE

Los que fuimos a EGB llamábamos a nuestros compañeros de clase por su apellido: Paniagua, Llanos, Quismondo, Vidal, Romero, Ortiz... Era un mero formulismo, porque la verdad es que respeto, lo que se dice respeto, no nos teníamos mucho. Éramos de mote fácil y no tardábamos en adjudicarnos nuestro auténtico nombre. Sí, ese que nos ha dejado traumatizados para los restos.

Todos hemos sufrido al «pelota» que se sentaba siempre en la primera fila y levantaba la mano hasta para levantar la mano. Solía ser también el cuatro ojos y el repelente niño Vicente. Además, estaban el manta y el chupón, a los que nadie quería en su equipo de fútbol; el llorón, la masa —el gordito de la clase que siempre quería comerse nuestro bocadillo—, el cabeza buque, el altruista, el Dumbo, el salido, el raro —ahora sería el friqui—, el MacGyver —que tenía soluciones para todo—, la marimacho, el chivato o el velas —siempre con aquel moco asomando que subía y bajaba como un yoyó.

QUÉ PROFESORES NOS MARCARON

A un compañero de pupitre en quinto fue el de Lengua, que harto de que no dejara de incordiar acabó por tirarle un borrador a la cabeza: el del encerado. Le dio con el canto de madera y le dejó de recuerdo permanente una cicatriz en la frente. Qué tiempos aquellos en los que a los maestros se les permitía recurrir al lanzamiento de objetos para tratar de hacer carrera de nosotros...

Hay que reconocer que teníamos cierta práctica en sacar de quicio a los mayores y que se nos daba especialmente bien con nuestros profesores. Todos hemos tenido uno que un buen día desaparecía sin dejar rastro durante evaluaciones enteras. En clase no hablamos de otra cosa y nuestras especulaciones daban pie a leyendas urbanas de todo tipo. La que mejor le dejaba daba con sus huesos en la cárcel.

Cuando regresaba —algo que solía pasar después de las vacaciones de Navidad—

lo hacía con mejor cara. Parecía otra persona, como con «más lustre», que decían nuestras abuelas. Una semana más tarde volvía a tener ojeras, al mes siguiente parecía demacrado y antes de los exámenes ya había derribado a otro compañero de un nuevo certero lanzamiento de borrador. El tío tenía puntería. Con el tiempo caímos en la cuenta de que éramos nosotros los culpables de aquellas desapariciones. Baja por depresión, que el estrés aún no se había puesto de moda.

La verdad es que para lo canijos que éramos teníamos, como suele decirse, mucha psicología. Sabíamos a quién podíamos enfrentarnos... y con quién no nos convenía jugárnosla. Por ejemplo, con el Charles Bronson, el de Sociales. Ese sí que sabía cómo hacernos cumplir la ley: el capón anillo, agarrón de patillas, tirón de orejas... A mediados de los ochenta cambió su nombre artístico por el de Terminator. Luego estaba su versión femenina, la Rottenmeyer, una mujer austera de porte marcial que olía a caldofrán rancio y que le encantaba contarle a nuestros padres todas tus hazañas escolares.

La clase de Naturales y Matemáticas las daba el Bacterio: era clavado al profesor chiflado de *Mortadelo y Filemón*. El Tkachenko era el de Gimnasia. Medía metro y medio y no tenía un solo pelo en la cabeza, por lo que también respondía a Mr. Proper y el Bombilla. Del Enrollao era del que menos te podías fiar. Le reconocías por su pelo largo y desaliñado y porque iba de eso, de enrollado, pero en el examen de evaluación siempre te la clavaba a traición. El insuficiente, queremos decir. O el PM, que no significaba precisamente «p... madre», sino «puede mejorar». El sobresaliente pasó a llamarse PA —«progresó adecuadamente»— y a todos se nos quedó un vacío muy grande dentro.

Si ese año tocaba el Lince, ya nos podíamos ir olvidando de copiar. Con la Ametralladora no nos enterábamos de nada: cuando daba la lección dejaba en calzoncillos al del anuncio de los Micro Machines. Y con el Aspersor..., más nos valía sentarnos en las filas de atrás. Si llevábamos gafas necesitábamos limpiaparabrisas.

Otros que pasaron por nuestra vida escolar sin pena ni gloria fueron el Topo, el Amargao, el Yeti —terminaba la clase embadurnado de tiza—, el Zanahorio —su pecado: ser pelirrojo—, el Litri —un fan de Don Simón—... Pero a quien recordamos con verdadero cariño es a la Abuelita Paz, aquella vieja entrañable que aprobaba a todo quisqui. Si le regalábamos un frasco de agua de colonia concentrada Álvarez Gómez, esa que se vendía a granel y a domicilio, del notable no bajábamos.

AQUELLOS RECREOS

En cuanto sonaba la alarma poníamos en marcha el cronómetro de nuestro reloj Casio. Treinta minutos. Y había que aprovecharlos al máximo. Los cinco primeros para devorar el bocadillo de salami o jamón de York, los sándwiches de Nocilla cortados a escuadra, el donut de azúcar o chocolate, el Phoskitos, el cuerno, la palmera de chocolate, el Bollycao... Finalizada la orgía de grasas saturadas aún teníamos veinticinco minutos por delante para sacarle todo el jugo al recreo. Éramos muy de *carpe diem*.

Una línea imaginaria dividía el patio en dos. En su territorio, las chicas le daban a la goma, al truque, a la comba o al yoyó. En el de los chicos jugábamos a las canicas, las chapas, la peonza... o nos transformábamos en pollos sin cabeza detrás de un balón en un partido de veinte contra veinte... y con porteros-delanteros. De vez en cuando nos mezclábamos para jugar al pillapilla, al escondite inglés, al balón prisionero, al churro, al beso-verdad-atrevimiento...

En el patio nos dedicábamos al trapicheo y al juego. Los profesores lo sabían y, aun así, lo consentían. Sacábamos nuestro taco de cromos y buscábamos alguien con quien cambiarlos:

—Sí le, sí le, sí le, sí le, sí le... ¡Espera! Ah, sí le, sí le... ¡Vaya mierda que tienes!

También podíamos jugar nos nuestro taco —el de los malos, claro está, el de los más cotizados lo llevábamos bien guardadito en los calzoncillos— a la palma: poníamos un cromo en el suelo, bocabajo, y de un golpe con la palma —el truco consistía en ahuecarla un poco— teníamos que conseguir darle la vuelta. Si lo lográbamos era nuestro.

Mientras tanto teníamos un ojo en el cogote vigilando los movimientos del abusón de cuarto, ese que no sacaba tres cabezas y más de veinte kilos.

—Venga, saca todos tus tazos, te los voy a ventilar.

Si nos negábamos quedaríamos como unos gallinas capitán de las sardinas, así que volvíamos a casa sin un solo tazó... pero con el honor intacto.

LAS CLASES DE TRABAJOS MANUALES

Era nuestra segunda asignatura favorita después del recreo. Guardábamos los lápices y el libro de Lengua y nos poníamos el babi de trabajo. ¡La última clase del viernes! Ya olía a fin de semana.

La evaluación que tocaba marquetería las carpinterías del barrio hacían su agosto. Arrasábamos con los contrachapados y nuestras madres no ganaban para pelos de segueta: rompíamos una media de cinco por clase. Empezábamos por hacer

marionetas y enseguida nos lanzaban a construir un puzle de España con todas sus provincias. Y claro, resultaba un fracaso, con piezas que bailaban y otras que teníamos que encajar a mamporrazo limpio. En octavo la cosa se complicaba con el mapa electrónico: necesitábamos diez metros de cable, cincuenta bombillas y una pila de petaca para crear los circuitos. Si seleccionábamos una provincia y su nombre era correcto se encendían las luces. Si no, nos tocaba revisar todas las conexiones una a una... o repasar geografía.

También nos hartamos a hacer cuadros y abalorios con macarrones, marcos con pinzas de madera barnizada que pegábamos con Supergen, que era marrón, denso y viscoso. Para las casas de palillos el Imedio era el más adecuado. Lo cierto es que se acababa el curso y no habíamos empezado ni el tejado... Eso, si a la salida no acababan estampadas contra la acera. Aunque lo realmente complicado era quitarnos el pegamento de las manos sin arrancarnos la piel a jirones.

Pintábamos con acuarelas y témperas de Jovi y aprendimos a dibujar copiando las láminas de Emilio Freixas. Las sencillas eran las de la serie azul. Las de la roja eran otro cantar, y las había de miles de categorías: trajes regionales, paisajes, aves, indios, vaqueros, dinosaurios... Las más vendidas eran las de animales. El tigre en actitud agresiva se nos atragantó a todos, pero siempre nos quedaba el papel-calco...

Nuestros primeros *collages* los hicimos con pegamento de barra Imedio o Pritt, papel charol, cartulinas, revistas, papel pinocho y tijeras sin punta. Romero hizo uno con recortes de la colección de *Interviú* que guardaba su padre en el altillo... Le suspendieron y no le vimos el pelo durante un mes.

También estaban las manualidades de temporada: tarjetas de felicitación para los días del padre y la madre, belenes de plastilina Jovi y abetos de cartulina para las Navidades... De ahí pasábamos al punto de cruz y a los botes decorativos de sal que coloreábamos primero con tizas de colores.

Otro imprescindible era el espejo pintado: en parte trasera calcábamos un dibujo, lo «vaciábamos» raspando con un punzón, lo limpiábamos con algodón mágico y lo rellenábamos de pintura negra. Y no podemos olvidarnos de las figuras de escayola: cuando terminaba la clase aquello parecía el plató de *Manos a la obra*.

QUÉ BUENOS SON LOS QUE NOS LLEVAN DE EXCURSIÓN

La Granja de Segovia, el Palacio Real de Aranjuez, el Museo del Prado, el de Ciencias Naturales, el del Ferrocarril... Con lo grande que es España, y todos los años los mismos sitios. O formaba parte del plan de estudios o alguien se llevaba un sobresueldo. A nosotros nos gustaba que nos llevaran al zoo o a las tripas de las

fábricas de Clesa, Danone, Coca-Cola... Era como ver el programa *Así se hace*, pero en directo y, además, nos regalaban un Cacaolat.

Nuestras madres nos guardaban en la mochila una bolsa de plástico con la comida, aquel vasito que se desplegaba en forma de fuelle que nunca se sostenía y una cantimplora de plástico que perdía agua. El bocata acababa convertido en una viscosa amalgama de pan, Tulipán y jamón de York aguado que sabía a rayos. Para que aquello no se hiciera bola buscábamos una fuente, el vaso se cerraba al intentar beber y acabábamos igual que nuestro bocadillo.

El caso es que donde nos llevasen nos daba un poco igual. Nos librábamos de las clases y eso justificaba todo. Además, en el autocar teníamos permiso para cachondearnos de nuestros profesores y de los compañeros más friquis y empollones. Y de paso, del señor conductor. Es una ley no escrita en los colegios de todo el mundo.

LAS CANCIONES DE NUESTRAS EXCURSIONES

En primero y en segundo, con apenas siete u ocho años, entonábamos las únicas canciones que conocíamos, las que todavía nos cantaban nuestros padres y abuelos: la de vamos a contar mentiras, el ratón de Susanita, don Gato... Aún estábamos muy tiernos. Después nos dio por la manía de las canciones sin fin, y cuando nos aburríamos de batir el récord Guinness de elefantes capaces de subirse a una tela de araña descubríamos que lo realmente divertido era poner a prueba la capacidad de autocontrol del conductor, un señor que siempre olía a sudor y Ducados y que nunca se reía. Y mira que lo intentábamos.

En esos años empezábamos a sentir una incomprensible atracción hacia el otro sexo, y si nos gustaba Laurita pero ella aún no lo sabía, no teníamos de qué preocuparnos. Alguien se encargaría de pregonarlo en el autocar con aquella versión libre de Carrascal: «En la puerta del colegio... (*a coro*)... ¡Egióooo! Hay un charco y no ha llovido (*a coro*)...». No sé si por la Micebrina, pero crecíamos rápido.

Con la adolescencia en puertas, las chicas solo tenían ojos para Glenn Medeiros y nos atormentaban con recitales de todos sus temas, bises incluidos. Nosotros, unas hormonas con patas, nos volvimos más rústicos, más rurales y primitivos, y nos daba por tirar del cancionero tradicional. Abríamos el concierto con la *Ramona*, de Estesos, y la cerrábamos con varios bises de la canción de la cabra Asunción, así que te puedes hacer una idea.

¿A QUÉ CLASES EXTRAESCOLARES NOS APUNTARON?

El colegio acababa a las cinco de la tarde, pero no había misericordia. Si queríamos ser gente de provecho teníamos que aplicarnos y estar preparados. Cada lunes, miércoles y viernes, después de las clases, nos esperaba una hora y media extra de inglés; los martes y los jueves, de mecanografía. Bueno, en teoría, porque a veces nos despistábamos jugando al fútbol en el patio del colegio. Después volvíamos a casa confiados, pero nuestras madres deducían que no habíamos sudado precisamente de teclear la Olivetti y nos castigaban a poner y quitar la mesa durante el resto de la semana.

Los niños que siempre llevaban todo de marca estudiaban esperanto. Hubieran aprovechado mejor el tiempo yendo a taekwondo, que por lo menos estaba de moda. Qué daño nos hizo Van Damme... Otros echaban la tarde aprendiendo BASIC en las academias de informática que empezaron a proliferar como setas. Pero a quien envidiábamos eran a los que sus padres les apuntaban a fútbol. Aquello sí que fue visión de futuro. Seguro que más de uno ahora está *forrao*.

QUÉ LLEVÁBAMOS EN LA CARTERA

El saber ocupaba lugar y sin mochilas de ruedas pesaba mogollón. Solíamos usar carteras, una especie de maletines con asa y dos cierres de correa o hebilla. Las más extendidas eran de polipiel, y el mercado estaba copado por la marca Perona. Podían estar decoradas con múltiples motivos, desde un barco hasta Naranjito. Eran la prehistoria de las mochilas y en ellas cargábamos todos los libros de texto, los cuadernos Centauro, el bocadillo... y todo nuestro material escolar.

EL ESTUCHE DE CREMALLERA

Con tapas en polipiel acolchado que acababa cubierto de las pegatinas del Bollycao y cierre de cremallera, incluía pinturas, lápiz, portaminas, goma de borrar, sacapuntas, transportador de ángulos, regla y escuadra..., que acababan bailando dentro del estuche porque las gomas elásticas que los sujetaban se daban de sí en la segunda evaluación. Después llegó el de dos pisos, con espacio para rotuladores. Era una de nuestras posesiones más *vintage*.

LOS CUADERNOS RUBIO

No somos la única generación que aprendió a escribir «mi mamá me mima» o a dividir sin caja sobre aquellas hojas de papel milimetrado con tapas ásperas verdes, de caligrafía, o amarillas, de matemáticas. Ni tampoco seremos la última, ya que

ahora es posible descargarse los cuadernos en una *tablet*. El señor Rubio se ha puesto Internet en casa, pero no ha perdido su toque retro. «Yo mimo a mi mamá».

EL ESTUCHE PELIKÁN

El plumier de plástico con tapa de bisagras y cierre fue toda una revolución, con aquellos rotuladores de dos puntas, fina y gruesa. Era el estuche 2.0. Los primeros modelos eran estrechos y alargados, de uno o dos pisos. El tope de gama era el de tres alturas. Siempre hubo clases.

LOS BOLIS BIC

¿Que por qué el naranja se vendía menos que el normal? Porque este estaba diseñado para copiar en los exámenes: enrollábamos la chuleta en su tubo transparente y el aprobado estaba asegurado. Con pelotillas de papel y granos de arroz servía de cerbatana. Practicábamos nuestra puntería con el cogote del profe que escribía en la pizarra. Es uno de los grandes inventos de la humanidad.

LOS BOLIS PAPER MATE CON GOMA

Aquel bolígrafo con un borrador de tinta en el extremo era un fiasco. La goma se ensuciaba al tercer uso y dejaba nuestros apuntes hechos un asco.

LOS BOLIS DE MIL COLORES

Nunca nos sentimos tan poderosos como cuando nos regalaron uno de cuatro. Hasta que nuestro compañero de pupitre apareció con uno de diez. Era poco manejable, la verdad, pero partíamos la pana con él.

LOS ROTRINGS

Los usábamos apenas un año y después no volvíamos a saber de ellos —la misma suerte que corrieron la escuadra, el cartabón y el transportador de ángulos—. A eso se llama memoria selectiva. Eran sucios y, además, costaban un pastón. Nuestras madres nos lo recordaban continuamente y cuando nos cargábamos la punta del 0.2 nos echábamos a temblar.

LAS GOMAS MILAN

Las más vendidas eran las que llevaban impreso el dibujo de un animal: una foca, un gallo, un león, un conejo, un pez... Eran de color blanco, salmón o verde vómito de guisantes. Había unas con forma casi de cubo, más grandes, y otras alargadas y de

cantos redondeados. Después estaban las de dos usos, con un extremo para borrar tinta.

LAS GOMAS MILAN QUE SE COMÍAN

Difíciles de olvidar. Aquel cuerpo de goma blanco envuelto en papel celofán y con aquel olor a nata que aún sigue fresco en nuestras pituitarias. Daban ganas de comérselas, y algunos llegamos... llegaron, perdón, a hacerlo.

LAS PINTURAS ALPINO

Eran la Coca-Cola de los lápices de colores. Venían en cajas de cartón de diferentes tamaños con el mítico cervatillo en la montaña. Había cajas de hasta treinta y seis colores.

LAS PINTURAS DE CERA PLASTIDECOR

«Plasti Plastidecor no se rompe, no te ensucia, se puede borrar, Plastidecor, Plastidecor». Muchos crecimos sin saber para qué servía la de color blanco. De lógica: para dibujar sobre una cartulina negra y para aclarar el resto de colores.

LAS PINTURAS DE CERA MANLEY

Manchaban solo con nombrarlas. Nuestras madres eran las primeras que rezaban por su prohibición en clase de Trabajos Manuales.

LOS ROTULADORES CARIOCA

Los rotus eran unos de nuestro bienes más preciados, y más si eran de Carioca, los de aquel vaquero bigotudo, el *sheriff* Carioca Jo. Sacábamos nuestra caja de treinta y seis y se hacía el silencio en el aula. Podíamos prestarlos sin miedo: era de plástico transparente con compartimentos, así que al final de la clase sabíamos cuál nos faltaba de un vistazo. Lo peor que nos podía pasar era perder una capucha. Aquello era una tragedia.

LOS ROTULADORES RATÓN DE PELIKAN

Había cinco ratones: verde, azul, rojo, amarillo y negro. El gato, de color blanco, borraba. Supuestamente. Cuando dejaban de pintar podíamos echarles un poco de alcohol y al rato... ¡magia! Eso sí, teníamos que tener cuidado de no intercambiar sus cabezas capucha para no manchar las puntas.

LA PLASTILINA JOVI

Nuestras madres la odiaban tanto como a las pinturas de cera blanda. Aquellas manchas no había quien las sacara, y recurrían a remedios caseros que se transmitían unas a otras. Pero a nosotros nos encantaba hacer nuestras primeras esculturas. Tan solo teníamos que tener cuidado de no mezclar trozos de distintos colores. El resultado era un gris sucio y nos cargábamos la plastilina.

LA SEGUETA

¿Dejaríamos que Chucky entrase en nuestra cocina y abriese el cajón de los cuchillos? ¡Una clase de treinta niños con aquella sierra de pelo entre las manos! Con ella perpetramos nuestras primeras manualidades.

EL PERFORETTE

Decían que servía para perforar los folios y guardarlos en el archivador de anillas, pero su verdadera función era hacer confeti para los cumpleaños de nuestros compañeros... o porque queríamos.

LOS MAPAS DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

Eran plantillas de plástico duro con las que dibujábamos el mapa de España. Había tres modelos: con los ríos, con los sistemas montañosos y con las provincias.

NUESTROS PEGAMENTOS

El Imedio, con aquel envase blanco, era el más utilizado y económico, pero también el que ha echado a perder más babis. Era de color transparente, y cuando se secaba era imposible de limpiar. Lo empleábamos sobre todo para manualidades con papel. Para trabajos con madera comprábamos Supergen, que era más potente pero también más caro, o cola blanca de carpintero, que se lavaba con agua... y nuestras madres tan contentas.

NUESTROS LIBROS DE TEXTO

Los hojeábamos una y otra vez recién comprados esnifando con placer aquel olor a pegamento reciente, sacrificábamos una tarde la calle por forrarlos con esmero, prometíamos mantenerlos como nuevos hasta la muerte... y al mes apenas quedaba

una hoja sin garabatear y en la portada ya no nos cabía una pegatina más. Y nuestros padres, que ya se quejaban de los caros que eran nos echaban la bronca por dejarlos inservibles. ¡Nuestro hermano pequeño tenía que heredarlos!

Lo que más nos gustaba era ver los dibujos, por eso nuestros preferidos eran los de Natu, Sociales y el Senda de Lecturas y odiábamos los de Matemáticas. Casi todos eran de Santillana o Anaya, que le daba por ponerles nombres clave que nadie era capaz de descifrar, como Corzo, Antos o Equipo Romania. Hoy daríamos un brazo por recuperarlos.

Terminado el colegio, nuestros padres hacían otro esfuerzo económico y nos compraban los libros de Vacaciones Santillana para que repasáramos durante el verano. Veíamos los anuncios, con aquellos niños superfelices estudiando en la playa, y deseábamos como fuera tener uno entre las manos. De la segunda hoja no pasábamos.

LOS DICCIONARIOS Y LAS ENCICLOPEDIAS

Obsesionados en nuestra educación, los padres se empeñaban hasta las cejas con tal de que nos convirtiéramos en hombres de provecho. Si hacía falta, nos compraban a plazos la Gran Espasa Universal o la Larousse de veinticuatro tomos con la que decoraban las estanterías del salón. En muchas casas fue la única función que se les dio.

También rondaban por nuestras casas el *Diccionario Enciclopédico Salvat*, un híbrido de un solo tomo entre diccionario y enciclopedia, y los atlas mundiales que al menos hojeábamos cuando no teníamos nada mejor que hacer. En clase, el diccionario oficial era el Iter Sopena, con aquellas inconfundibles tapas blancas ilustradas con dos filas de banderas de países del mundo y que acababan hechas una pena.

COSAS QUE APRENDIMOS Y AÚN RECORDAMOS

Que la capital de Liechtenstein es Vaduz, Kingston la de Jamaica y Paramaribo la de Surinam. Nos sabíamos la de todos los países del mundo... hasta que a Yugoslavia y a la URSS les dio por desaparecer.

Que las palabras agudas llevan tilde si terminan en vocal, en n o en s.

Que el número pi con sus cuatro primeros decimales es 3,1416.

Que los tres huesos del oído son el yunque, el martillo y el estribo.

Que el radio de una circunferencia es la mitad de su diámetro.

Que las rectas secantes son las que cortan a la circunferencia en dos puntos y las tangentes la tocan en uno.

Que el orden de los factores no altera el producto.

Que el río más largo de España es el Ebro, y no el Tajo. ¿Cuántos quesitos del Trivial nos ha hecho ganar saberlo?

COSAS QUE APRENDIMOS Y HEMOS OLVIDADO

Cómo resolver una división de caja.

Cómo resolver una división de caja y con decimales.

Cuáles son las cinco partes del sistema digestivo de la vaca: rumen, retículo, omaso y estómago. O también panza, redecilla, librillo y cuajar.

Cómo se hace la prueba del siete. Se utiliza para saber si un número es divisible por siete: se multiplica su última cifra por dos y al resultado se le resta el número original menos esa última cifra. Si el resultado es un múltiplo de siete o cero, entonces es múltiplo de siete. Comprobemos, por ejemplo, el seiscientos setenta y nueve. Multiplicamos nueve por dos y nos da dieciocho. Luego restamos el sesenta y siete menos el dieciocho y nos da cuarenta y nueve. Multiplicamos nueve por dos y nos da dieciocho. Luego restamos el sesenta y siete menos el dieciocho y nos da cuarenta y nueve. Como el cuarenta y nueve sí es múltiplo de siete, el seiscientos setenta y nueve también lo es.

Cuáles son los siete sacramentos: bautismo, penitencia, eucaristía, confirmación, orden sacerdotal, matrimonio y unción de enfermos.

Cuáles son las partes de una flor: receptáculo, sépalos, pétalos, estambres y pistilo.

Qué son los versos alejandrinos: aquellos de catorce sílabas métricas compuesto de dos hemistiquios de sílabas con acento en la sexta y decimotercera sílaba.

Cómo sumar grados, minutos y segundos.

LOS PRIMEROS NEGOCIOS

En el patio del colegio y en la calle aprendimos mucho de la vida. Nuestro primer trapicheo fue el de cambiar el bocadillo por el cromo de Butragueño, que ya

podíamos dejarnos la paga en sobres que nunca nos salía. De ahí pasamos a traficar con apuntes y trabajos: redacciones de una cara, cinco pesetas; de dos caras, diez.

Algunos se lanzaban al mercado negro de las falsificaciones y montaba un top manta. Las cintas de música grabadas de los 40 Principales valían ciento cincuenta pesetas y los juegos del Spectrum, unas cuatrocientas. Otros se dedicaban al negocio del sexo: vendían calendarios de bolsillo con chicas en toples o fotos recortadas de la Interviú. El precio variaba según la modelo de turno, pero por las de Sabrina y las de Samantha Fox se llegaba a pagar hasta cuarenta duros.

Las niñas tenían fijación por las tiendas. Comerciabán con abalorios de macarrones, piedras pintadas, pulseras de hilo de plástico que hacían ellas mismas — y que todos llevábamos—, pegatinas de la Barbie... Algunas compraban golosinas en el puesto que había a la salida del cole y después las vendían al mismo precio. No ganaban un duro, pero hacían realidad su sueño.

El reciclaje también fue una fuente de ingresos. Cuando andábamos escasos de fondos, recopilábamos todos los periódicos y revistas que andaban por casa y por la de los vecinos y las llevábamos a la chamarilería a venderlos al peso. El esfuerzo no merecía la pena, y así nos dimos cuenta de que lo que daba dinero era el soborno y la extorsión: si pillábamos a nuestro hermano fumando en la calle o no había ordenado su habitación, nuestro silencio nos podía hacer de oro; los compañeros que tenían un CinExin vendían entradas para asistir a la última película de Pluto; también se alquilaban las bicis: veinticinco pesetas dos vueltas a la manzana; algunos, hartos de que su hermano les mandara al bar a por tabaco, decidían comprar un cartón en el estanco, fingían que bajaban al bar y se quedaban con la diferencia. Hoy esos viajan en avión propio.

En Navidades cantábamos villancicos a puerta por puerta y comercio por comercio. Si había suerte, al segundo golpe de pandereta nos soltaban unas monedas para que nos fuéramos. Pero siempre estaba el que esperaba a que terminásemos para aflojar el bolsillo. Por dinero hacíamos cualquier cosa. Hasta perder la dignidad.

LEYENDAS ESCOLARES

El colegio ejercía un efecto amplificador y cualquier rumor enseguida se convertía en leyenda..., y de la leyenda a la realidad solo había un paso. Muchos nos llegamos a creer, por escucharlo mil veces, que Franco tenía el culo blanco.

Cuando nos regalaban una calcomanía nos mirábamos con cierto recelo. ¿Y si fuera una de esas que llevaba droga y que penetraba en nuestro organismo a través de la piel? ¿Y si era la misma droga que unos extraños echaban en los caramelos que

regalaban a las salidas de los colegios? A veces pensábamos si serían invenciones de nuestras madres para que no nos llenásemos los brazos de calcomanías o para que no aceptásemos nada de desconocidos. Pero rápidamente desechábamos aquellas absurdas teorías. ¿Es que acaso estábamos locos?

Urkel —Jaleel White siempre será Urkel, no tenemos culpa— llegó a morir hasta veintitrés veces. Una cada seis meses, aproximadamente, y siempre de sobredosis. Con Google en nuestras vidas eso no hubiera pasado... o sí, porque algunas leyendas urbanas son eternas. Por ejemplo, la de Ricky Martin y su incidente con un perro y un bote de mermelada en el programa *Sorpresa, sorpresa*. Y aún muchos estamos convencidos de que Marilyn Manson era el niño con gafapasta que salía en *Aquellos maravillosos años*... Hasta que no venga el señor Manson a decirnos lo contrario...

También existía la creencia de que por el plástico de las cajetillas de tabaco pagaban millonadas, o de que si comíamos tiza nos subía la fiebre y nos podíamos librar así de un examen. Aunque una de las mejores era la de aterrizaje en el colegio de un helicóptero de Tulipán. Durante bastante tiempo no dejábamos de escudriñar el cielo durante los recreos. Aquello se nos pasó cuando nos recuperamos de la tortícolis.

FORRÁBAMOS NUESTRAS CARPETAS CON...

Nos encantaba «tunear» nuestras carpetas con las pegatinas coleccionables de la *Tele Indiscreta*. Por un lado estaban las de las series de televisión: las más cotizadas eran las de *V*, *El coche fantástico*, *El equipo A* y *MacGyver*, aunque también nos gustaban las de *El inspector Gadget*, *La pequeña Lulú*, *Fama*, *Mike Hammer*... Las de actores y música eran más para las chicas: Rob Lowe, el madurito Richard Chamberlain, Leif Garret, Glenn Medeiros, Ralph Macchio... Los chicos completábamos nuestro *collage* con fotos de Michael Jordan, Sabrina, Maradona, Samantha Fox, Butragueño, Marta Sánchez...

Cuando llegó el bum de los tois —aquellas pegatinas que venían con el Bollycao —, nuestras carpetas eran lo más parecido a las actualizaciones de estado del Facebook: «toi cansao», «toi colgao», «toi aburrido», «no toi»... Después llegó la moda de la música *acid house* y tuvimos que comprar otra carpeta para lucir aquellos *smiles* amarillos.

LAS DEDICATORIAS

Las escribíamos —sobre todo las chicas— en los pocos huecos libres que quedaban entre tanta pegatina. Muchas se han transmitido de carpeta en carpeta a

varias generaciones. Las hay para todos... y de todos los gustos: «Si el amor es un flechazo... ¡que vivan los indios!», «Si te vas y me dejas... dime adiós con las orejas», «Puedes no ser alguien en el mundo..., pero eres un mundo para alguien», «Amor... Amor... ¡A-morcilla hueles!», «Quien pudiera ser pijama para meterme contigo en la cama», «Tus ojos son dos luceros que alumbran mi camino, un día los cerraste y me choqué contra un pino», «Si el mundo fuera un pañuelo, tú serías mi moco favorito», «La sabiduría me persigue..., pero yo corro más»...

LAS FRASES QUE DECÍAMOS EN EL COLE

«¡Quien se pela se estrena!». Nos habíamos cortado el pelo y los compañeros lo festejaban recibiéndonos con una lluvia de collejas. También solían estrenarse las zapatillas. A pisotones.

«¿Qué pasa? La bandera por tu casa, que por la mía no pasa».

«¿Qué miras? Los pedos que te tiras, que tu madre los recoge y los echa a la comida». Si éramos rápidos, podíamos devolver las afrentas con un: «¡Y tú te los comes!».

«Si tienes frío, métete en las bragas de tu tío».

«Por mí, por todos mis compañeros y por mí el primero».

«Tonto el que lo lea».

«La ley de la botella, quin la tira va a por ella».

«¡Me pido portero delantero!».

«¡Bofio!». Cuando alguno eructaba teníamos que llevarnos el puño a la cabeza rápidamente: al último le caía otro aluvión de collejas.

«¿Sabes lo que dice Vicente? ¡Chupito a la frente!».

«Entre oreja y oreja... ¡colleja!».

«¡Cinco marcas de leche!». Parece sencillo, pero contestar mientras nos pellizcaban con saña un pezón...

«¿Eres poeta? Pues súbete la bragueta».

«Cobarde, gallina, capitán de las sardinas».

«Habla, chucho, que no te escucho».

«Si tú eres tú y yo soy yo... ¿quién es más tonto de los dos?».

«El que lo huele debajo lo tiene».

«¿Quién se ha tirado un pedo? El que tenga las manos rojas». El truco consistía en aguantar sin mirarnos las palmas de las manos. No era sencillo.

«¡Heeeemos *ganao*, hemos *ganao*, laaa copa del *meao*!».

«Rebota, rebota y en tu culo explota».

«Secretitos al oído es cosa de viejas» o bien «Cuchicheos en reunión, falta de educación».

«¿Tú eres tonto o te entrenas?».

QUÉ OLORES RECORDAREMOS SIEMPRE

El de las gomas de borrar de nata, el de la tiza del encerado, el del gimnasio... después de la clase de gimnasia, el de la mortadela Valle del recreo, el de los chicles en palote de sandía, el de los palotes, el del paloduz, el de las bombas fétidas, el del plástico de forrar los libros, el del pegamento Imedio... y del Supergen, el de las pinturas Alpino, el Aqua Velva y la crema de afeitar en tubo Lea de nuestros padres, el del cocido de los sábados, el de nuestra primera colonia Chispas, el de las cremas de Avon, el de la crema Nivea, el del Vicks VapoRub...

CAPÍTULO 2

COSAS de CASA



Adiferencia de generaciones posteriores, como la ni-ni, los niños de la EGB desempeñábamos una serie de funciones de vital importancia para el buen funcionamiento del hogar. Y no hablamos de hacer la cama, poner y recoger la mesa o mantener nuestro cuarto ordenado. Veamos.

LAS OBLIGACIONES EN CASA

CAMBIAR AL UHF

Servir de mando a distancia de la Telefunken de 29 pulgadas era uno de nuestros roles en casa. La alternativa a no hacerlo: irnos calientes a la cama. Por suerte, en aquella época solo había dos canales de televisión: la uno y el UHF —hoy La 2 de Televisión Española—, y al principio este solo se emitía cuatro horas al día. Eran lentejas...

«PACO, ¿QUIERES DECIRLE AL NIÑO QUE BAJE LA BASURA?»

Bajar la basura era en realidad un «marrón» que pasaba de un hermano a otro y, como el chándal del colegio, siempre recaía en el más pequeño. Después de cenar nos sentábamos delante de la tele con el esquijama de felpa, intentado pasar inadvertidos, cuando nuestras madres, que estaban fregando los platos con Mistol, nos gritaban desde la cocina:

—¡Niño, la basura!

La técnica de mimetizarnos con el sofá fallaba siempre, y lo sabíamos. Solo nos quedaba recurrir al escaqueo por agotamiento.

—Ahora voy...

—¿Niño, quieres bajar la basura?

—¡¡Un momento, en el intermedio!!

El plan se venía abajo en cuanto nuestros padres, que creíamos absortos con el telediario, giraban la cabeza y nos miraban fijamente mientras hacían el ademán de quitarse la zapatilla. Para entonces ya habíamos dejado las bolsas en la acera, junto al portal —aún no se habían inventado los contenedores— y subíamos a toda pastilla. De noche, aquella maldita escalera siempre nos daba escalofríos.

HACER LOS RECADOS

Conocimos el Pryca y el Alcampo, donde muchos de nuestros padres hacían la compra semanal todos los sábados. La del día a día la hacíamos en los mercados y

ultramarinos del barrio, que todavía no había tiendas de chinos.

Habíamos terminado los deberes, pero todavía tendríamos que esperar para poder jugar con los nuevos clicks de Famobil. A las madres de entonces —creo que debido a un serio déficit de fósforo— siempre se les olvidaba comprar algún ingrediente para la cena: un cuarto de kilo de carne picada para los macarrones, unas pastillas de Avecrem, un bote de tomate frito, un kilo de patatas...

A regañadientes llegábamos hasta el ultramarinos de la calle, aquellas tiendas de alimentación con olor a bacalao en salazón en las que podíamos encontrar de todo y que producían cierta claustrofobia. Íbamos sin dinero para evitar que nos engañaran con las vueltas, lo perdiéramos... o las sisáramos. Si éramos clientes habituales teníamos abierta una línea de crédito:

—Dice mi madre que se lo apuntes...

Y el tendero, un señor de aspecto austero vestido con bata blanca o azul, nos fiaba.

Otro mandado bastante habitual era ir a cambiar los cascos. Entonces los envases de vidrio de las cervezas y los refrescos eran retornables y una vez a la semana tocaba cargar con ellos hasta la tienda para devolverlos al ritmo de las botellas golpeando unas contra otras.

«DI QUE NO ESTOY»

Vendedores de enciclopedias y aspiradoras, testigos de Jehová, el butanero a recoger su aguinaldo, un comercial sordomudo de Artis Mutis vendiendo sus *christmas* navideños, la colecta del Domund, el Círculo de Lectores... Sonaba el timbre y ya sabíamos lo que teníamos que decir.

—Mi mamá no está.

La cosa cambiaba si era la representante de Avon quien llamaba a la puerta. Venía una vez a la semana arrastrando un carrito de la compra en el que transportaba el muestrario de cosméticos que desplegaba en el salón para deleite de nuestras madres.

LO QUE NO PODÍA FALTAR EN LAS CASAS

LA MESA CAMILLA

En invierno matábamos por sentarnos alrededor de ella, al calentito de sus faldas. Su espartana apariencia escondía un complejo mecanismo compuesto por la propia mesa, el brasero eléctrico y la tarima que le servía de soporte, la falda, el tapete de ganchillo y el cristal protector. ¿El secreto de su éxito? Su versatilidad. Sobre el

«infiernillo», lo mismo descongelábamos una barra de pan que secábamos la ropa o asábamos unas castañas, y bajo el cristal podíamos archivar importantes documentos como un décimo de lotería caducado, el calendario de bolsillo que cada año regalaba el carnicero, los últimos recibos de la luz o el resguardo de la tintorería.

EL MANTEL DE HULE

Nuestros padres tuvieron que trabajar muy duro para conseguir todo lo que tenían. Tal vez de ahí les venía su obsesión por que las cosas durasen eternamente. Algún avispa se dio cuenta y se forró gracias al hule, ese mantel de plástico de múltiples diseños y estampados ideado para proteger la mesa del comedor y que no se retiraba ni cuando venían las visitas: se extendía encima el mantel de las grandes ocasiones... y listo.

Solían renovarlo una vez al año, cuando su aspecto era ya poco salubre, ajado y con alguna que otra quemadura de cigarrillo..., pero no creas que lo estrenaban enseguida. Al llegar a casa lo colocaban sobre la mesa para que cogiera forma y después, para que no se estropease, lo cubrían con el viejo. El colmo.

LOS TAPETES DE GANCHILLO

Nuestras abuelas eran ganchilloadictas, todo el día colgadas de aquella extraña aguja metálica con un pequeño gancho en la punta con la que tejían miles de tapetes para cubrir cualquier cosa —la tele, la mesa del salón, la mesa camilla, el frigorífico, la lavadora...—. Su imaginación no tenía límites. ¿Te imaginas una muñeca Barbie con un vestido de ganchillo que ocultaba un rollo de papel higiénico? Así nació el arte *kitsch*.

EL SOFÁ DE ESCAY

En verano, echarnos la siesta en ellos era arriesgarnos a morir de deshidratación y, literalmente, pegados a aquella imitación de cuero de color marrón o rojo. Para evitarlo, los modelos más avanzados incluían cojines reversibles con uno de los lados en pana o derivados. Solían incorporar, a modo ornamental, enormes botones que, con el tiempo, iban desapareciendo de manera gradual y sin dejar rastro. Un misterio que quedó sin descifrar.

LAS ESCENAS DE CAZA

Una cacería de zorro en la nieve, un ciervo perseguido por una rehala de perros en la nieve, una piara de jabalíes en la nieve... Aquellos tapices con motivos cinegéticos aportaban al hogar un toque señorial, casi imperial. Le daban solera.

EL MARINERO CON PIPA

Otro tapiz imprescindible en nuestras casas. Recordaba al capitán Pescanova.

EL PAPEL PINTADO

Era la tendencia en decoración en nuestros años más tiernos. Cuando tocaba cambiarlo, toda la familia se ponía manos a la obra, el primero nuestro cuñado, que sabía hacer de todo. Lo fácil era pegarlo sobre el que ya estaba, hasta acumular varias capas. Cuando las paredes del pasillo casi se tocaban no quedaba más remedio que echar mano de la espátula y ponerse a rascar para arrancarlo.

EL GOTELÉ

Llegó para destronar al papel pintado. De gota fina o gruesa, con pintura plástica o temple, era la solución más rápida y económica para disimular las imperfecciones de las paredes sin necesidad de lijar. Benito, el socio de Manolo en *Manos a la obra*, se jactaba de haberlo introducido en nuestro país. Hoy está «demodé».

EL MUEBLE BAR

Aquello era, en realidad, un cajón de sastre en el que además del *whisky*, el Magno, la botella del Tío Pepe y el champán de las pasadas Navidades podíamos encontrar las sorpresas del roscón de los últimos doce años, el recuerdo de la boda de una prima, una baraja de cartas, un juego de posavasos de corcho, el recuerdo con forma de tele y un pequeño objetivo por el que pasaban fotos de Benidorm... además de la balda de cristal que incorporaban todos y que siempre se caía. De ahí la expresión «tienes más tontería que un mueble bar».

LAS FIGURITAS REGIONALES

Eran uno de los *souvenirs* más codiciados de entonces, cuando Torrevieja era el lugar más lejano al que la mayoría de las familias podíamos permitirnos viajar. Representaban todos los folclores nacionales: maños, gallegos, charros... Junto con el toro de terciopelo con vitola y la gitana flamenca se podían montar auténticos belenes sobre el televisor. Hoy, con esta moda de las pantallas ultraplanas es complicado que algún día recuperen su sitio.

EL CUELGAVELAS DE MADERA

Otro *souvenir* muy recurrente. Solía estar fabricado de madera barnizada y claro, no podía faltar el «Recuerdo de» junto a una bucólica panorámica del lugar en

cuestión. Se colocaba en el pasillo, junto a la puerta, y su misión era exclusivamente decorativa. ¿Recuerdas haber visto alguno cumpliendo su función?

LOS PLATOS DECORADOS

¿Qué hace un plato en una pared?

EL PERRO DE ESCAYOLA

Un símbolo de estatus de la época que no podía faltar en casa de nuestras tías de ínfulas burguesas, junto con los jarrones decorados con un ramillete de juncos artificiales. Algunos ejemplares superaban el metro de altura. Los que más se llevaban eran el dálmata y Scooby Doo.

LO DECÍAN NUESTRAS MADRES

Si el profe nos había cruzado la cara en el cole ya sabíamos que no encontraríamos consuelo:

—Algo habrás hecho.

Ni siquiera nos daban la oportunidad de explicar nuestra versión. Y teníamos suerte si no nos llevábamos otra bofetada de refuerzo. Eran expertas en poner fin a cualquier tipo de negociación:

—Son lentejas, si las quieres las comes y si no las dejas.

Game Over. De vez en cuando nos mostraban su lado melodramático: «¡Me vais a matar a disgustos!», «¡Ay, cuándo me llevará el Señor!», «Me tenéis en un sinvivir», «Me tenéis con el alma en vilo», «Es la primera vez que me siento en todo el día»...

Les encantaba sacarnos de quicio cuando les preguntábamos qué había para comer: «Nitos y cabezas de gorgoritos», «Canguigos, patas de peces y lengua de preguntadores». Había otra versión: «Canguigos, patas de peces y gruños, que son grandes como puños».

Si les pedíamos una solución a nuestro aburrimiento, se quitaban rápidamente el marrón de encima: «Pues cómprate un burro». ¡Qué tenía de divertido un burro!, lo cual también nos ponía de los nervios.

Sabíamos cuándo estábamos a punto de cruzar el límite: «¿Pero tú qué te crees, que esto es un hotel?».

Tocaba retirada, si nos decía: «¡Esto no es una habitación! ¡Esto es una leonera!».

Les gustaba tener todo controlado: «Ponte muda limpia, que no sabes qué puede

pasar», «Ordena tu cuarto, no sea que tengamos visita», «Limpia tu habitación, que como venga alguien nos van a poner en coplas», «¿No te lo comes? ¡Pues ya tienes cena!».

Se preocupaban por nuestro mañana: «Estudia inglés, que es el futuro», «Estudia mecanografía, que es el futuro», «Estudia informática, que es el futuro».

Ahora aprovechan cualquier ocasión para recordarnos que una madre siempre tiene razón: «¿Ves? Si hubieras estudiado mecanografía...». ¡Qué razón tenían!

LO QUE COMÍAMOS

Cuando estábamos en la EGB el colesterol ni se había inventado. Comíamos de todo, sin fijarnos en las grasas saturadas o los carbohidratos. Si nos preocupaba estar un poco gorditos, rápidamente nuestras madres nos quitaban la tontería de la cabeza:

—No, hijo; es que eres de hueso ancho.

Y aun así, para nuestras abuelas siempre estábamos «escuchumizaos».

—Da penita verte. El niño de la vecina, ese sí que está hermoso.

El niño de la vecina tenía once años y pesaba cien kilos.

NOS HINCHARON A...

No se había descubierto la vitrocerámica ni la Thermomix, y tampoco teníamos microondas: los primeros llegarían a finales de los setenta, costaban medio millón de pesetas y provocaban cáncer, alopecia e impotencia sexual. O eso decían... No importaba. En aquellas cocinas eléctricas o de gas butano nuestras madres hacían comida para alimentar a diez niños de la vecina. Y todo lo acompañaban con patatas fritas: unos huevos, un filete... hasta la tortilla de patatas.

Lo que sí cayó en sus manos fue la yogurtera, que causó furor entre las amas de casa. Durante un año desayunamos, comimos, merendamos y cenamos yogur casero. Nuestros vecinos también.

Después se puso de moda el kéfir, un hongo que «tragaba» más leche que M. A. Barracus, la fermentaba y la convertía en una especie de yogur milagroso que al parecer nos haría vivir más de cien años. El bicho crecía, tenía hijos y se propagaba por nuestros hogares de madre en madre. Daba un poco de grima. Además, no podía darle la luz. Era como un gremlin.

QUÉ DESAYUNÁBAMOS

Los niños de entonces nos dividíamos en dos bandos: los que éramos más de

Nesquik y los que preferían los grumitos del Cola Cao. Y cuando queríamos sentirnos adultos nos daban Eko, un sustitutivo del café a base de cereales que surgió en los años de la posguerra y que muchos de nuestros padres tomaban porque no subía la tensión.

En muchas casas se bebía leche concentrada Frixia. Venía en envases cuadrados de plástico transparente y había que hervirla con agua, formándose una deliciosa capa de nata por encima que a algunos les repugnaba. Muchos asaltábamos el frigorífico para beberla a morro, en bruto. Cuando nos pillaban nos amenazaban con que nos iban a dar «fiebres de malta». Como no sabíamos qué era eso, seguimos ocultando nuestra adicción hasta que llegó el tetrabrik. De aquella Frixia nunca más se supo.

Y para mojar, cereales de Kellogg's, galletas María Fontaneda, Chiquilín o Napolitanas... y chutando al cole.

QUÉ MERENDÁBAMOS

No fallaban. Cada día a las cinco de la tarde ahí estaban plantadas a la salida del colegio con nuestros bocadillos envueltos en papel de aluminio. De mortadela con aceitunas, de jamón de York con chorizo Revilla, de salami, de chopped... pero todo con algo en común: una buena base de Tulipán. También podía ser de fuagrás Apis o de Nocilla de uno o dos sabores o Tulicrem, según nuestras preferencias.

En ocasiones la merienda se reducía a un simple trozo de pan con chocolate —de Nestlé, Mikla o La Campana de Elgorriaga—, como en la posguerra. Pero sabía a gloria...

En el apartado de la bollería industrial también nos dividíamos en facciones. Por un lado, los fans del Bollycao y los de Mi merienda, que no era más que un Bimbollo con cuatro onzas de chocolate. La oferta era succulenta. ¿Un donut? No, eso mejor para el recreo. ¿Un Phoskitos, aquel pastelillo de bizcocho en forma de espiral con relleno de leche y cubierto con una capa de cacao con leche? ¿La combinación de nata y chocolate de Tigretón? ¿La mezcla de chocolate y mermelada de Bony? ¿Un Pantera Rosa, con esa cobertura del mismo color y de sabor inconfundible? ¿O un Bucanero, con su deliciosa crema? A veces, lo que nos hacía decidirnos por uno o por otro eran las pegatinas y calcomanías que regalaban.

Las galletas eran Artiach si quien venía a recogerlos era la abuela, o príncipe de Beckelar, que ahora se ha vuelto cincuentón se hace llamar sólo Príncipe y ha pasado de parecerse a la sota de bastos a una copia amanerada de He-Man. Y para mojar, Okey, Cacaolat o Ryalcao, de chocolate, fresa o vainilla, o el Danup, el yogur que se bebía.

Para el final se han quedado las meriendas creativas, como los bocadillos de Tulipán con azúcar y/o Cola Cao... ¡y de plátano!

Las madres conocían nuestras debilidades como si nos hubieran parido y lo utilizaban para darnos donde más dolía. En la mesa, el mínimo error nos costaba caro: quedarnos sin postre. No se sabe el porqué de tanta inquina.

Nos pirraban los Petit Suisse, y más cuando llegó el que llevaba azúcar, las copas Dalky de chocolate con cubierta de nata, el flan Dhul y el que hacían nuestras madres, las natillas de Danone...

Excepto durante aquellos dolorosos paréntesis de la yogurtera y el kéfir, los yogures que comíamos eran Danone —el Casper con sabor a Coca-Cola—, Yoplait, Chamburcy, RAM... A mediados de los ochenta descubrimos los PMI, que se hacían pasar por yogures y aguantaban meses y meses en el frigorífico, lo cual siempre daba mala espina. Dejaron de fabricarse hace cuatro años.

DE PEQUEÑOS NO SOPORTÁBAMOS...

Comer sesitos, ya fueran de ternera o cordero, rebozados, con huevo o con cebolla, y en general cualquier derivado de casquería.

Las visitas eternas a casa de nuestras tías las tardes de los sábados. Nuestros padres nos decían que nos quedáramos quietecitos y no habláramos. Nos podían confundir con el perro de porcelana que custodiaba el pasillo.

Las visitas eternas de nuestras tías las tardes de los domingos. ¿Es que no tenían casa?

Que nos agarrasen los carrillos y nos besuqueasen la cara.

Que nuestras madres nos limpiaran con un pañuelo mojado con su saliva.

Que nos dejaran el pijama debajo de la ropa o nos metieran la camiseta por dentro de los calzoncillos cuando hacía frío.

Que nos remetieran la camisa por dentro de los pantalones continuamente en las bodas.

Que nos pusieran aquellos calzoncillos con bragueta de color blanco, amarillo o azul pijama que usaban nuestros padres.

Heredar la ropa de nuestros hermanos y primos. Las madres siempre tenían que cogernos los bajos de los pantalones.

Heredar los libros de texto ya subrayados y pintarrajeados de nuestros hermanos y su material escolar: rotuladores gastados, estuches destrozados y manchados de tinta...

Los chicos, que nos confundieran con una chica solo por llevar el pelo largo —«Es que eres tan guapo que pareces una niña»—. Tranquilo, ya no había forma de

arreglarlo. O que nos dejasen el flequillo como si nos hubiera dado un lametazo una vaca.

Las chicas, que sus madres pregonasen a los cuatro vientos que ya eran «mujeres» cuando tenían el primer período o que las tensasen las coletas hasta que no podían dejar de sonreír.

ASÍ NOS ÍBAMOS DE VACACIONES

El turismo rural no es fenómeno reciente. Cuando éramos pequeños ya estaba inventado, y muchos pasábamos el verano en el pueblo de nuestros padres. Si queríamos playa, las opciones eran Torrevieja o La Manga del Mar Menor, donde podíamos cruzarnos por la calle con todos los concursantes que pasaron por el *Un, dos, tres*.

Las vacaciones eran uno de los momentos en que más cerca nos sentíamos unos de otros: sobre todo durante las nueve horas que duraba el trayecto desde Madrid a la costa en aquel Seat 127 en el que viajábamos con nuestros padres, hermanos, abuela y canario, la figurita del san Pancracio, el marco de fotos «No corras, papá», el perro de cabeza oscilante que vivía en la bandeja trasera, el balón de Nivea inflado y los chistes de Arévalo y el Payo Juan Manuel que nuestros padres compraban en la primera gasolinera. Y sin aire acondicionado ni cinturón de seguridad.

El equipaje se repartía entre el maletero y la baca: tienda de campaña, hamacas, mesa y sillas de *camping*... y hasta frigorífico, cocina, menaje del hogar, televisor de 14 pulgadas y un rollo de sintasol para el suelo de la parcela. Todo tipo de lujos para hacer de la parcela del *camping* nuestra segunda casa durante un mes, que era el tiempo que duraban las vacaciones de nuestros padres. A las cuatro de la mañana del 31 de julio media ciudad estaba en la calle montando todo aquello sobre la baca. Era un arte que se ha perdido.

A la vuelta, la misma hazaña. Al día siguiente nuestro padre se reincorporaba al trabajo como si nada. En aquella época nadie sufría ni depresión posvacacional, ni trastornos del sueño ni *jet lag* que valga.

LAS CELEBRACIONES FAMILIARES

LAS NAVIDADES

Preparar las cenas de Nochebuena y Nochevieja exigía una logística muy precisa y sin fallos. La familia entera se reunía en casa y nuestras madres estaban especialmente nerviosas: aquella era una de esas grandes ocasiones en las que podían lucir su mantel más lujoso y elegante —el hule siempre debajo, por supuesto—, la vajilla de las visitas y la cubertería de plata de ciento catorce piezas. En el menú no podía faltar la sopa de marisco, el cóctel de marisco, el salpicón de marisco, las gambas y los langostinos. Variadito. Y por supuesto, la botella de anís del Mono y la cuchara para los momentos musicales.

QUE NOS TRAÍAN LOS REYES MAGOS

De Papá Noel sabíamos básicamente por los anuncios de Coca-Cola. Los niños de entonces éramos acérrimos de sus majestades de Oriente, y cada uno teníamos nuestro rey favorito: al fin y al cabo, a alguien teníamos que culpar de que en vez del Monopoly nos dejaran aquella mala copia llamada Palé y otro esquijama idéntico al del año anterior. Aun así, todos los años recobrábamos la esperanza y echábamos un rato en escribirles nuestra carta.

—Estimados Sus Majestades de Oriente: el Fort Bravo de Playmobil, un Scalextric, el Ibertren, una bici BH con ruedines, el Magia Borrás, el Cheminova, el Simon...

Las niñas, a lo suyo:

—Estimados Sus Majestades de Oriente: la casa de PinyPon, el kit de la señora Pepis, el Barriguitas negro, la Nancy, el Pupitas, el Telesketch, el Enredos...

Pensábamos que cuantas más cosas apuntáramos más posibilidades tendríamos de que cumplieran alguno de nuestros deseos. Ingenuos. La suerte estaba echada. ¿Para eso nos molestábamos en prepararles la bandeja de turrón y la botella de anís?

LAS BBC

¿A quién no le provoca prurito que le inviten a una boda en la actualidad? Eso no nos pasaba cuando éramos pequeños. Un bodorrio, un bautizo o una comunión eran las ocasiones para reencontrarnos con los primos, beber Mirinda hasta que nos saliera por la nariz y volver a casa con algún billete de cien pesetas en el bolsillo, cortesía de los tíos más enrollados.

La parte negativa era que nos vestían de domingo y teníamos que calzarnos esos zapatos con borlas tan horribles como incómodos. Nada que ver con los náuticos que se pusieron de moda después, dónde va a parar.

En estos eventos familiares muchos de nosotros probamos nuestro primer cigarrillo, con apenas doce años... y permiso paterno. Bisonte, Celtas, Condal... Debían de resultarles divertido vernos echar medio pulmón a cada calada o pensaban

que sus niños se estaban haciendo mayores. O las dos cosas.

NUESTRA COMUNIÓN

Era el domingo que íbamos a la iglesia con más ganas, pero por favor, que pasara todo rapidito: la ceremonia, la sesión de fotos... Vamos al grano: los regalos. Una maquinita Nintendo, una máquina de escribir electrónica, un teclado Casio PT-4 con el que lo único que llegábamos a tocar era el inicio de la melodía de *El inspector Gadget*...

Pero si tanto anhelábamos este día era porque por fin tendríamos nuestro primer reloj. Sabíamos que iba a ser un Casio, siempre era Casio, y deseábamos con todas nuestras fuerzas que fuera el modelo que llevaba calculadora. Es el que le habían regalado al guaperas de clase, y claro, teníamos que estar a su nivel el lunes por la mañana. Años después con lo que de verdad fardábamos era con el Telememo, un reloj agenda que nos permitía guardar hasta ciento cincuenta números de teléfono. ¿Qué nos quedaría por ver?

El resto de la familia solía optar por el «toma y cómprate lo que quieras», y te soltaba un billete de cinco mil o diez mil pesetas así, sin avisar, como si fuera lo más normal del mundo. «La que voy a liar con esta pasta», pensábamos.

Pero no nos daba tiempo ni a tocarlo. Nuestras madres se interponían entre nosotros y el dinero.

—Trae, yo te lo guardo que tú lo pierdes.

Después nos enterábamos que con la recaudación habían pagado el banquete. Aquello fue muy traumático.

LO QUE CREÍAMOS DE PEQUEÑOS

Más que urbanas son leyendas caseras, inventadas por los padres de los padres de nuestros padres. Así nos inculcaron los primeros temores y nos volvieron tan maniáticos como ellos. Éramos esponjas y nos creíamos todo.

«No juegues con fuego que luego te meas en la cama», «No te toques que te quedas ciego», «No te bañes hasta dos horas después de comer que se te corta la digestión», «No te pongas bizco, que como te dé un mal aire te quedas así», «Como no te duermas pronto los Reyes Magos pasan de largo», «Como no te comas todas las lentejas llamo al hombre del saco», «Como no comas espinacas te quedarás enano», «A los niños los trae la cigüeña», «Como no vayas a misa acabarás en el infierno», «No te tragues los chicles que se te pegan al estómago», «No abras el paraguas en casa que da mala suerte», «No dejes las tijeras abiertas que da mala suerte», «Bébet

rápido el zumo que se van las vitaminas», «No pises las hormigas, que son de Dios», «Si te pica es porque estás curando», «Si no rezas por la noche lo mismo mañana no te despiertas»...

LO CONSERVAMOS DESDE NIÑOS

Las cintas de casete de nuestros grupos favoritos; los libros de «Elige tu propia aventura»; los *Súper Humor*; la medalla que conseguimos en los cursillos de natación; las cartillas con nuestras notas de sexto, séptimo y octavo de EGB; nuestro reloj agenda Casio Telememo; el título de primero de mecanografía; una carpeta forrada con fotos de Glenn Medeiros y Bon Jovi; la caja donde guardábamos las chapas y las canicas; un álbum de cromos de fútbol de la temporada 80-81 sin completar; los imanes de nevera de RAM con forma de cabeza de animales; las chapas de fútbol y las porterías que hicimos con una caja de zapatos...

QUÉ NOS DABAN CUANDO NOS PONÍAMOS MALOS

Somos los niños marcados por la triple vírica, la vacuna que nos protegía del sarampión, las paperas y la rubéola. La inyección debía de tener el tamaño de una banderilla porque nos dejaba un recuerdo en el hombro para toda la vida. La verdad es que molaba compararla con las de los compañeros de clase...

EL BOTIQUÍN DE NUESTRAS MADRES

En casa nunca faltaban los medicamentos «genéricos»: que nos dolía la cabeza, una aspirina; que teníamos tos, un supositorio —que por cierto, siempre nos ponían al revés—; que no se nos quitaba la tos, una inyección; que los mocos no nos dejaban respirar por la noche, Vicks VapoRub.

Si teníamos una muela picada nos echaban un líquido negro que nos dejaba un extraño sabor metálico en la boca durante el resto del día. Había un líquido para acabar con las verrugas. Para las llagas en la boca nos daban un medicamento con palo, Oralsone, que devorábamos como si fueran piruletas de Fiesta.

CAPÍTULO 3

LAS GAMBERRADAS



Los que fuimos a la EGB somos una generación de bromistas. Unos cachondos, vamos. Seguro. Y no porque nos lo enseñaran en el colegio, no. Allí, a la mínima que nos hacíamos los graciosillos nos caía un capón ninja, de esos que nunca veíamos por dónde habían llegado. Tras largas reflexiones, estas ganas de cachondeo, de poner en ridículo al prójimo como una excusa para echarnos unas risas a su costa tienen algo que ver con la copita de Quinta Santa Catalina que nos daban nuestros abuelos después de comer porque estábamos «esmirriaos».

—¡Hijo, qué mala cara! Tómate esto, que ya verás como enseguida coges color.

Y vaya si lo cogíamos. Qué sudores... Ahhh, aquellas primeras resacas de la infancia.

ÉRAMOS GAMBERROS, PERO INOCENTES

El caso es que en plena EGB nos pasábamos el año deseando la llegada de las vacaciones de Navidad. No porque estuviéramos poseídos por el espíritu que corresponde a la época —los únicos espíritus que conocíamos entonces eran los que nos habían enseñado en clase de Religión y aquellos de los que hablaba el doctor Jiménez del Oso en el programa de Televisión Española, *Más Allá*—. No. La Navidad era la temporada oficial para reírse del personal, una especie de cheque en blanco para dar rienda suelta al pequeño delincuente alborotador que todos reprimimos dentro.

Nuestros padres nos dejaban gastarnos toda la paga en los artículos de broma que solo en esos días se vendían en las tiendas de chucherías y en los puestos navideños, aunque no les hiciera demasiada gracia: sabían que, un año más, serían unos de los objetivos de nuestras gamberradas el día de los Inocentes. La familia, lo primero.

LAS PRIMERAS INOCENTADAS: LOS ARTÍCULOS DE COÑA

Porque sí, son unas fiestas para pasar en familia. De hecho, era la única época del año en que nos apetecía visitar a nuestras tías: en Nochebuena siempre caía el tradicional aguinaldo:

—A ver en qué te lo gastas —advertían.

Nosotros ya lo teníamos claro: en artículos de broma. Y como también nos habían enseñado a ser agradecidos, unos días más tarde las deleitábamos con una exhibición de la recién adquirida artillería: como uno más de *Los hombres de Harrelson* nos

deslizábamos hasta la camilla del té y camuflábamos en el azucarero un par de terrones de azúcar-mosca o sembrábamos el parqué recién acuchillado de escarabajos-bomba que explotaban al pisarlos. Y ellas, encantadas con su sobrino, por supuesto.

Año tras año íbamos ampliando el catálogo: chicles con cepo o de pimienta, polvos picapica para estornudar, la tinta china que se limpiaba con agua, ¡la caca de perro falsa!, el moco de plástico, los pútridos dientes de monstruo... Uno de nuestros favoritos era el anillo ducha, que lanzaba un chorro de agua a todo el que se acercaba a apreciarlo de cerca. Funcionaba gracias a un «complejo» mecanismo, una pera amarilla con forma de cabeza de chino. El mismo que llevaba incorporado el levanta platos, con el que conseguíamos que la comida de nuestras madres cobrara vida propia. La experiencia nos enseñaba que nunca debíamos utilizarlo con platos de sopa demasiado llenos...

Casi todos aquellos artículos llevaban impreso el enigmático rostro de un tal Mi-Shan-Fu, uno que debía de ser primo del que anunciaba el flan chino El Mandarín o que hizo la mili con Fu Manchú. Por cierto, si buscas en Google verás que se siguen fabricando. No es de extrañar; el mundo es de los cachondos. Cada vez que escuchamos a la Merkel nos tronchamos...

BOMBAS FÉTIDAS: ADMIRADAS Y TEMIDAS

Uno de los artículos que siempre aparecía en lo más alto del top ventas navideño eran las bombas fétidas, aquellas cápsulas que contenían un líquido amarillento nada apetecible y de olor nauseabundo pero que convertían a su poseedor en el más respetado y envidiado de la pandilla. Cuando llevábamos una encima nos sentíamos poderosos. Todos nos miraban con respeto, e incluso guardaban las distancias.

Se presentaban en una caja de tres unidades que hasta incluían instrucciones: «Tirar la bombita contra el suelo o pisarla. Al momento esparcirá un olor insoportable». Pero su manejo era un asunto delicado. Transportarlas en el bolsillo del pantalón no era lo más recomendable si ya habíamos adquirido cierta conciencia de la levedad de nuestra existencia. Un movimiento en falso podría romperlas, y si nos «explotaban» encima ya podíamos darnos por muertos... socialmente. Y convertirnos en unos apestados a tan tiernas edades marca. Al amigo de un amigo le pasó.

LAS PRIMERAS EXPLOSIONES... CONTROLADAS

Había otro artículo que rivalizaba en ventas y fans con las bombas fétidas: los

fulminantes de cigarrillos, aquellos inofensivos minipetardos que introducíamos entre el tabaco con ayuda de un palillo y que explotaba en las narices, literalmente, del incauto fumador. Contábamos en voz muy baja los segundos eternos que transcurrían hasta el fatal desenlace, mientras la adrenalina trepaba por nuestras gargantas y entonces... ¡pum!

Además, tenía la ventaja de ser una broma de larga duración: los días siguientes nos venía a la memoria la cara de estupefacción de la víctima y no podíamos evitar volver a desternillarnos. ¿Que por qué lo hacíamos? Sencillo, porque éramos buenos hijos y queríamos ayudar a nuestros padres a dejar de fumar. Para ellos no debía de ser tan evidente, porque a más de uno esta buena acción nos costaba el postre. Tan inofensivos —al menos para nosotros— no eran.

LOS PETARDOS: ATRACCIÓN FATAL

Nos encantan las explosiones, para qué ocultarlo más. Coincidimos en culpar de ello al *Equipo A*, que en cada episodio hacía estallar una media de diez bidones de gasolina, una gasolinera, un almacén repleto de dinamita, siete coches y dos furgonetas. Asistíamos a aquellas bacanales de fuego y destrucción pegados a la pantalla con los ojos secos por no parpadear. Esperábamos que el humo dejara paso a un desolador panorama de cuerpos desmembrados y destrucción... Pero nada más lejos de la realidad. Los malos malos se levantaban con el pelo descolocado, se sacudían el polvo y se entregaban con deportividad... sin una sola brecha o un mal esguince. Este era el único fallo que tenía la serie.

Los fulminantes para que nuestros padres dejasen de fumar estaba bien, pero necesitábamos más, así que corríamos a los puestos de chuches a llenar nuestras cananas de aquellos cartuchos de pólvora con mecha para emular a nuestros convictos favoritos. Los petardos de dos pesetas, los más flojos, eran perfectos para nuestras primeras explosiones. Después solo los comprábamos cuando ya nos habíamos fundido casi toda la paga. Habíamos pasado al siguiente nivel: los de cinco pesetas. Contundentes y económicos, eran los más demandados gracias a su relación precio/carga. Pero si queríamos jugar a cosas de mayores, ahí estaban los de quince y veinticinco pesetas. Con forma de caramelo y una mecha de garantías, su envoltorio de papel kraft guardaba las cargas explosivas más potentes del mercado. Quien se hacía con uno se convertía por derecho en el jefe del comando y, como tal, ese día era el responsable de seleccionar los objetivos de nuestras operaciones.

¿QUÉ NOS GUSTABA EXPLOTAR?

Casi todo era susceptible de ser volado por los aires: la casa de palillos que habíamos construido en clase de trabajos manuales, un bote de refresco que nos

encontrábamos en la calle, el Barriguitas que le habíamos quitado a nuestra hermana pequeña como venganza por haberse chivado a nuestra madre de que habíamos estado ojeando la *Interviú* de nuestro padre, una papelera, la tapa de una alcantarilla...

Nuestra imaginación establecía los límites. Pero, sin duda, lo que nos encantaba era hacer explotar cacas de perro. Aún no se habían inventado los pipi-can y a nadie se le pasaba por la cabeza salir a pasear su caniche con una bolsita de plástico para recoger sus excrementos, así que localizarlas resultaba sencillo. Escogíamos la más reciente, la aún humeante, y le clavábamos un petardo a modo de vela de cumpleaños. La «tarta bomba», la llamábamos. Después solo quedaba encender la mecha y correr a refugiarnos de la escatológica onda expansiva. Y es que las cacas de perro daban mucho juego. Las que no era aptas para nuestros espectáculos de fuegos artificiales de mierda las depositábamos con sumo cuidado delante de un portal o de la salida de la tienda, bien camufladas. «Mierda que no has de explotar, déjala pisar». Era nuestro lema.

Hubo una época en que de nuestras casas desaparecían misteriosamente las bombillas de las lámparas que nuestros padres aflojaban para ahorrar electricidad. Fue después de descubrir que al lanzarlas contra el suelo explotaban. ¡Ah! Y también jugábamos a reventar los megaglobos de chicles Bang Bang que hacían nuestras compañeras del cole imitando a Bea, la guapa de *Verano Azul*. En plena cara. Si llevaban gafas eran mucho más divertido.

ASÍ VACILÁBAMOS AL PERSONAL

Llamar a todos los telefonillos del barrio y salir corriendo era un imprescindible de nuestras tardes vagando por las calles. Nos encantaba tomar el pelo a los mayores. Existía una tienda de chucherías de un tal Benito, el sordo, un hombre ya mayor con cara de haber aguantado en su vida una o ninguna broma y que lucía tras la oreja izquierda un vistoso sonotone.

—¿Qué quiere?

La diversión consistía en mover los labios sin hablar.

—¿Quéee? ¿Qué dices? —insistía mientras manipulaba el aparato con manos nerviosas.

Al fin, encontraba la ruedecita del volumen y la giraba al máximo: era el momento.

—¡¡UUNA BOLSA DE KIKOSSSS, BENITOooooo!!

El pobre hombre se caía de espaldas, ocasión que se aprovechaba para huir muertos de risa:

—¡Siempre pica! Jajajá.

TRAVESURAS EN CLASE

Todos hicimos de las nuestras en el colegio. ¿Quién no ha camuflado una tiza entre las tiras del borrador de la pizarra? ¿Quién no ha puesto la papelera encima de la puerta del aula para que al abrirla le cayera encima al profesor? ¿Quién no ha participado en una batalla de bolas de papel de aluminio Reynolds en medio de una clase? ¿Quién no ha pegado carteles en la chepa del profesor con mensajes de gran carga intelectual del estilo de «Llámame tonto» o «Me pica el culo»? ¿Quién no ha llamado a la policía desde una cabina avisándoles de que había una bomba en el colegio para aplazar un examen? Eran inocentes chiquilladas que en ocasiones iban subiendo de tono hasta llegar a un punto en que se nos escapaban de las manos...

En el colegio empezábamos por espolvorear polvos picapica o explotábamos una bomba fétida, lo que provocaba el desalojo inmediato del aula. En medio del desconcierto colocábamos un par de chinchetas en la silla de la profesora, que al regresar se sentaba sobre ellas. Al abrir su cajón para sacar la lista e hincharse a poner negativos se encontraba con la lagartija cazada en el recreo. El pobre reptil trataba de huir pero terminaba sus días aplastado bajo el libro de Sociales de la maestra mientras las dos empollonas de la primera fila vomitaban ante la visión de una muerte tan repugnante.

¿Cómo actuar en tales casos? Si nos entregábamos nos quedaríamos sin recreo una semana y dos sin postre, pero eso sí, tendríamos nuestros quince minutos de fama.

CASTIGOS EN EL COLE

Aprendimos mucho de nuestras gamberradas. Lo primero, que nuestros actos tenían unas consecuencias... siempre que nos pillasen *in fraganti* o algún compañero se chivase. Para preservar nuestra identidad teníamos dos opciones: cometerlas sin que nadie estuviese presente o perpetrarlas con nuestro auténtico círculo de confianza. Esas consecuencias tenían un auténtico círculo de confianza. Esas consecuencias tenían un nombre: castigo. Los podemos dividir en dos tipos: los del

cole y los de nuestros padres.

Los castigos del cole eran lo peor que nos podía pasar. Si el profesor llamaba a nuestros padres para ponerles al día de las fechorías del niño, sabíamos que en casa nos esperaba una buena bronca... y otro castigo. ¿Por qué? Por estar castigado. Los padres de entonces no necesitaban más razones.

EL BORRADOR VOLADOR

La cercanía de un castigo era algo que se palpaba en el ambiente. Incluso a veces lo veíamos venir... volando hacia nosotros en forma de borrador. No hacían falta palabras. Era un aviso que conocíamos todos:

—Martínez, o se calla o le expulso.

En esa época también aprendimos mucho acerca del lenguaje no verbal.

EL CAPÓN ANILLO

Que nos echaran de clase por no reprimir un ataque de risa o por no haber dejado de darle a la sin hueso con nuestro compañero de pupitre no era un drama, al contrario... Aunque solo la primera vez. Si éramos reincidentes el profesor nos agarraba de la patilla y nos hacía recorrer de puntillas el interminable corredor que conducía al despacho del director. Este nos recibía con un efusivo capón anillo que, como el Rexona, no nos abandonaba el resto del día. Era un arte milenario cuyo objetivo era enmendarnos a base de chichones y que dominaban a la perfección los profesores con más solera.

EL REGLAZO: DOS VERSIONES

Otros recurrían a una única regla: en concreto, de madera de sesenta centímetros de largo. El reglazo era una de las técnicas más asépticas, ya que no dejaba marcas, y quizá por eso la más extendida entre el profesorado femenino. Se ofrecía en dos versiones: *light*, en la palma de la mano, y *hardcore*, en las yemas de los dedos, según el grado de gamberrada cometida. En cambio, a los incondicionales del guantazo les encantaba estamparnos su firma en la cara sabiendo que serviría de advertencia para el resto de compañeros.

«COPIE CIEN VECES...»

Si no nos sabíamos la lección o nuestro perro se había comido los deberes nos esperaban dos modalidades de castigo. Una de ellas, con un enfoque didáctico, se basaba en el método de aprendizaje por repetición:

—Mohedano, escriba cien veces «El caballito de mar no es un ave gallinácea» —

esto es real, prometido.

También podían hacernos copiar un mínimo de tres veces el tema del día. La otra, dirigida a hacer escarnio público de nuestra figura, consistía en obligarnos a pasar el resto de la clase de cara a la pared, ya fuera de pie o de rodillas, sujetando libros... En Guantánamo creo que la siguen utilizando.

SERVICIOS A LA COMUNIDAD

Los que eran unos friquis de los juegos de construcción, como el Tente o el Mecano, aprovechaban cualquier ocasión para dar rienda suelta a su afición. En los coles había unos cuantos, y al volver del recreo era habitual encontrarnos con un *castell* de sillas en medio de la clase. Eran admirables: se superaban en cada intento y hasta conseguían coronar su obra con la mesa del maestro.

Los alborotadores antisistema también aprovechaban el tiempo del recreo para hacer volar por las ventanas nuestros abrigo o esparcir por el suelo el contenido de las mochilas. A estos solíamos verles muy a menudo realizando servicios a la comunidad, como limpiando todos los borradores de los encerados, recogiendo los papeles del patio y vaciando las papeleras.

CRUELDAD INTOLERABLE: SIN RECREO

Pero había un castigo que superaba a todos en crueldad: que nos dejaran sin recreo. Pero no solo eso: además, nos confinaban a un aula de aislamiento con otros que habían corrido nuestra misma suerte y donde nos vigilaba el profesor de turno, que de vez en cuando alzaba la vista por encima del periódico para regodearse en nuestro infortunio. De entre el jolgorio del patio distinguíamos las voces de nuestros compañeros...

—¡Pásamela, que estoy solo!

—¡Eh, mi Bollycao!

—¡A trallón no vale!

—¡Quien la tira va a por ella!

Aquello nos hacía sentir aún más desgraciados y apenas probábamos los bocadillos. En resumen, todo un atentado contra la Declaración de los Derechos Humanos.

CASTIGOS DE NUESTROS PADRES

Los de casa también eran castigos anunciados:

—¿A que me quito el cinto?

—¿A que se te caen los pantalones? —pensábamos.

Aquel era el primer aviso. El segundo tenía forma de pantufla voladora. Si hubiera sido un deporte olímpico, los padres se habrían llevado el oro en la modalidad de lanzamiento... y nosotros en la de esquivarlas.

En ese momento tomábamos conciencia de lo frágil de nuestra existencia ante la inminencia de una buena tunda de azotes o una bofetada inesquivable. Nuestros padres habían sido educados en la convicción de que un guantazo a tiempo ahorra muchos disgustos, y la seguían a rajatabla.

TRABAJO FORZADO

—¡Esto parece una leonera!

Al rugido de nuestras madres corríamos a escondernos detrás del sofá. De nada nos servía. Nos descubrían enseguida para obligarnos a recoger el cuarto... y, ya de paso, barrer y pasarle la fregona al pasillo. Creo que por eso no teníamos muy claro si mantener ordenada nuestra habitación y no dejar la ropa por cualquier sitio... era un deber o un castigo. Por si acaso mejor tomarlo como lo segundo.

TORTURAS PSICOLÓGICAS: SIN POSTRE Y AISLADOS

Es una táctica de guerra basada en minar la moral del enemigo: dejarnos sin postre y obligarnos a permanecer en la mesa viendo cómo nuestros hermanos devoraban los suyos; o mandarnos a nuestra habitación, donde el único entretenimiento era la flamante enciclopedia Larousse de veinticuatro tomos y cuatro suplementos.

UN MES SIN SALIR

En aquella época casi toda nuestra diversión la encontrábamos en la calle: que nos castigasen sin salir de casa era la segunda peor cosa que nos podía ocurrir en la vida. La primera, que los graciosos de los compañeros nos bajasen el pantalón del chándal, dejándonos en calzoncillos en mitad del patio y delante de la chica que nos gustaba.

SIN PAGA

El bloqueo económico era otra de las represalias más recurrentes y efectivas. Nos cerraban el grifo y ya podíamos olvidarnos durante unos cuantos días de chucherías y petardos... Si éramos previsores podíamos sobrevivir recurriendo a los ahorros de nuestra hucha.

Ya podíamos llorar, patalear... Cuanto más insistíamos y más insoportables nos poníamos, más empeoraba la situación. De eso nos dábamos cuenta enseguida, así que al final respirábamos hondo un par de veces, secábamos nuestras lágrimas y lo asumíamos. Si no podíamos conseguir una amnistía aún nos quedaba la posibilidad de una reducción de condena por buena conducta.

Durante unos días, que por cierto parecían de cuarenta y ocho horas, poníamos y recogíamos la mesa, bajábamos la basura sin que nos lo recordaran, pasábamos más tiempo delante de los libros —nadie ha hablado de estudiar—, hacíamos la cama, recogíamos nuestros juguetes... y con cara de cordero con billete de ida al matadero vagábamos por la casa arrastrando los pies como alma en pena. La mayoría de las ocasiones funcionaba. Nuestras madres se ablandaban y convencían a nuestros padres en el dormitorio de que quizá fuera el momento de conmutarnos la pena.

—El niño se ha enmendado, ha aprendido la lección. A lo mejor hemos sido demasiado duros...

Si la respuesta del padre era un:

—No sé... A lo mejor...

Entonces mirábamos al cielo y dábamos gracias a Superman. ¿Que por qué se les oía hablar? ¿Es que acaso tú no ponías la oreja en la puerta de su cuarto?

MENTIRAS PIADOSAS

Dicen que más vale una mentira que nos haga feliz que una verdad que nos haga llorar. Qué gran verdad. ¿Por qué íbamos a disgustar a nuestras madres diciéndoles que solo habíamos aprobado gimnasia y recreo? Eso sería de mal hijo. Lo suyo era contarles que habían robado en el colegio y se habían llevado todas las notas y que no intentaran llamar al director porque le habían secuestrado. Una mentira creíble para hacer feliz a la mujer que nos trajo al mundo. Pero nuestros padres, erre que erre.

—Te va a crecer la nariz como a Pinocho.

—Ojalá —pensábamos.

Mentir se convertía en el último recurso para evitar un castigo seguro. Y nos hicimos unos expertos, aunque fuera a base de aprender de los errores. Si nos queríamos escapar una tarde a los recreativos diseñábamos una coartada con nuestro mejor amigo: cada uno le diría a sus respectivas madres que iría a estudiar a casa del otro. Pero ¿y si una de ellas llamaba a la otra o ambas se encontraban en la calle? Necesitábamos una excusa mejor, el plan perfecto. ¡Eureka! Les diríamos que íbamos a estudiar a la biblioteca del barrio. Aquello funcionaba un par de veces. A la tercera,

cuando estábamos a punto de batir el récord en el *Galaxian*, aquel mítico juego de marcianitos, una madre pasaba por delante de los recreativos. Soltábamos el *joystick* y nos escondíamos detrás de la máquina. Respirábamos aliviados, creyendo que nos habíamos librado de una buena... hasta que cinco minutos después uno de los padres nos sacaban de allí a colleja limpia.

CAPÍTULO 4



**TODO
EL DÍA
en la CALLE**

Nuestros padres nos apuntaban a inglés, a judo, a *ballet* o a música, a clases de refuerzo... Después podíamos bajar a la calle y jugar. Vale, primero los deberes. Las mejores tardes eran las de los viernes. Nos dejaban estar en la calle hasta casi las diez de la noche, justo cuando las madres nos reclamaban a grito pelado desde el balcón.

No siempre subíamos a cenar en el mejor estado. A ellas les preocupaban menos las camisetas rotas o manchadas que las rodillas magulladas, aunque tenían solución para ambas cosas. Para la primera, un remiendo; para la segunda, mercromina. Mano de santo, oye. ¿Y los deberes? Bah, ya habría tiempo durante el fin de semana.

STREET FÚTBOL

No hacía falta un Bernabéu o un Camp Nou para sentirnos el Buitre o Gary Lineker. Improvisábamos los estadios en las plazas, los parques y hasta en las aceras. Como porterías, un par de montones de abrigos, la puerta de un garaje o el espacio entre dos árboles. Jugábamos en tromba, porque los defensas querían ser delanteros y los porteros, también. ¡Aquello sí que era fútbol total y no la Holanda de Cruyff! Cuando la pelota se iba fuera corríamos tras ella en un intento tras ella en un intento de atraparla antes de caer en la carretera, a veces en vano.

—¡Por favor, por favor, que no la atropellen!

Si había suerte, como mucho tendríamos que arremangarnos y recuperarla de los bajos de cualquier coche. Y con las manos negras de grasa, a seguir jugando. Verás tu madre cuando llegues a casa...

EL BALÓN PRISIONERO

El campo de juego se dividía en dos mitades y la pandilla en dos equipos. El objetivo: eliminar a los rivales a balonazo limpio. Si la pelota nos tocaba estábamos muertos. Lo peor, ser de los primeros en caer eliminados porque nos tocaba calentar banquillo y aburrirnos como ostras hasta el final de la partida.

EL PELOTÓN DE FUSILAMIENTO

Una variante del anterior, en el que un balón de reglamento nos buscaba las cosquillas —o más bien nos reventaba la cabeza— y nosotras teníamos que esquivarlo moviéndonos como porteros de fútbolín cobardes.

LAS CHAPAS

Las chapas, ese objeto desechable y de apariencia nimia que marcó nuestra infancia. Conseguirlas no era nada fácil. Dependíamos de la empatía de los camareros del bar al que íbamos con nuestros padres a tomar el aperitivo, que a veces nos las

guardaban. Les habríamos levantado un monumento. Si no teníamos esa suerte, husmeábamos en el suelo junto a la barra y rescatábamos nuestros tesoros entre restos de servilletas y pegotes de ceniza y cerveza. Con ellas podíamos practicar uno de los juegos virtuales favoritos: el fútbol-chapas. El balón era un garbanzo y los porteros, los tapones de las litronas. Con el canto abollado, para que se sostuvieran de pie. Los jugadores salían de nuestros tochos de cromos repes de la liga o eran de diseño propio. Las normas eran muy similares a las del fútbol convencional, con sus córneres, libres indirectos y saques de banda. Tras una falta podíamos dar dos toques seguidos —lo normal era uno por turno—, y si el balón, o sea el garbanzo, caía sobre un jugador dentro del área, eso era un penalti como una casa.

También corrimos la Vuelta Ciclista a España. Nuestros ciclistas favoritos eran Perico, Gorospe —Julián, que era el bueno, no Rubén—, Cabestany, Lejarreta, Indurain y Laguía, que siempre ganaba el premio de la montaña. ¡Todos queríamos correr para el equipo Reynolds! Comprábamos las pegatinas de los equipos en los quioscos de chuches, y si no llegaba la paga utilizábamos los cromos de la Vuelta o diseñábamos nuestro propio maillot en una hoja de cuaderno con el nombre, el dorsal y los colores. No valía la redondilla, es decir, hacer rodar la chapa de canto para tomar las curvas del trazado que habíamos dibujado con tiza en la acera. Si el terreno era de arena, juntábamos las dos manos extendidas a modo de máquina quitanieves. Por cierto, siempre teníamos una chapa favorita, que era la que mejor resbalaba o la que nos daba suerte. ¿Recuerdas la tuya?

LAS CANICAS

La bolsa de canicas era para nosotros lo que el anillo de poder para Gollum. Nos había costado Dios y ayuda acumular tantos tesoros mediante la compra, el trueque... y hasta el mangoneo puro y duro. El valor de cada canica dependía de muchos factores: su tamaño, el material de que estaban hechas y, por supuesto, su color y su transparencia u opacidad. Sin duda, una de las más deseadas eran las de ojo de gato, opacas y negras, con una franja de color. Según los expertos del arte del gua —el golf de las canicas, que se practicaba sobre arena con un agujero llamado «gua»—, rodaban como la seda.

LOS JUEGOS DE CARTAS

Eran un divertimento que nos servían para un roto y para un descosido: la carta más alta, al burro, el policía y el ladrón, mentiroso, macarroni, cinquillo, poquino —un bingo con cartas—...

LA PEONZA

Sin saber nada de vectores ni ángulos y sin haber oído hablar de la fuerza de gravedad, éramos capaces de hacer bailar una peonza hasta que caía derrengada de puro cansancio. Lo más rollazo era «darle cuerda», pero, una vez que la soltábamos y empezaba a girar nos quedábamos embobados con sus giros.

EL HULA HOOP

A las niñas se les daba de vicio. Eran capaces de sostener el dichoso aro en sus cinturas más tiempo que el que tardaba Oliver Atom en cruzar el terreno de juego de *Campeones*.

LOS TAZOS

De la mano de Matutano llegaron los tazos, y cada nueva colección era más adictiva que la anterior. Desde los Looney Tunes a los Caballeros del Zodíaco, aquellos pequeños discos pasaron de mano en mano entre los chavales de los noventa. Había varias formas de jugar —la torre era el más popular—, pero el objetivo siempre era el mismo: quedarnos con los de nuestros contrincantes. ¡La lucha por la vida!

BATALLAS CALLEJERAS: NUESTRAS ARMAS DE GUERRA

No había pelea pandillera que se preciara sin tirahuevos, una evolución más letal del tirachinas de fabricación casera: bastaba el cuello de una botella de lecha, un globo y unas cuantas gomas. La munición, pelotillas de papel..., o garbanzos si el duelo era a muerte. Que a veces lo era. Y bienaventurados los que tenían gafas, porque no corrían el riesgo de perder un ojo. Ante eso, nuestras madres se movilizaban en masa para arrebatárnoslos de las manos. Si la pelea era amistosa utilizábamos proyectiles menos dañinos: los globos de agua que rellenábamos en las fuentes. Sí, antes en las calles teníamos fuentes.

EL CHURRO, MEDIAMANGA, MANGOTERA

Los del equipo A se colocaban en fila india con la cabeza entre las piernas del siguiente. Los del B saltaban a horcajadas sobre ellos, lo más lejos posible, hasta colocar a todos sus jugadores. Cuando lo conseguían, el primero en saltar preguntaba: —Churro, mediamanga o mangotera.

Y dibujaba la forma de un churro —mano sobre mano—, mediamanga —el codo sobre la mano— o mangotera —la mano en el hombro—. Si el de abajo adivinaba se cambiaban los papeles Vamos, un juego de lo más civilizado que consistía en reventar las lumbares de nuestros oponentes y en el que el gordito de la pandilla era elegido el

primero a la hora de formar equipos.

EL ESCONDITE Y SU VERSIÓN INGLESA

Si el escenario era grande y con recovecos podíamos escondernos muy a gusto y pasarnos un rato largo sin dar señales de vida, mientras nuestro buscador se volvía loco y lamentaba no haber hecho trampas mirando atrás durante el tiempo que contaba. Una variante era el escondite inglés —«Un, dos, tres, al escondite inglés»—, en el que los jugadores iban avanzando sigilosamente hacia la pared en la que estaba de espaldas el otro, y ¡ay de nosotros si se daba la vuelta y nos pillaba moviéndonos! ...

JUEGOS DE CORRER

Eran los más sencillos de todos, y también los más divertidos. El rescate, el pillapilla, el «tú la llevas» y el cortahilos eran juegos de reflejos y velocidad. En el último, el perseguidor iba formando una cadena humana con todos los que atrapaba, pero si un compañero lo atravesaba rompiendo el hilo... otra vez a pringar.

En el «tú la llevas» plantábamos un estigma invisible sobre un compañero con solo tocarle, y este, para deshacerse de la maldición, tenía que traspasársela a un tercero. Finalmente, el pillapilla era otro juego de persecución en el que solo hacía falta ganas de correr y de pasárselo bien.

EL PAÑUELO

Los equipos se situaban uno enfrente del otro. En el centro, una mano inocente sostenía un pañuelo, gritaba un número y el jugador correspondiente echaba a correr como alma que lleva el diablo para hacerse con la prenda. Deseábamos que nos tocara el rival más lento para ganar con holgura, y lo pasábamos fatal cuando nos asignaban al gamo de turno. Por muchos reflejos que tuviéramos, estábamos vendidos.

JUEGOS DE TONTEAR

¿Quién no se ha sonrojado cuando el ojo de la botella ha caído de su lado y ha recibido el «castigo» de tener que besar a un chico o a una chica? Había una variante, la botella y el duro, en el que el beso dependía de que la moneda saliera cara —beso en la mejilla— o cruz —beso en los labios—. A las chicas les encantaba el «beso, verdad o atrevimiento», y no sabían si optar por el amor platónico, la sinceridad de una confesión o el coraje de aporrear la puerta del loco del bloque o la bruja del pueblo.

EL TRUQUE

El truque, o su hermana gemela la rayuela, era el dibujo que las niñas hacían en el suelo —con tiza, por supuesto—. Tiraban una piedra al primer cuadro y, a pata coja, tenían que llevarla hasta el final, sin pisar nunca las rayas pintadas ni salirse del recuadro. Cuando alcanzaban la meta partían de la segunda casilla, esta vez sin pisar la primera. Es una pena que ya no vayamos a la pata coja a ningún sitio... Molaba.

EL LLAMAPUERTAS

Una de nuestras distracciones más frecuentes consistía en llamar a los telefonillos y salir corriendo. Así contado igual no lo parece, pero lo pasábamos teta. Si no te lo crees, prueba.

LA GOMA

Como buen juego que se precie disponía de sus propias canciones pegadizas, como las de «Don Melitón y sus tres gatos», «En la calle 24», «Chicle Bazooka», «Pisotón pisotera», «Soy capitán»... Los niveles de dificultad dependían de las distintas alturas en las que se ponía la goma: tobillo, rodillas, caderas, axilas, cuello... y más arriba, sosteniéndola con los brazos en alto. Al último nivel solo llegaban las que sabían hacer la ruleta.

LA COMBA

A solas o con amigas, y siempre con una banda sonora como la del barquero, gracias a la cual aprendimos que «las niñas bonitas no pagan dinero» o «el cocherito leré», a las niñas de la EGB se les iban las horas con la cuerda. Y si no se descalabraron o se ahorcaron fue por las muchas horas de práctica que había detrás.

JUEGOS DE PALMAS

A las que no les gustaba correr riesgos con la goma o la comba —más de una perdió alguna pieza dental— jugaban a las palmas, ese juego de manos con canciones pegadizas, alguna de ellas de dudoso carácter educativo. Un ejemplo, la de un tal don Federico, que hizo picadillo a su mujer para casarse con otra. Allí había más líos que en *Melrose Place*.

LAS RECORDADAS CHUCHES

Llevábamos todo el día rumiando qué le pediríamos a la señora mayor que vivía en aquel paraíso inalcanzable de gominolas, regalices y piruletas y que nos veía más que nuestras abuelas. Aquellas veinticinco pesetas había que administrarlas bien.

LOS CHICLES

La guapa de *Verano azul* puso de moda hacer globos enormes y Bang Bang se forró. Por eso, y porque nos tirábamos horas mascando y aquello seguía sabiendo a fresa, o a menta. También estaban los Boomer, los de aquel superhéroe tan elástico, los Bazooka, tan duros como una castaña pilonga, los Cheiw Junior... ¡Tenía que ser Cheiw! En barra estaba el Tico Tico de sandía, y en pequeñas dosis las bolsas de pepitas de oro de Gold Nugget, que se nos metían entre las muelas. Y para el final hemos dejado el Cosmos, que era negro, sabía a regaliz y nos teñía la lengua de negro. Fue fabricado para experimentar con nosotros algún tipo de nueva arma química.

LOS CARAMELOS

En la categoría de «blandos» los reyes siempre han sido los Sugus, tan pegajosos... Nos tirábamos a los de fresa o de piña, los del papel azul, y pasábamos de los de limón y naranja. Los Palotes eran como un Sugus gigante en barra. En «duros» y por encima de los cuba-libre de Pinedo, encabezaban la lista los drácula, que nos dejaban la lengua como si le hubiéramos dado un chupito a la mercromina. Los de melón no cuajaron. También nos pintábamos de rojo con los pintalabios de caramelo... y con los pirulís, que a base de chuparlos se acababan convirtiendo en armas punzantes que hacían estragos en nuestras encías. No podíamos olvidarnos de las pastillas de leche de burra, aquellas blancas de azúcar puro envueltas en celofán. Y para el final, dos clásicos: los Chimos, «un agujero rodeado por un caramelo», y los pez, con aquellos surtidores convertidos hoy en piezas de coleccionista.

LAS GOMINOLAS Y OTROS DULCES

El icono por excelencia son los ositos, pero la oferta era ilimitada: botellas de coca-cola, serpientes traslúcidas de dos colores, jamones, moras grandes y pequeñas, rojas y negras, habas mágicas... Además, nos pirraban las barras de gelatina y, por supuesto, las nubes. ¿A que probaste a quemarlas? Aquel humo negro no debía de ser muy sano.

LOS REGALICES

El abanico era amplio: en barras trenzadas o en discos espirales, rojo o negro... O

el de Zara, una barra dura envuelta en celofán. ¿Te acabaste alguno?

LOS QUE LLEVABAN PALO

Cuando nos quedaba ya poca paga recurriamos a los chupa-chups de fresa de Kojak rellenos de chicle. Era como comprar dos golosinas por una. También estaban los de Fiesta, de múltiples sabores, y las piruletas de fresa ya fueran redondas o con forma de corazón. Y llegamos a los caramelos musicales. El Pitagol, que tenía la punta con forma de silbato ¡que pitaba! Claro, que duraba cinco minutos. Los Melody Pops funcionaban igual, pero podíamos tocar varias notas musicales con aquel palito que subía y bajaba. Eran geniales para sacar de quicio a nuestros padres.

EL PALODUZ

Este no llevaba palo: era un palo. Lo que no sabíamos es que se trataba de la raíz de la planta de la que se obtiene el regaliz y que tiene todo tipo de propiedades beneficiosas, ¡incluso afrodisíacas! Tampoco había narices a acabárselo.

LAS DE CHOCOLATE

Lacasitos, conguitos... y cigarrillos de chocolate que venían en cajetillas que imitaban a las de verdad. Ahora se iría a la cárcel por venderlos, y con razón: aquel papel no había manera de despegarlo y al final o nos lo tragábamos o teníamos que tirar el cigarro. Y eso nunca.

LAS QUE VENÍAN EN BOLSAS

Los gusanitos de maíz, las pipas y aquellos kikos duros como piedras de Churruca fueron unas de nuestras primeras chuches. Después llegaron los Triskys, los Fritos, las cortezas Bocabits, los Doritos, las pajitas de ketchup... y el peor invento del siglo, las patatas fritas *light*. Y que sigan diciendo que eso son patatas...

LOS PICAPICA

¿Quién no recuerda aquel sobrecito blanco relleno de «granulado efervescente» de Sidral? También nos gustaban otros sobres, más grandes, los de los Fresquitos, que incluían un dedo de caramelo para pringarlo en el picapica. Así evitábamos que nuestras madres tuvieran que limpiarnos las manos con saliva.

LOS PETA ZETAS

¿Qué demonios sería aquello que chispeaba y explotaba en nuestra boca? Solo

sabemos que causaba adicción y no teníamos hartura. Nos podíamos comer tres bolsas de una sentada y aún queríamos más.

LOS POLOS Y HELADOS

Llegaba el verano y los quioscos de helados brotaban como setas. Después de casi un año de impaciente espera, repasábamos el tablón una y otra vez y no sabíamos por cuál decidirnos. Los Dracula nos encantaban o los odiábamos, pero aquella cubierta de cola con interior de fresa y base de cremosa vainilla no dejaba indiferente a nadie.

Algo parecido sucedía con los ColaJet, esa mezcla de polo de limón y cola con una envoltura de chocolate. Su rival, siempre a la zaga, era el Capitán Cola. Después llegó el Frigodedo, que abrió el camino al Frigopie, de crema de fresa. El Fnasmikos tenía una textura similar pero de vainilla y un palo que a la vez era un chicle, pero no estaba muy bien pensado y teníamos que comérselo deprisa, antes de que se desmoronase. El Frigurón, de un intenso azul curazao, no caló, muy ácido, y no estuvo en cartel mucho tiempo. El Twister tenía dos versiones en texturas helado y polo, y por su precio podíamos permitirnoslo en ocasiones especiales. Con los Calippo, de fresa o lima, llegó la revolución, y la competencia no tardó en reaccionar con el Pirulo. Si no nos quedaba mucha paga nos decidíamos por un Minimilk de nata, chocolate o fresa, que cumplían su función. Y si estábamos secos, un *flash* de cinco o quince pesetas, según el tamaño. Era el helado de los pobres.

Los Magnum, Cornetto... eran demasiado caros para nuestros bolsillos, así que tendrían que esperar el paseo de la tarde de los sábados con los padres. Ellos, por cierto, eran más de los cortes de helado de uno, dos o tres sabores, los bombón helado, los sándwiches de nata... y en casa, de Contessa, ahora Viennetta.

LOS JUGUETES DE LOS PUESTOS DE CHUCHES

Con las vueltas que sisábamos del pan o los restillos de la paga poco se podía hacer, pero conseguíamos estirar esa calderilla hasta límites insospechados. Nos llegaba hasta para comprar todo un regimiento. De plástico, eso sí: las figuritas de Montaplex. En cuanto llegábamos a casa rompíamos con ansia aquel sobre de papel para tomar contacto con nuestros nuevos compañeros de juegos, nada menos que un pelotón de soldados. Ya teníamos el ejército alemán, el confederado, el ruso... Y allí estaban, unidos por una tira de aquel plástico de olor inconfundible que llegaba hasta el tuétano. Después llegaron los sobre de los Monta Man. Los muñecos eran algo sosos, ¡pero articulados! Los teníamos que montar nosotros mismos, e incluso tenían sus propios vehículos —motos, helicópteros, bicicletas...— y complementos a juego.

Aquellas tiendas tenían de todo. Las niñas compraban madejas enteras de hilos de plástico de colores para hacer pulseras que luego lucíamos presumidos. También vendían los sobres-sorpresa, que no se entiende por qué los llamábamos así, porque siempre nos tocaba una pulsera de plástico duro con pendientes a juego, unas pastillas de leche de burra, dos sugus...

El juguete que causó furor durante una buena temporada fueron las manos locas, las gomas superelásticas y adherentes que acababan siempre pegadas en el techo del aula. Las había de muchos colores, y servían para darle collejas al que se sentaba delante de nosotros en clase. A los dos o tres días tenían un color poco saludable y dejaban de pegar. Nada como un buen baño con jabón... ¡y como nuevas! Y si se nos rompían, no pasaba nada. Teníamos que ir a por el pan, y a lo mejor alguna moneda, por descuido, se quedaba en nuestro bolsillo.

CAPÍTULO 5

OCIO Y AFICIONES



UN MUNDO DE TECNOLOGÍA

En la EGB la única tecnología que conocíamos era la de los relojes Casio que nos traían de Algeciras o Andorra, el walkman Sony y Aiwa, el radiotransistor Sanyo con el que nuestros padres escuchaban el fútbol los domingos... ah, y las máquinas de escribir electrónicas, con memoria para almacenar lo que hoy serían diez documentos de Word. ¡Y tan felices! Pero todo aquello cambiaría en muy poco tiempo... ¡y no podíamos imaginar cuánto!

NUESTRO PRIMER VÍDEO

Con aquel invento podíamos ver una película cuando quisiéramos ¡sin esperar a que la echaran en la tele! Así que fue entrar por la puerta y revolucionar nuestra rutina familiar. Las tardes de los sábados el salón de casa se convertía en una improvisada y abarrotada sala de cine. Los abuelos, los tíos, los amigos de nuestros padres, la vecina pesadas... ocupaban sus asientos —a nosotros nos tocaba suelo—, las luces se apagaban y a disfrutar de una sesión doble de Pajares y Esteso con *Yo hice a Roque III* y *El erótico enmascarado*. Sí, el vídeo cambió nuestras vidas, sobre todo el botón del *pause*: ¡podíamos ir al baño sin tener que aguantar los anuncios!

Las películas las alquilábamos en el videoclub, que solían tener nombres como Casablanca, Jolibud o Blockbuster. En esa época había tantos como hoy tiendas de todo a un euro, y nos hacíamos socios de todos. Al final, acabábamos con un taco de carnés más tocho que el de los cromos repes de Naranjito. Las cintas estaban clasificadas por categorías: amor, de miedo, policíacas, españolas, de aventuras, de artes marciales y... «X». Estas últimas guardadas en el fondo de un pasillo oscuro oculto por una cortinilla en la que nunca llegamos a entrar... y no porque no nos picase la curiosidad. También se dividían por formatos: estaba el VHS, el BETA y el Sistema 2000. Como con *Titanic*, ya sabemos cómo acaba el final de esta historia.

Las más alquiladas, además de todas las del destape que nos tragamos en aquellas inolvidables sesiones familiares, los «blockbusters» de la EGB, eran las de mamporros y llaves de karate. Vamos, todas las de Bruce Lee, Chuck Norris, Van Damme, Steven Seagal, Stallone... Queríamos ser como ellos. ¿Que por qué? No nos imaginamos al dueño del videoclub echándole la bronca al Schwarzenegger por devolver una peli sin rebobinar...

Pero lo mejor llegó cuando descubrimos que con el vídeo ¡podíamos grabar lo que daban en la tele! Había cintas vírgenes de cuarenta y cinco, sesenta, ciento veinte, ciento ochenta y doscientos cuarenta minutos, y claro, cuantos más mejor, más videoclips del programa los *40 Principales* de Canal + nos cabían. ¿Y cuando llegó el sistema LP que doblaba la capacidad de las cintas? ¡La de películas que cabían en

aquel mamotreto de plástico con sus dos eternas tiras de celofán en los laterales! Eso sí, a costa de perder calidad de imagen y sonido. Y si además la cinta ya tenía bastante trote, ni te cuento.

Pero nos daba igual. Éramos la primera generación que tenía su propia videoteca, y nos lo currábamos un montón. Estábamos pendientes de los intermedios para darle al *stop*, rebobinar hasta el fundido en negro, después el *pause* y *rec-play* hasta que acabaran los anuncios. En esos cinco minutos ni pestañeábamos, con el dedo en el botón *pause* para reanudar la grabación, y ya podía llamar al telefonillo el mismísimo Fernando Esteso para ver si nos echábamos un mus que de allí no nos movíamos.

Después de las cintas de vídeo llegaron los discos ópticos: CD, DVD... Pero antes lo hizo el *laserdisc*, el primer disco óptico. Era del mismo tamaño que un vinilo y lo compró el mismo que dijo que el 2000 era el sistema del futuro.

LOS PRIMEROS ORDENADORES

Habíamos oído hablar de ellos como de seres semimíticos... Se decía que con ellos podíamos jugar, y ahí dejábamos de escuchar, pero la lista seguía: también servían para escribir, hacer los deberes, estudiar... El argumento perfecto para que nos lo comprasen. ¿Bajarían la basura también?

Babeábamos delante de la tienda de informática del barrio y devorábamos *Micromanía* con la misma pasión con la que ojeamos ahora el catálogo del Ikea. Cuando por fin pudimos probar uno no entendíamos nada... ¡pero qué momento mágico aquel! Hacer que arrancase era fácil: tan solo teclear un comando. Lo malo es que este variaba según la marca del ordenador. Había que tener mala leche.

Uno de los primeros fue Commodore 64. Se trataba de un buen «cacharro», pero solo se lo compró otra vez el mismo que aseguraba que los sistemas del futuro serían el Sistema 2000 y el *laserdisc*.

Y enseguida llegamos a los dos reyes de la fiesta. La eterna dualidad —Barbie o Nancy, Cola Cao o Nesquik, Xbox o Playstation, Android o iPhone...— empezó con ellos: ¿Spectrum o Amstrad?

El primer Spectrum fue un ordenador chiquitito y juguetón de color negro y teclas de goma. Tuvo versiones posteriores más chulas, pero el que triunfó fue el 48K. Lo podíamos enchufar en la salida de la antena de cualquier tele, aunque teníamos que conectarlo a un radiocasete para cargar los juegos. Sí, has leído bien, ¡los juegos venían en casetes! Eso era una ventaja, ya que así podíamos copiar fácilmente los de los compañeros de clase. La verdad es que conste que lo hacíamos por necesidad. Los originales costaban novecientas setenta y cinco pesetas, casi seis euros, y con la paga de doscientas semanales tendríamos que ahorrar unos seis meses para poder comprarnos uno, y eso no era vida ni era *na*.

El Amstrad CPC 644 era un coqueto mostrenco verde con todos sus

complementos a juego: teclado, reproductor de casetes acoplados y monitor de pantalla también verde. Eso sí, ambos compartían algo que a sus seguidores nos hermanaba: teníamos que aislar la habitación acústicamente y pegar la oreja al casete para adivinar, por el tono, si el programa estaba cargando. Si no era así, sacábamos el destornillador y a enroscar o desenroscar un tornillo en el cabezal del reproductor. Y a probar. De nuevo tecleabas aquel *load...* y *enter*. Y ahora sí, aquello ya sonaba bien y solo había que esperar veinte minutos para matar unos cuantos fantasmas en el *Ghost'n Goblins*, echarnos unos partiditos de fútbol en el *Match Day II* o apuntarnos a unos juegos olímpicos con el *Daley Thompson's Decathlon...* o cortar unas orejas en el albero del mítico *Olé, Toro*. ¿Los mandos? Ah, sí. O-P para derecha-izquierda, Q-A arriba-abajo, barra espaciadora para disparar y X para saltar. No nos llegaba para el *joystick*.

Poco después aparecieron los ordenadores de disco, ¡con 128 K de memoria! La octava parte de un mega, pero entonces era lo más de lo más. Mientras tanto, en las profundidades de los garajes californianos, hordas de friquis con gafas de pasta estaban creando una nueva raza de computadoras: los PC. Así llegaron los IBM, el MS-DOS... y Microsoft, que creó la nueva generación de ordenadores que llenarían nuestras casas: 8086, 286, 386, 486, Pentium, Pentium II...

Los programas venían ya en disquetes, que por algún oscuro sortilegio cargaban los juegos en pocos segundos y sin necesidad de aguzar el oído. Primero llegaron los de 5 1/4, grandes, flexibles y más delicados que un jarrón Ming, y después los de 3 1/2, más compactos, robustos, de mayor capacidad y que se venía en cuatro disquetes, pero había programas que traían hasta cuarenta, así que para instalarlos nos pasábamos una tarde entera alimentando a la máquina. Pero lo más molón de aquellas máquinas es que podíamos conectarles todo tipo de accesorios: una impresora, unos altavoces... y un *joystick* para los juegos. ¡Sí, aquello era lo más cercano a nuestro sueño: tener una recreativa en el cuarto! ¡La de pasta que nos íbamos a ahorrar!

La cosa siguió avanzando de manera imparable. Windows apareció para sustituir al MS-DOS y desde entonces no podemos quitarnos de la cabeza la música con la que nos da la bienvenida cada vez que reiniciamos nuestro ordenador porque se ha quedado colgado. Los que aún se preguntan el porqué de su éxito son todos aquellos que en lugar de jugar al buscaminas decidieron estudiar y ahora tienen tres carreras.

Todos estos avances fueron muy positivos, pero crearon una figura que deja pequeña nuestra dependencia de los carburantes fósiles: el amigo que sabe informática, *Amicus informaticae*. Hasta entonces, si la maquinita dejaba de funcionar le cambiábamos la pila y arreglado. Si la recreativa del bar hacía cosas raras la desenchufábamos y le pedíamos al camarero que nos devolviera las cinco pesetas. Si la bola de pinball se quedaba atascada le metíamos un buen viaje y punto. Pero ¿y ahora? Quien tiene un amigo informático ya no puede concebir la vida sin él.

—Niño, apaga el Internet que voy a llamar.

Otros madres no avisaban y además no sabían qué demonios eran aquellos pitiditos que sonaban al descolgar el teléfono. Esto último solía ocurrir cuando después de media hora de espera estábamos a punto de ver la foto de Samantha Fox en... queremos decir, cuando se estaba descargando ese artículo sobre Platón para el trabajo de Filosofía de COU.

Nuestros primeros paseos por la red los dimos atravesando oscuros portales y web de dudoso gusto estético: titulares descomunales, enlaces por doquier, *gifs* animados, textos que brillaban, horóscopos, juegos... ¿Y para qué utilizábamos estas páginas tan barrocas? Exactamente, para chatear.

Cuando descubrimos los chats lo primero que hicimos fue ir al salón para darle un beso a nuestra madre y así agradecerle que nos hubiera obligado a estudiar mecanografía. Tenía razón: algún día nos sería útil. La dejábamos en estado de *shock* y algún día nos sería útil. La dejábamos en estado de *shock* y regresábamos corriendo a nuestra habitación, que estábamos en medio de un privado con caperucita18 y la cosa fluía.

Todo portal que se preciara tenía su propio chat con salas divididas por edad, ciudad... pero siempre terminábamos en la general, que era donde más gente y, por tanto, más oportunidades de pescar algo. En total, unos doscientos cuarenta *nicks*, y diferenciar quién era chico y quién chica no era sencillo... Y si ligábamos y queríamos quedar con ellas tendríamos que arriesgarnos: no se habían inventado los móviles ni las cámaras digitales, así que ¿cómo conseguir una foto de caperucita18? ¡Aquellas sí que eran auténticas citas a ciegas!

Con los *modems* podíamos bajarnos alguna foto que otra, pero poco más... hasta que unos señores muy listos inventaron el formato mp3 y, de un día para otro, la red se llenó de música que podíamos obtener sin tener que copiar las cintas de los amigos o grabar las canciones de la radio. Para ello se creó Napster, un gestor de descargas como eMule que no duró mucho. Pero la semilla estaba plantada: la música se quedaría en Internet.

LAS MAQUINITAS DE VIDEOJUEGOS

Sí, es verdad; uno de nuestros mayores objetos de deseo era tener una recreativa en nuestro cuarto, como los niños de las pelis americanas. Pero claro, meter un mamotreto así en la habitación que compartíamos con nuestros tres hermanos no iba a ser fácil. Nosotros, pobres chicos españoles, tuvimos que recurrir a la única opción a nuestro alcance: ¡las maquinitas!

Consistían en una pantalla y unos mandos muy básicos: un botón para mover al

muñeco y otros dos, más grandes, que solían ser para saltar y disparar. Sí, muy básicas, pero altamente adictivas. Las había de deportes, en otras teníamos que llegar al otro extremo de la pantalla esquivando todo lo que se nos cruzaba o recogiendo objetos que algún primate loco nos arrojaba... Pero, sin duda, el rey de las maquinitas fue el Donkey Kong —¿qué le pasa a nuestra generación con los monos?—, ¡de dos pantallas! Con ella conocimos a Mario Bros.

Aquel gorila había secuestrado a tu chica en la azotea de un edificio en construcción y tú, un simple fontanero armado con pantalón de peto azul y mostacho, tenías que subir hasta allí antes de que el reloj llegase a cero, cambiando de plataformas y esquivando los barriles que te lanzaba tu peludo enemigo. Cuando, tras mil peripecias, lo conseguías, quitabas unos tornillos amarillos, Donkey se precipitaba al vacío y habías ganado. La siguiente pantalla era igual pero con el mono más mosqueado que un ídem. Lanzaba más barriles, la música se aceleraba... aquello iba *in crescendo* según subíamos de nivel y acabábamos con un estado de nervios que *pa* qué contarte.

Después llegó la Game Boy, con formato de maquinita pero cerebro de miniconsola y a dos colores. De ella salió la generación Pokémon, pero a nosotros nos conquistó ¡porque podíamos jugar al Tetris!

LAS PRIMERAS CONSOLAS

Eran un privilegio al alcance de unos pocos. Además de la Atari, las primeras que llegaron tenían nombres que no recordaríamos ni bajo tortura: Temco, Soundic, Gamix... Tenían un *look* totalmente ochentero y llevaban dos mandos tipo *joystick*, un cable para conectarlas a la tele y una ranura para los cartuchos que guardaban nuestros primeros juegos. No eran muy realistas, vale, ni variadas: ya fueran de fútbol, *hockey*, baloncesto o tenis, los personajes eran siempre los mismos: dos palitos y una pelota. Pero con un poco de imaginación...

La cosa evolucionó con las primeras máquinas de 8 bits. Aquí eras de Nintendo o de la Sega Master System, que incluía el juego de un niño cabezón llamado Alex Kidd con el que teníamos que saltar de una plataforma a otra, bucear evitando que nos atrapara el tentáculo de un pulpo gigante y jugarnos la vida a piedra, papel o tijera con el monstruo de la última pantalla.

Tras el paréntesis provocado por la irrupción de los ordenadores, la moda de las consolas resurgió con fuerza como una nueva generación más potente: la de los 16 bits. En realidad, aún no sabemos para qué valen, pero siempre hemos pensado que a más bits, más vicio.

A principios de los noventa llegaron la Sega Mega Drive y la Súper Nintendo, el cerebro de la bestia. O lo que es igual, Sonic, un puercoespín espídico, contra Mario Bros... y su hermano Luigi, la princesa Peach, Yoshi, Donkey Kong y el malvado

Bowser. Abusones. Tuvieron otra competidora, la Neo Geo, pero solo podían comprarla los niños de padres ricos, así que acabó sin amigos.

Y más bits, los 32 de la Sega Saturn y la PlayStation, que ya no funcionaban con cartuchos, sino que los juegos venían en un CD. Nosotros lo traducimos como «aquello se puede piratear» y la Play se quedó con todo el mercado.

CUANDO NO TENÍAMOS MÓVIL

Éramos niños con prefijo: el 91, si llamábamos desde fuera de Madrid; el 93 por delante si lo hacíamos desde fuera de Barcelona... No teníamos móvil ni *smartphones* con miles de aplicaciones, pero con aquellos teléfonos de rueda nos lo pasábamos pipa gastando bromas a nuestros amigos... o desconocidos. Ya hemos dicho que éramos unos cachondos. La única pega que tenían era que a la tercera factura de más de cinco mil pesetas nuestras madres acababan por ponerle un candado... hasta que llegaron los primeros con teclado y pudimos escapar de su control.

Las cabinas nos dieron mucho juego. Incluso existía la leyenda urbana de que si colgábamos rápidamente tres veces antes de que la otra persona contestara, podíamos hablar sin echar dinero. Y es que nos encantaba todo lo que fuera gratis, y por eso teníamos frita a la señora del 003, el de información telefónica, que no costaba un duro.

Nos creíamos que aquello era como el Google y que en él hallaríamos las respuestas a nuestras grandes dudas existenciales: el resultado de la quiniela, la fórmula para averiguar el cuadrado de la hipotenusa, si existe realmente el bosón de Higgs... También fueron nuestras primeras tragaperras. Cuando pasábamos por delante de una hurgábamos en el cajetín por si alguien se había dejado un duro, o la zarandeábamos a ver si caía algo. Si la aporreábamos a veces nos salían las tres cerezas. ¿Que la tarde se presentaba lluviosa con fuerte viento racheado? Qué mejor que una cabina para probar un número al azar de Burkina Faso vía cobro revertido, y ya de paso aprender idiomas. ¿Que el matón del cole nos había robado la merienda y las diez pesetas que nos dejaban nuestras madres «por si pasaba algo»? A pedir consuelo y un nuevo avituallamiento a las sufridas progenitoras vía cobro revertido previo paso por la operadora a la que antes habíamos torturado: si se daba cuenta de que éramos los graciosos de antes nos tocaba ayunar.

ESE CINE...

Fuimos la generación que en los setenta descubrió de extranjis el destape con las

pelis de Pajares y Esteso —de aquellos polvos...—. Nos molaban los superhéroes, el amor, los mamporros, las explosiones y pasar miedo, y teníamos una noción muy clara del bien y del mal gracias a ET, Yoda y Darth Vader. El cine más cercano estaba a quince minutos andando desde casa, incluso al lado de nuestro portal. Cines de barrio que con el paso del tiempo se reconvirtieron en multisalas y de los que hoy ya solo queda la fachada. Los sábados nos atrapaban las sesiones dobles, una reposición y un estreno. Por trescientas sesenta y cinco pesetas podíamos revolotear por la sala durante cuatro o cinco horas. Y cuando llegaba el verano, el cine seguía en los pueblos de playa. Las sillas eran como potros de tortura y el sonido no era THX de ese, pero, por supuesto, no nos importaba.

LOS TIPOS MÁS DUROS DE LAS PELIS DE ACCIÓN

Se han reunido en *Los mercenarios* para hacer caja y costear sus divorcios, y nos cuesta distinguirlos de sus muñecos de cera. Sabemos que son ellos solo porque no arden con las explosiones, pero en sus buenos tiempos nos alegraron los días con sus gestos adustos, sus frases contundentes y sus puños de acero. Los tíos más duros del celuloide sabían lo que queríamos: un mamporro tras otro. Y lograban mantener el pabellón bien alto. Bud Spencer y Terence Hill también pegaban buenos cachetes, pero sin perder la sonrisa.

El cine de acción molaba. Sí, y uno de nuestros modelos fue una mala bestia que negociaba la resolución de los conflictos con un rifle de asalto AK-47. A Ronald Reagan, que era un señor que salía en el telediario, John Rambo le gustaba. Normal. Y a nosotros, que crecimos con él, aunque no supiéramos dónde estaba Vietnam. También le gustaría Rocky Balboa, un boxeador que entrenaba al ritmo de una música pegadiza y que en cada nueva entrega se las veía con un carnicero de peor calaña, pero ni M. A. Barracus —perdón, Mr. T— ni el soviético Iván Drago —Dolph Lundgren, otro que tal— fueron capaces de hacerle besar la lona.

No teníamos ni idea de qué era eso de la guerra fría, pero estas películas tan educativas nos dejaron bien clarito que los malos eran los rusos. No sé si todos los chicos de la EGB queríamos ser como Stallone, porque tendríamos que renunciar al Bollycao y a los dónuts, pero hubiéramos firmado por tener un hermano como él, que dejaba en bragas al mismísimo primo de Zumosol.

¿Te acuerdas de Chuck Norris? Sí, el ränger vitalicio. En *El furor del dragón* repartía leña nada menos que junto a Bruce Lee, antítesis de estos héroes anabolizados —lo suyo era pura fibra y sutileza: *be water, my friend*—. Luego nos hizo vibrar en *Desaparecido en combate*. Otra de Vietnam, para variar.

Schwarzenegger era el más versátil de todos. Si hacía una comedia le salía redonda, como *Poli de guardería*, mientras que Stallone, por *¡Alto o mi madre dispara!* merecía eso, que su madre le pegara el tiro de gracia de una vez. El

Chuache, como le bautizó Florentino Fernández en *El informal*, no se echaba a temblar ni con los marcianos, como demostró en *Depredador*. ¿Sería porque fue un *cyborg* en otra vida? *Terminator*, de la cosecha del 84, fue la primera de una popular franquicia en la que hacía de hombre cibernético, en esta ocasión malo. «Hasta la vista, *baby*».

Si el Chuache y Stallone eran la cara de la moneda, la cruz era Steven-Rompebrazos-Seagal y Jean-Claude Van Damme. Los primeros repartían caricias a puño limpio. Los otros hacían la danza del vientre antes de endosar la bofetada, como correspondía a sendos maestros de las artes marciales y el aikido. A Carlos Pumares, el crítico de *Polvo de estrellas* —«¿Sí, buenas noches, dígame?»—, el belga le hacía bastante gracia porque sus películas eran entretenidas. Vaya si lo eran. El cine de acción se hizo arte por obra y gracia de este armario que mostró ya sus poderes en *Contacto sangriento* —¡jo, esos títulos impagables del cine de entonces!—. Nos enchufábamos una de sus pelis y cuando acababan nos poníamos a imitar el *spagat* y acabábamos descoyuntados.

Todos ellos eran el brazo de la justicia, pero lo que sabían se lo debían a sus mentores, los más duros entre los duros: Charles Bronson y Clint Eastwood. Bronson nos lo insinuó en *Yo soy la justicia*, y por si no habíamos pillado la indirecta nos lo repitió en una secuela. En *Harry el Sucio*, Callahan, o sea, Clint, se liaba a tortas a la primera, pero lo que más le ponía era sacar a pasear su pipa, una Magnum 44 más larga... que sus piernas. El principio nos parecía demoledor, cuando encañona a un atracador y le suelta aquel *speech* sobre las balas que le pueden quedar en la recámara.

Otra policíaca para la historia, también con secuelas, sobre todo mentales para nosotros, fue *Arma letal*, con un argumento rompedor —es broma—: poli blanco y poli negro se enfrentan a los malos... y ganan —¡muera el *spoiler*!—.

Y hay películas que no han perdido su fuerza, como prueban sus constantes reediciones. Por ejemplo, *La jungla de cristal*, en la que Bruce Willis parecía un héroe de las viejas pelis de catástrofes, como *El coloso en llamas*. Menos mal que nosotros vivíamos en un bloque de cuatro pisos...

NUESTRAS PELÍCULAS DE CIENCIA FICCIÓN

No fuimos conscientes, pero asistimos a la resurrección de un género que llevaba varios años en coma. ¿Qué habría sido de nuestra infancia sin George Lucas, Ridley Scott o Steven Spielberg? El primero se la jugó con una película titulada *La guerra de las galaxias* por la que nadie daba un duro y los niños de la EGB aprendimos a manejar las espadas de luz de sus personajes. Fue, sin duda, nuestro mayor acontecimiento cinematográfico, solo superado por el vídeo de la boda de nuestra hermana años más tarde.

El año de san Naranjito, 1982, Spielberg, que ya nos había engatusado con *Encuentros en la tercera fase*, nos presentó a su criatura más entrañable, ET, que, como Dorothy en *El mago de Oz*, solo pensaba en volver a casa. Teléfono, teléfono... y dale con la matraca. Su hermano tecnológico se llamó *Cortocircuito*, un robot con cara de Woody Allen. Carne de psiquiatra total.

Ridley Scott nos ofreció dos clasicazos de la ciencia ficción. El primero, *Alien, el octavo pasajero*. ¡Menudo careto de susto se le queda al oficial Karen cuando ve al bicho ese tan feo saliendo de su estómago! ¿Muere desangrado o del susto? Aquella peli fue el no-va-más de los efectos especiales. Después llegó *Blade Runner*, y mientras Harrison Ford se dedicaba a la caza de replicantes nosotros soñábamos con llevarnos a la rubia Daryl Hannah —los más malotes— o la morena Sean Young —los más buenecitos— a ver arder naves más allá de Orión...

Lo flipamos todavía más con los efectos especiales de *Desafío total*, otra vez con el Chuache. Sharon Stone, que aún no era una *sex symbol*, recibía a su supuesto marido en plan Karate Kid, y luego nuestro actor preferido se quitaba una cabeza de mujer en un planeta no recomendado para menores de dieciocho.

Su director también hizo *Robocop*, sobre un poli muy duro que, desde luego, no tenía color con los que «apatrullaban» nuestra ciudad. Con *Mad Max* se cumplió la profecía del bueno de Arrabal en aquel programa mítico de Televisión Española que presentaba Sánchez Dragó: «El milenarismo va a llegaaaar». Y lo hizo dejando a los supervivientes de la Apocalipsis vistiendo en cueros, al más puro estilo sado.

Pero, por encima de todas ellas, la que más nos moló fue *Flash Gordon*, que vista hoy parece una película rescatada por error de las llamas de un manicomio. Era horrible, pero al menos la música era de Queen. ¿Qué habrá sido del rubiales? Seguro que acabó como bañista ahogado en *Los vigilantes de la playa*.

LAS DE TERROR

Los especialistas del terror se cebaron con nosotros, los muy cabritos. Nos daba miedo la oscuridad, la siniestra figura del practicante con su maletín de agujas hipodérmicas, las pesadillas, los perros que ladraban por la noche, los cipreses de los cementerios, los camiones frigoríficos, una serie sobre Jack el Destripador, las fotografías amarillentas del desván, los matones del colegio, los exámenes que llevábamos cogidos con pinzas... Pero todo eso era una nimiedad en comparación con las psicofonías y las apariciones de *Al final de la escalera*, que nos escalofriaron por su realismo, o con el miedo que pasamos viendo *Pesadilla en Elm Street*, en la que salía un pipiolo y casi irreconocible Johnny Depp. ¿Cómo íbamos a hacer caso a nuestros padres cuando nos decían que nos fuéramos a cama? ¿Y si se nos aparecía Freddy? —«Uno, dos, viene a por ti. Tres, cuatro, cierra la puerta. Cinco, seis, coge el crucifijo...»—.

Otro momento espeluznante: cuando Carol Anne, la niña de *Poltergeist*, se quedaba embobada frente a la tele: «Ya están aquí». Tampoco olvidaremos nunca la transformación de *Un hombre lobo americano en Londres*, la mejor de todos los tiempos... hasta ese momento.

Había pelis de niños cabrones, como *El pueblo de los malditos*. En comparación con ellos, *Zipi y Zape* eran unos santos. O *Los chicos del maíz*, donde Isaac, el líder de la banda, nos recordaba al abusón de clase. O *El exorcista*, con esa niña del demonio vomitando la sopa de judías verdes para pasmo de un cura que tampoco daba mucha tranquilidad. O *La profecía*, donde Damien llevaba a la muerte al primero que se le ponía por delante, a pesar de que sus padres se esforzaran por reconducirlo por el buen camino. O *Carrie*, donde una adolescente se vengaba de un mundo hostil con litros y litros de salsa de tomate. O Jason, aquel niño discapacitado que tras morir ahogado decide regresar para vengarse de sus compañeros de clase que le hacían *mobbing*. Debían de ser bastantes, porque ya lleva más de treinta años vengándose, siempre con su característica máscara de *hockey*. Recibida la ración de sustos, sacábamos los juguetes, y en la cara de nuestro oso de peluche veíamos a Chucky, el muñeco diabólico. Para echarse a temblar.

Las de bichos también tenían su gracia. Había ratas, abejas, tarántulas, pirañas... y dábamos gracias a nuestros padres porque por nuestro cumpleaños no nos hubieran regalado más que un perro o un gato.

Otro género fue el de tarados, con *La matanza de Texas* y *El resplandor* a la cabeza. Jack Nicholson recurría en esta última a todo su catálogo de gestos para aterrorizar a su familia —¡qué mal lo tuvo que pasar Verónica Forqué!— y, de paso, a nosotros.

Un apartado aparte merecen las grandes pelis de serie B, como los *Critters*, que conoció varias secuelas, y nos presentó a unos gremlins gamberros venidos del espacio exterior. O *Posesión infernal*, que en 2013 estrena *remake*. O *Xtro*, una mezcla de dramón de Antena 3 los sábados por la tarde, *ET* y *Alien*. Solo por eso merece la pena verla. O *Basket case*, la historia de un adolescente que guarda un secreto en una cesta: su celoso hermano siamés, la versión fea de Jabba the Hutt.

LAS DE AMOR

Entre tanta ensalada de tiros, los de la EGB también tuvimos nuestras «sisís» generacionales. A las madres y hermanas les encantaban, y nosotros, qué remedio, las veíamos con el rabillo del ojo. Los ingredientes eran siempre los mismos. Cojamos, por ejemplo, *Oficial y caballero*, donde un tío macizo como Richard Gere, ex *American gigolo*, enamora a la novia ochentera por antonomasia, Debra Winger. ¿Quién podría olvidar esa escena final en la que, vestido de comunión, coge en brazos a su chica y la rescata de su mundo fabril para llevarla a otro mentor...

suponemos que con un catre?

Lo más de lo más era, en cambio, modelar una vasija de arcilla con nuestra pareja al compás de los Righteous Brothers. ¿Haríamos nosotros de mayores lo que Demi Moore y Patrick Swayze en *Ghost*? Y una más. La malograda Whitney Houston se llamaba Rachel Marron en *El guardaespaldas*, y un marrón es lo que le caía a su ángel protector, Kevin Costner, quien se jugaba la salud y el tipo para rescatarla de las oscuras garras del fenómeno fan. *I will always love youuuu...*

Y qué decir de *Pretty woman*. La cenicienta. ¿Qué nos gustaba de ese cuento? Que un príncipe azul se enamoraba de una princesa de la calle, que, además, se convirtió en la novia de América.

LAS PELIS DE UN ROMBO... Y MEDIO

Fuimos la generación que aprendió la anatomía del cuerpo humano en *El lago azul*. Era una película que nos dejaban ver a pesar de los desnudos. Sería porque estaba siempre bajo el agua... Quién sabe. Después aprendimos a usarlo con *Instinto básico*.

LOS MUSICALES

¿Quién no fue capaz de aprender la palabra mágica de Mary Poppins, el supercali... ese? Sospecho que el gusto por el musical lo heredamos de las películas que entusiasmaron a nuestros padres —sí, también las de Marisol—, aunque los de la EGB fueran muy diferentes.

De nuestros tiempos ha sobrevivido *Fiebre del sábado noche*, una peli de música disco y chulos de discoteca liderados por John Travolta a ritmo de los Bee Gees. La película tenía su moralina: menos fiestas y más curro, que luego pasa lo que pasa. El mismo Travolta protagonizó después *Grease* con Olivia Newton-John, y en la que Danny Zuko y Sandy Olsson cantaban y bailaban entre buicks, chevrolts y cadillacs, comían hamburguesas y bebían batidos, todo en tonos pastel y con toneladas de brillatina.

Nuestro cuerpo vibró al ritmo de *What a feeling* en *Flashdance*, mientras que en *Dirty dancing* las chicas querían ser como ella... y volar en los brazos de él. Por supuesto, nos compramos la cinta con las canciones.

LAS QUE NOS HICIERON REÍR

Somos de risa fácil, hay que reconocerlo. Si hubo un clásico para la generación EGB ese fue *Loca academia de policía*, de la que siempre nos quedarán las onomatopeyas de Larvell-Ruiditos-Jones. La cosa iba de veteranos y novatos, y cuanto más simples eran los *gags*, más gracia nos hacían. Tackleberry tenía más

peligro con un arma que una tienda de chuches a la puerta de un colegio, y la secuencia en el bar de ambiente La Ostra Azul sigue arrancándonos unas cuantas carcajadas.

Todas las pelis de adolescentes que vemos hoy tienen algo de *Porky's*, una de las películas más gamberras de la historia del cine. Contaba los desmanes de unos adolescentes en un instituto americano en los años cincuenta. Pee Wee, Cigarro Puro... le dan su merecido a *Porky's*, el dueño de un club de alterne en esta y en las dos secuelas que tuvo. En su estela, *Los incorregibles albóndigas*, con el genial Bill Murray. El mismo año le vimos en *Cazafantasmas*, después en *Los fantasmas atacan al jefe* —un clásico ya en la programación navideña— y más tarde en *Atrapado en el tiempo*, una película sobre segundas oportunidades. O sobre terceras oportunidades. O sobre infinitas oportunidades. ¿Quién no querría vivir en un eterno día de la marmota para que al final todo fuera perfecto, incluso el beso con lengua a nuestra chic@ y el examen de Ciencias Naturales?

Y más títulos descacharrantes, *Top secret* fue todo un emblema del cine de parodias. Después llegarían *Hot shots*, *la madre de todos los desmadres*, que no existiría sin *Aterriza como puedas* y aquel muñeco hinchable que hacía las veces de piloto automático. Y tampoco hubiera existido *Agárralo como puedas* ni *Espía como puedas*... ni Leslie Nilsen.

Y, de postre, sesión doble de Tom Hanks, *Esta casa es una ruina* y *Big*. Y es que, comparados con los problemas de su nuevo hogar, las cíclicas manos de pintura para lavarle la cara al nuestro o al grifo que goteaba en el cuarto de baño eran simples minucias. A propósito de *Big*, ¿cómo quedaríamos nosotros en los pantalones de nuestro padre?

LAS PELIS PARA NOSOTROS

Reconozcámoslo. *Los Goonies* fue la mejor película de todas las infantiles. Un desván, el mapa de un tesoro, una aventura subterránea, piratas, gánsteres y niños como nosotros que se hacían llamar los goonies. Era, y siempre lo será, nuestra película. Pero hubo otras, muchas otras...

Los bicivoladores: hay que ver lo que ha crecido Nicole Kidman desde entonces. En esta película aún podía mover todos los músculos de la cara.

Solo en casa: un completo manual de autodefensa que no sabemos si tranquilizó o alarmó más a nuestros padres. La película nunca se hubiera rodado con un sistema eficaz de protección del hogar como los que anuncian ahora la tele. Macaully Culkin a lo Estela Reynolds. Genial.

La historia interminable: todos somos Bastian Baltasar Bux, aunque, por suerte, no todos acabáramos en un contenedor de basura. El Comepiedras, la vetusta Morla y la Emperatriz Infantil viven en las páginas mejores de nuestra memoria. ¿Por qué

nuestro perro no volaría? La muerte del caballo de Atreyu en las aguas del pantano fue tan traumática para nuestra generación como el «Chanquete ha muerto».

En un cajón de sastre podemos meter las capas y espadas de *Legend*, *Cristal oscuro*, *Willow*, *La princesa prometida* y *Dentro del laberinto* —ese David Bowie rollo *Bola de cristal*—... ¿Existiría *El señor de los anillos* sin estos antecedentes? Princesas en apuros, espadas, brujas, calderos mágicos y el unicornio azul que «se me ha perdido ayer»... Las vimos treinta veces, nos aprendimos todos sus diálogos y, si alguna vez llamábamos cornudo a un colega, pensábamos sobre todo en el bichejo rojo de *Legend*. ¿Quién no reconoce esta frasecita para la historia?

Además de las películas de Parchís, con sus guerras de los niños, otro clásico fue *Chispita y sus gorilas*. La Marisol de los primeros ochenta tuvo un recorrido mucho más breve que aquella, pero dejó en el paladar de los pequeños de entonces algunos temas inolvidables como *La vuelta al mundo en góndola*. Tan rubia y tan viajera, parecía una sueca de Alfredo Landa con treinta años nuevos.

Y Lolo García, que con su pelo rubio afro nos dejó muestras de su precoz talento en *La guerra de papá* y *Tobi*, en la que hacía de ángel. Hoy es un hombre de cuarenta y dos años, economista para más señas, e ignoramos si se habrá comprado los DVD de su estrellato infantil.

EL CINE QUINQUI

Eran las películas de los Seats 124, la heroína y el mono. Surgieron a mediados de los setenta y se prolongaron toda una década. Eran el retrato de una España que nuestros padres nos silenciaban con las cancioncitas de Mary Poppins, pero que era real, a tenor de lo que nos contaban el parte y el telediario.

Las pelis quinquis funcionaban en plan americano, con segundas partes incluso. Hubo dos de *Perros callejeros*, y una sobre perras, también callejeras. Hubo dos *Picos*, dos *Lutes*, una de *Navajeros* y una de *Colegas*. El clásico entre los clásicos fue *La estanquera de Vallecas*, donde se veían un buen par de tetas, y el quinquí entre los quinquis, el Vaquilla, que también tuvo su biopic con música de Los Chichos.

LAS DIEZ PELÍCULAS DE LA EGB

Aceptamos cualquier otra alternativa, que para eso se hacen las listas, pero que nadie diga que sobra alguno de los siguientes títulos. ¡Faltaría más! Sería tan doloroso como si nos pisaran un callo porque estas son las películas de nuestra vida.

EN BUSCA DEL ARCA PERDIDA

Indiana Jones *forever*. Ya que viajar al espacio parecía, realmente, cosa del futuro, o sea del 2000 y pico, nos conformábamos con explorar los paisajes que teníamos al alcance de la mano con un guía de excepción, ese arqueólogo de inconfundible sombrero Fedora y látigo presto. Este sí que era un aventurero de verdad, y no *Cocodrilo Dundee* —¡aunque también nos molará!—.

TOP GUN

A fuerza de reposiciones se hizo un hueco en la cultura popular y confirmó el estrellato de Tom Cruise. Nos gustaban las cazadoras de estos ídolos del aire, sus escenas aéreas y su música. De momento no hay segunda parte, pero...

ET

¿Aún seguimos llorando cuando Elliot, que como muchos de nosotros ya pasa de los cuarenta tacos, se despide de su invitado? Si hubo un tipo con el que nos hubiéramos ido de cañas, digo de chuches, ese fue ET.

REGRESO AL FUTURO

Palabras mayores. Una historia fantástica y unos actores en estado de gracia. La oportunidad perfecta para que nosotros, hijos de la generación EGB, podamos decir también aquello de: «Ya no se hacen películas como las de antes» o «Ya no hay profesores chiflados como los de antes».

LOS CAZAFANTASMAS

«Lo siento, chicos. No puedo evitarlo. Se me metió en la cabeza... quise pensar en alguien que jamás nos haría daño y elegí...». ¿Quién, vista la lección, no intentó alguna vez tener la mente del todo en blanco? Y menos mal que el muñeco que salía al final no era Chucky...

SUPERMÁN

Un presupuesto de vértigo para ver volar a un superhéroe con los calzones mal puestos. Volar era todo lo que nos faltaba, pero siempre nos decepcionaba salir de la cabina de teléfonos tal como habíamos entrado. Los efectos eran una patata, de acuerdo, pero entonces nos parecían guays, y nos sentíamos seguros pensando que siempre nos salvaría de una caída de azotea o el descarrilamiento de un tren. No había kryptonita que pudiera debilitarle.

LOS GREMLINS

Hay que ver lo que pueden encontrarse en los bazares orientales. Ignoramos si Gizmo era un producto de todo a cien. Su manejo, en principio, parecía sencillo, pero siempre hay accidentes inesperados, y los demonios se reproducen como ratas. A ver si un día hacen un *remake* de *Cantando bajo la lluvia* con estos bichos...

TIBURÓN

Por culpa de esta película cada vez que nos picaba un bicho en la playa, aunque fuera un mosquito inofensivo, creíamos que habíamos sido atacados por un escualo con muy mala leche. Nos volvimos hidroaprensivos, si es que eso existe.

KARATE KID

«Yo crecí en los ochenta y sobreviví haciendo la grulla de *Karate Kid*». Palabra del Reno Renardo, y si él lo dice...

LOS GOONIES

El inhalador. El supermeneo. Todo. Solo podemos aceptar que hayan pasado tantos años desde su estreno porque el VHS que hemos guardado como oro en paño parece un sílex prehistórico.

DIEZ FRASES DE CINE

«DAL CELA, PULIL CELA»

En *Karate Kid* el sensei Miyagi resumía su filosofía vital en una frase tan memorable que los hijos de la EGB se nos venía a la cabeza cada vez que veíamos una Plastidecor.

«SLOTH QUIERE CHOCOLATE».

El gigantesco capitán Sloth de *Los Goonies* no parecía muy de fiar al principio, pero luego era un cacho de pan. Con chocolate, claro.

«ESTE ES MI ESPACIO, ESTE ES TU ESPACIO. AQUÍ, *BABY*»

A Patrick Swayze se le llenaba la boca con esta máxima en *Dirty dancing*, mientras a las espectadoras se les derretía el corazón.

«TE QUIERO». «ÍDEM»

Lo decían en *Ghost*. Ya han pasado más de veinte años, y muchos habrán olvidado ese momentazo final, así que podemos repetirlo sin que se note.

«PIENSA, MCFLY, ¡PIENSA!»

¿Había alguien en casa de Marty McFly en *Regreso al futuro*? Nosotros recurriamos a ella —«¡Piensa, Javi!, ¡piensa!»— cada vez que veíamos acercarse la mano amenazante de un profesor. Tanto condensador de flujo después pasa factura.

«Y NO CONSIGO ENCONTRAR SUS PIERNAS. NO ENCUENTRO LAS PIERNAS»

En *Acorralado*, Rambo se puso estupendo y soltó un *speech* de campeonato. Aprendimos que a la guerra hay que ir con una copia de seguridad de las piernas por si las perdemos en la batalla.

«YO SOY TU PADRE»

El mundo se detuvo cuando en el episodio quinto —*El imperio contraataca*— Darth Vader reveló su identidad a Luke. Desde entonces nos tomamos más a pecho los chistes sobre el butanero que frecuentaba nuestro hogar por las mañanas.

«ALÉGRAME EL DÍA»

Harry el Sucio lo reclamaba con tanta contundencia que cualquiera no le hacía caso. Fue la frase «dura» por excelencia de los setenta... y de los ochenta y de los noventa, porque todos los martes los ponían en la tele.

«TU EGO EXTIENDE CHEQUES QUE TU BOLSILLO NO PUEDE PAGAR»

Se lo soltaba Iceman —Val Kilmer— a Maverick —Tom Cruise— en *Top Gun* y se quedaba tan fresco. Nunca hubo réplica mejor para poner a los chulos en su sitio.

«HOLA. ME LLAMO ÍÑIGO MONTTOYA. TÚ MATASTE A MI PADRE. PREPÁRATE A MORIR»

Fue la primera vez que en lugar del prota que se lleva a la rubia de calle queríamos ser el secundario. Y además, era español. Al espadachín de *La princesa prometida* —al actor, Mandy Patinkin— le podemos ver ahora en la serie de televisión *Mentes criminales*, aunque es difícil de reconocer después de haberse comido a Fezzik. ¡Inconcebible!

LOS PÓSTERES DE NUESTRO CUARTO

Caían en nuestras manos y a los cinco minutos ya estaban colgados en la pared con una chincheta que bien podría servir para hacer un butrón a un banco. A nuestras madres, normal, aquello no les hacía ni pizca de gracia. No había manera de hacerles entender que el celofán no valía para ciertos menesteres: se despegaba y el póster caía a la leonera hecho un gurrño.

Una novedad de las buenas fue el Blue-Tack, una masilla pegajosa que al principio fue solo azul, y luego de varios colores. Tenía sus ventajas y sus inconvenientes. La ventaja: que no hacía agujero, claro, con lo cual ellas encantadas. El inconveniente: que dejaba mancha. Pero tenía su gracia manipular ese pegote que parecía el moco de un elefante —ojo: ¡no confundir el Blue-Tack con el auténtico y genuino moco de elefante!—.

La estética y los caretos de los pósteres fueron cambiando con los años. A los setenteros de la EGB les gustaban las pintas de John Travolta en *Grease* y *Fiebre del sábado noche*, Han Solo y su inseparable Chewbacca y, por supuesto, el siniestro Darth Vader.

En los ochenta triunfaron, sobre todo, los culturistas como Chuck Norris y Stallone, los guaperas estilo Rob Lowe y Tom Cruise —¡ese chaval sí que sabía hacer cócteles!— o los adolescentes como nosotros, véase Michael J. Fox.

A su vez los noventa fue la década de los dinosaurios de *Parque Jurásico* —la mayoría, por cierto, bastante más expresivos que los actores con los que trabajaban—, de los pijos de *Sensación de vivir* y *Melrose Place* y de los chicos de *Salvados por la campana*.

Nuestros mayores surtidores eran las revistas *Tele Indiscreta* —¿quién no coleccionaba sus míticos pósteres de V?— y *Súper Pop*. De Madonna a Eros Ramazzoti, pasando por Glenn Medeiros, Mecano y Alaska, todas las estrellas musicales del momento fueron desfilando por nuestro cuarto.

Los mensuales de cine también nos seducían con los pósteres de su interior. Ir al quiosco, pedir *Fotogramas* o *Acción Cine-Vídeo*, y manosear sus páginas durante tardes enteras era todo un ritual.

¿Quién no se ha acostado en algún momento de su vida bajo la atenta mirada de Michael Jackson en *Thriller*, Sabrina y Samantha Fox en una de las suyas, o Xuxa? Xu, Xu, Xu, Xa, Xa, Xa... ¡Y, por supuesto, larga vida a *New Kids on the Block*!

El pop hispano pegaba fuerte, y entre la chispeante *Década prodigiosa* y la chisposa Christina Rosenvinge —que cuando hacíamos «chas» nunca aparecía a nuestro lado— llenábamos los huecos libres. Fueron también los años de Freddie Mercury, y, que Dios nos perdone por ponerlos en la misma frase, que no en el mismo saco, Rick Astley. Los de Leif Garret nos daban grimilla...

También abundaban los pósteres *heavies*. Algunos nos decantábamos por Barón Rojo, Obús y Leño, y en las habitaciones de otros colegas había de Europe y Bon Jovi. Los de coches eran otros *must*.

¿Y qué decir de otro de nuestros ídolos juveniles, Kirk Cameron? Sí, el gamberro Mike Seaver de *Los problemas crecen* nos volvía locos, y, hala, póster al canto. Ahora bien, cuando supimos que se había hecho líder de una secta ultraconservadora empezamos a pensar que a nuestra generación le habían echado algo raro en el Nesquik...

—Las chicas se lanzaban constantemente hacia mí —recordaba quejoso Cameron sobre aquellos maravillosos años.

Pues sí, macho, eso sí que es un problema...

LOS CROMOS

Nuestros primeros cromos no llevaban pegatina, y había que tirar de pegamento Imedio para fijarlo en su casilla. Si nos salíamos, corríamos el riesgo de que las páginas se pegasen y, en vez de un álbum de cromos parecía otra cosa más guarra.

El «sí le, no le» fue sin duda la banda sonora de nuestra infancia. La cosa, por si lo has olvidado, funcionaba así. En los recreos, o al salir del cole, o los sábados, cambiábamos cromos con los compañeros. Si eran de la liga, uno del Madrid —que escaseaban como sucede hoy con el dinero— se cambiaba, caso por ejemplo de Martín Vázquez, por cinco o seis de equipos menores. Y no digamos si los «figurones» eran Butragueño o Hugo Sánchez.

La otra forma de hacerse con el botín era acudir a las tiendas de golosinas especializadas, que cobraban por cromo suelto. O conseguir que nuestros padres nos llevaran al Rastro o al Retiro, por donde siempre pululaba Pirulo, el más famoso «cambista» de Madrid. En Barcelona se cambiaban sobre todo en las Ramblas.

¿Qué colecciones conseguimos completar? Pocas, muy pocas. Había colecciones para dar y tomar. Siempre nos faltaban uno o dos cromos y nos quedaba esa espinita clavada. Sniff, sniff.

LOS ÁLBUMES FAVORITOS

TELE POP

Nada menos que doscientos cuarenta cromos que tocaban todos los palos: música, por supuesto —Bob Marley—, pero también cine, series —*Vacaciones en el mar*— y famoseo. Quienes pulularan por los primeros años ochenta recordarán los sudores fríos que hubo que pasar hasta rematarla.

LOS ÁLBUMES DE DIBUJOS DE LA TELE

Desde el *Festival del dibujo animado*, una miscelánea llena de colores, hasta los cromos de las series de moda —*David el Gnomo*, *D'Artacan*, *La vuelta al mundo de Willy Fog*, *Heidi...* —, los coleccionables de nuestros personajes favoritos requerían horas y horas de pesquisas, y, a veces, una sobredosis de Danone o Bollycao.

LA PANDILLA BASURA

Cerró el ciclo de finales de los ochenta de la mejor manera posible, y hoy es casi una pieza de museo por su grotesco atrevimiento. Sus protagonistas refutaban el último mandamiento navideño del rey, o sea, que sus conductas eran todo, menos ejemplares. La Pandilla Basura hizo más por la amplitud de miras de los pequeñajos que una escena de cama entre Epi y Blas. Siempre nos sorprenderán sus asquerosos y constantes vómitos. Eran como la niña de *El exorcista* en caricatura. El apestoso generoso, Moquito Socorrito u Olorcito —de pies— Alfonsito forman parte de nuestra educación sentimental.

LOS CROMOS DE LA LIGA

Ya fueran de la Liga, ya de los mundiales o de otras citas balompédicas internacionales, los cromos de fútbol fueron los grandes protagonistas de nuestra infancia. Algunos jugadores eran más difíciles de encontrar que Osama Bin Laden, pero, en fin, ahí radicaba la gracia. Por razones más que evidentes, una de las colecciones más gloriosas del deporte rey fue la del Mundial 82, con esa selección de ensueño —los Arconada, Camacho, Gordillo, Maceda, Juanito, Santillana...— que, solo por mala suerte, jugó cinco partidos y acabó ganando uno. Por cierto que, entre tanto bigote y cabellera, Naranjito contrastaba por su calvicie, pese a los dos pelos verdes que coronaban su testa.

Había coleccionables de todos los deportes, a modo de barajas. En uno de estos salía Robert Millar, un aguerrido ciclista escocés de la época, un monstruo de la montaña... que hoy sería irreconocible porque ahora se llama Philippa York y vive en Dorset con su pareja.

LOS CROMOS DEL ESPACIO EXTERIOR

De *La guerra de las galaxias* a *Ulises 31* pasando por *Comando G* había opciones sin fin para viajar por el espacio. Esta última colección fue lanzada por Danone y registraba noventa y cuatro cromos, con todos los personajes de la serie, desde el comandante Mark a Zoltar, el jefe de los invasores.

¿Y quién no recuerda al capitán del Odiseus y su hijo Telémaco? Los personajes de *Ulises 31* fueron nuestros primeros maestros de mitología, una mitología futurista y roquera, en la que, una vez más y van... salía Constantino Romero, que ponía la voz a Zeus.

LAS REVISTAS QUE LEÍAMOS

Semanales, quincenales o mensuales, de informática, humor —¡ese *Jueves* que sigue dando guerra!— o musicales —de *El gran musical* a *Metal Hammer* o *Vibraciones*—, pasando por las esotéricas y las de la tele, el mundo de las revistas fue nuestra ventana al exterior.

¿HOBBY CONSOLAS O MICROMANÍA?

Vaya pregunta. Eso es como elegir entre papá y mamá. Porque, amigo, para los Bill Gates del futuro ambas publicaciones eran indispensables. Una, de la época de las primeras Nintendo, Mastery System y Game Boy, y la otra centrada en la prehistoria de los ordenadores, el Spectrum, Amstrad y demás familia. La vida no volvió a ser la misma desde que empezamos a jugar a *La abadía del crimen* y al *Prince of Persia*, ¿verdad?

¿TELE INDISCRETA O TP?

Se puede ser diestro o zurdo, alto o bajo, sociable o antipático. En el universo de las revistas, se era de *Tele Indiscreta* o de *TP*. Ambas nos adelantaban la programación semanal de la caja tonta, eran una puerta a lo desconocido y permitían a nuestras madres marujear sobre la vida y andanzas de los actores de las telenovelas que las traían en vilo: *Cristal*, *Santa Bárbara*, *Belleza y poder*, *Manuela*... Nosotros queríamos que nos comprasen la *Tele Indiscreta*, que venía repletita de pósteres y pegatinas coleccionables de los protas de *V* —aquellas de la comandante Diana zampándose una rata de una sentada—, *El coche fantástico*, *El equipo A*, *Fama*, *La pequeña Lulú*, *El inspector Gadget*, *Miami Vice*... Ellas accedían por una razón: a veces también venían pegatinas de su galán preferido de la época, Richard Chamberlain. Menudo pájaro.

Quizá todavía aparezcan por tu casa algunos ejemplares de *Gigantes*, de donde nos nutríamos de fotos de la NBA para nuestras carpetas, o *Donbalón*, que nos hizo adictos a la droga del fútbol de Maradona —disculpa el chiste de mal gusto—.

VALE Y SÚPER POP

No nos hicimos mayores cuando aprobamos la selectividad ni cuando nos fuimos de viaje solos por primera vez, sino hace unos meses, cuando nos enteramos de que *Nuevo Vale* había echado el cierre tras treinta y dos años de presencia ininterrumpida en los quioscos, siguiendo así los pasos de *Súper Pop*, la primera de su género y que desde 2011 se publica solo en formato digital. Un homenaje al equipo de ambas, que hizo que la adolescencia —esa fiebre que, según dicen, pasa muy deprisa— no rebasara nunca los cuarenta grados.

Vale era algo más barata que *Súper Pop*, y en algunos hogares esta última se compraba en casos excepcionales, por ejemplo, cuando regalaban pegatinas, carpetas o el póster del guapo de turno. Porque *Vale* y *Súper Pop* eran las dos caras de una misma moneda: revistas sobre novios que nos quieren o dejan de querer, depilación, maquillaje, peinados y chuminadas varias. Las amigas se reunían en torno al número de la semana e intercambiaban opiniones sobre los consejos y advertencias de sus páginas, aunque lo mejor, sin duda, era rellenar los tests y apuntar las respuestas en una libreta.

LILY, ESTHER Y BARBIE

Lily valía cinco peseta, y, la verdad, nunca un duro fue tan bien empleado. Tenía de todo: chistes, horóscopo, música, pasatiempos y televisión en solo veinte páginas que duraban como veinte mil. *Esther* era quincenal, y valía un potosí para nuestra economía, pero merecía la pena, no solo por el personaje central, sino por sus secciones de humor. Con la revista *Barbie* las más pequeñas de la EGB aprendieron sobre moda y música antes. Era la guardería de la *Vale* y la *Súper Pop*.

MUY INTERESANTE

La ciencia y la tecnología parecían cosas de magia hasta que apareció en el kiosko. Hablaba de temas que siempre nos habían interesado, pero a los que les teníamos demasiado respeto. Sus gráficos y fotografías nos plantaban en el futuro más remoto sin ninguna necesidad de trajes espaciales. Y nosotros viajábamos hasta allí con nuestra imaginación.

LAS REVISTAS QUE LEÍA IKER JIMÉNEZ

J. J. Benítez o el doctor Jiménez del Oso fueron algunos de los primeros que nos hablaron de los ovnis. *Karma-7*, *Universo secreto* y *Mundo desconocido*, las revistas que nos fascinaron entonces. Eran los años de los fantasmas y psicofonías del palacio de Linares —«Mi hija Raimunda, nunca, nunca, oí decir mamá», «Mamá, mamá, yo no tengo mamá, mamá», «Fuera, fuera»—, cuando un jovencísimo Iker, cosecha del 73, se abría paso en el proceloso mundo del misterio.

LAS REVISTAS DE NUESTROS PADRES

Pronto, *Hola*, *Semana*, *Dunia*, *Diez minutos*... Las revistas del corazón eran una distracción a la que recurriamos solo en caso de extremo aburrimiento. Nuestras madres también eran fieles lectoras de *Burda*, aquella revista de patrones con la que se hacían sus propios modelitos y que siempre aparecían debajo de la mesa en tochos impresionantes que pesaban más que la bombona de butano. Preferíamos la *Interviú* que nuestros padres compraban por los «reportajes de investigación» que había dentro, no por la portada, que a nosotros tampoco nos gustaba.

También leían *Época* y *Cambio 16*, que nos parecían un rollo integral porque solo hablaban de Fraga, Felipe González y Alfonso Guerra. Pero el oficio de los padres era leer esas revistas con cara grave y endilgarse mientras tanto un botellín de cerveza.

CAPÍTULO 6

NUESTROS JUGUETES



El día que nos regalaban el primer balón de reglamento dormíamos abrazados a él. Aquel olor a cuero recién engrasado. Sí, ese que te ha venido a la pituitaria ahora mismo. Eran nuestros tesoros que tanto nos había costado conseguir bajo la eterna amenaza paterna.

—Tiene que durar.

Por eso jurábamos amor eterno a la peonza grabando con una navaja nuestro nombre en esa piel de madera. Revisábamos los rodamientos de las ruedas del monopatín, lubricándolos casi a diario con 3-en-uno. Pasábamos horas resolviendo una y otra vez aquellos rompecabezas de veinte cubos que nos sabíamos de memoria. Daba igual que fueran cutres, de plástico, como aquellos soldados Montaplex que venían en sobres sorpresas. Y nunca nos cansábamos de ellos. ¿Dónde estarán ahora?

LO QUE NUNCA NOS TRAÍAN LOS REYES MAGOS

Queríamos que nos envolvieran el escaparate de la juguetería y jugábamos con nuestros hermanos a ver quién se pedía antes todos los juguetes que anunciaban en la tele: «¡Me lo pido!», «¡Y yo!», «¡Me lo pido!», «¡Yo más!».

Cuando por la mañana corríamos a ver qué nos habían dejado... plof, caíamos en el pozo de la decepción de ese tablero de la oca en el que jugamos la partida de nuestra infancia. Otra vez el Trivio 6000, aquella copia aburrida del Trivial Pursuit.

EL SCALEXTRIC

Nunca supimos si los Reyes Magos trajeron el Scalextric para nosotros o para nuestros padres. Lo desenvolvíamos, poníamos los ojos como platos y cuando nos abalanzábamos hacia él oíamos un:

—Quieto, que tú no sabes.

Nuestro regalo nos duraba diez segundos. Manadas de familiares nos lo arrebatában y empezaban a montarlo. Si conseguíamos poner suficiente cara de pena nos dejaban un mando, eso sí, advirtiéndonos:

—Esto no es un juguete.

El Scalextric nos daba interminables horas de diversión a cambio de que mantuviéramos limpias las pistas y las escobillas y que cambiásemos estas cada cierto tiempo. Pero ¿cuántos de nosotros lo hicimos antes de que el coche dejara de funcionar? Aquello ya no eran escobillas metálicas, eran cuatro pelillos como los de nuestros incipientes mostachos.

EL IBERTREN

La fruta prohibida de todo hogar que se lo pudiera permitir. Y no ya por el precio, sino porque siendo tantos en casa andábamos más apurados que Gollum en una joyería. Porque nadie en su sano juicio quería tener solo un Ibertren: aspirábamos a reproducir el continente europeo en nuestras habitaciones. Para ello existía el Iberama, miniaturas de coches, casas, semáforos, personas humanas, montañas, valles... Muchos seguimos deseándolo con las mismas ganas.

CINEXIN

«CinExin, el cine sin fin». Lo de cine sin fin era porque no hacía falta rebobinarlo, no por otra cosa. Teníamos todo el poder sobre Pluto, Popeye, la Pantera Rosa, Donald... ¿Que queríamos que Mickey corriese? Manivela a toda máquina. ¿Hacia atrás? ¿Que se parase? Ya no podíamos hacer más, ¡pero nos moríamos de risa!

LOS MICRO MACHINES

«Si no son Micro Machine, no son los auténticos». El tono agresivo del anuncio, esos fuegos tatuados en la caja y en los coches, aquellos circuitos que nos obligaban a acelerar a fondo para conseguir un *looping* completo... Diríase que más que un juego se trataba de una escuela de poligoneros.

BLANDI BLUB

Nunca un moco verde había sido tan deseado. Se estiraba como un chicle y lo mejor es que no manchaba... O eso le decíamos a nuestros padres para conseguir que nos lo comprasen.

TELESKETCH

Aquella pizarra mágica que se borraba agitándola bocabajo y estaba diseñada para convertirnos en una generación de niños frustrados. Incorporaba dos ruedas, una para dibujar horizontal y otra para hacerlo en vertical, con lo que trazar una línea curva o una diagonal era misión imposible. No nos salía ni el eccehomo de Borja.

LOS JUEGOS DE CONSTRUCCIÓN

Tente, Lego, Mecano, Exin Castillos... Todos compartían algo que los hacía atractivos a nuestros ojos: su versatilidad. Cualquier cosa que construyéramos nos servía para jugar con nuestros soldados, nuestras muñecas... Los padres nos los regalaban porque donde había uno parecía que no hubiera niño.

EL CUBO MÁGICO DE RUBIK

Juramos que algún día lo completaríamos sin recurrir al sucio truco de cambiar las pegatinas. Nunca es tarde. Además, ahora podemos apuntarnos a la Asociación Española del Cubo de Rubik, que lo mismo hasta ofrecen asistencia psicológica las veinticuatro horas del día.

Los puzzles tridimensionales se pusieron de moda y no tardó en caer en nuestras manos otro ingenio del profesor Ernő Rubik: la serpiente. La gracia consistía en combinar sus veinticuatro prismas en diferentes posiciones para transformarlos en un perro, una cruz, una pelota, una cobra, un rectángulo... Y para de contar, porque enseguida nos aburría.

La serpiente quiso aprovechar el tirón de su hermano de seis caras sin éxito. Y es que el cubo es uno de los iconos de la EGB. Según Wikipedia, en 2009 se habían vendido trescientos cincuenta millones de unidades. Es el juguete más vendido del mundo. Si lo dice Internet, va a misa.

HUNDIR LA FLOTA

Con lo sencillo que era jugar con un par de hojas de cuaderno... Pero aquello molaba más, con esos pinchitos que teníamos que clavar sobre nuestras naves. Después llegó la versión computadora y se acabó eso de hacer trampas cambiando el transatlántico de lugar. ¡Tocado y hundido!

TRAGABOLAS

Le dábamos al mando como unos posesos y el hipopótamo estiraba el cuello como una tortuga para engullir el máximo de bolas antes de que lo hicieran nuestros tres rivales. Aquello no era muy estable, y solíamos terminar la partida en el salón del vecino.

OPERACIÓN

Sacar los extraños huesos sin que el paciente se quejara exigía pulso de auténtico cirujano. Cada pieza ósea tenía un nombre a cual más dispar: el calambre del escritor, la manzana de Adán, la mariposa juguetona... El caballo renqueante se nos atragantó: no había manera humana de sacarlo sin que la nariz roja se encendiera.

QUIMICEFA

Con un buen repertorio de componentes químicos, unos tubos de ensayos, un quemador de mecha de alcohol y un libro de recetas podíamos hacer cientos de

experimentos, desde meter un huevo duro en una botella hasta recrear una erupción volcánica en nuestra propia habitación. Y aun así, el fabricante juraba que los productos eran totalmente inofensivos. ¿Qué insensato dejaría esa bomba en manos de unos niños aficionados a las explosiones?

CHEMINOVA

Era una versión del Quimicefa, pero sin campaña de imagen, aunque lo cierto es que muchos de nuestros padres ya jugaban con él en los años sesenta. Queríamos fabricar una poción que nos transformase en el increíble Hulk o nos volviera invisibles. No es que llevásemos dos líneas de investigación separadas, es que mezclábamos líquidos a lo loco y probábamos a ver qué pasaba... a excepción de aquellos que teníamos hermanos pequeños, esas pobres cobayas.

MAGIA BORRÁS

¡Una varita mágica! Nuestros sueños al alcance de un simple movimiento de muñeca acompañado del adecuado sortilegio. El juguete con el que conseguir todos los juguetes. ¡Mentira! De aquella varita lo único que hicimos aparecer fue un pañuelo en el que secar nuestras lágrimas.

YOYÓ RUSSELL CINCO ESTRELLAS

En la calle, como mucho, veíamos el de tres, también de Russell o bien un sucedáneo de marca desconocida. La moda de los yoyós pegó fuerte. Si no queríamos convertirnos en unos excluidos sociales, al menos teníamos que saber hacer el perrito y el columpio.

LA BH CALIFORNIA

Pasamos la infancia heredando bicicletas de los primos, hermanos..., que no solían ser de nuestra talla y con menos extras que un Seat Panda. Y entonces vimos a aquel niño en esa BH California amarilla y reluciente. ¿Qué chica se fijaría en nosotros con el trasto que llevábamos?

LA CASIO TONE

¿Cuántos de nosotros no hemos querido uno para optar por una vida nómada en una Transit? Y no era difícil hacerse con él. Enseguida descubríamos el botón mágico, el que nos metía de fondo una *bossa nova* y nos creíamos Nacho Cano.

TRISTÓN

El chucho de mirada lánguida solo quería un amiguito. Nosotros lo usábamos como argumento con nuestras madres, tratando de tocar sus fibras sensibles. Pero a chantaje emocional no las ganaba nadie.

ENREDOS

Abríamos la caja y no nos imaginábamos lo que nos deparaba... Desde luego muchas risas, pero también no pocas agujetas, mientras tratábamos de acoplar las manos y los pies a los cuatro colores, rojo, amarillo, azul y verde, de la sábana de la tortura. Mantenerse en pie era a veces más difícil que resistir los cañonazos de *Humor amarillo*, pero hay que reconocer que la flexibilidad ganada la agradecíamos luego en clase de gimnasia.

LA BOTIBOTA

Consistía en un listón de plástico amarillo con la Botilde en un extremo y un círculo para meter un pie en el otro. Había que hacer girar a la mascota del *Un, dos, tres* mientras dábamos saltitos con la otra pierna. Superemocionante.

LOS CAMIONES

Soñábamos con conducir un camión de ocho ruedas como el Transinter, una leyenda hoy en día para los coleccionistas. Luego estaban los Coloso y las tanquetas de Gozan, que nos traían la guerra a casa. ¿Y qué me dices del Sansón de Rico, con su volquete basculante, su eje delantero direccionable y sus ejes traseros basculantes?

LOS JUEGOS DE MESA

En la calle éramos unos gamberros de cuidado que jugábamos con petardos y tirahuevos, y manteníamos nuestro estatus a base de peleas. En casa nos transformábamos en seres apacibles que jugaban al parchís, la oca, las damas, el ajedrez... Juegos de mesa que han traspasado generaciones, pero estos eran los de la nuestra.

LOS JUEGOS REUNIDOS GEYPER

¡Vaya lío! Podía traer entre veinticinco y sesenta juegos. El ajedrez, la oca, el

parchís, la ruleta... el backgammon... Pero ¿alguien sabía jugar a eso?

EL GRAN VIAJE POR ESPAÑA

Conocíamos nuestro país como la palma de la mano gracias a este juego educativo que nos hacía saltar de pueblo en pueblo con un simple dado. La Península cabía en un tablero desplegable.

EL TRIVIAL PURSUIT

Se nos diera bien o mal, lo cierto es que nos podíamos apañar tratando de hacernos fuertes con las preguntas de nuestro color favorito: el naranja de deportes. Pero el señor del Trivial a veces nos liaba y entonces se ponía interesante la cosa, ya que una costumbre social muy arraigada en nosotros es el arte de la discusión y la cabezonería, de la que todos disfrutamos en mayor o menor medida.

EL Pictionary

No nos importaba dibujar cosas como árboles u oficios, pero un minuto no bastaba para la categoría de conceptos. ¿Quién era el listo que sabía pintar «cerca» o «lejos» sin la ayuda de Coco?

EL MONOPOLY

Comprábamos terrenitos, especulábamos con ellos, recalificábamos, edificábamos primero una casita, un empeño para poder comprar unos adosados... Arruinábamos al resto cobrándoles una pasta por usar sus propiedades, lo que les obligaba a hipotecar más bienes. Y si teníamos dinero salíamos de la cárcel. Todo esto nos suena.

EL PALÉ

La versión aburrida del Monopoly. Solo se arruinaban los muy cretinos, porque los precios de las calles y los peajes no iban en consonancia. La mecánica se reducía a la compra de propiedades. Era la época del primer bum inmobiliario...

EL MAD

La caja decía: «El mundo al revés. Quien pierda gana». El objetivo: despilfarrar toda la pasta antes que los demás jugadores. Fue el juego preferido de los políticos y banqueros que hoy dirigen el mundo.

SCRABBLE E INTELLECT

Un juego olvidado hasta que ha vuelto a nuestros *smartphones* y *tablets* en forma de Apalabrados. Consiste en juntar letras para construir palabras. También estaba el Intellect, que era idéntico pero más barato.

EN BUSCA DEL IMPERIO COBRA

¡Qué pasada de juego! El tablero contenía tres islas en las que empezaban los jugadores, una desértica, otra tropical y otra helada. Cuando las recorriamos, conseguíamos llegar a la isla de la gran serpiente, una fortaleza. Objetivo cumplido.

EL CLUEDO

Juego no apto para olvidadizos y desorganizados. Había que recopilar pistas para descubrir al asesino preguntando quién mató, con qué y dónde; y ya podíamos empezar a apuntarlo todo. ¡Qué estrés!

EL RISK

Aquí descubríamos quiénes eran nuestros auténticos amigos; tú te hacías con África y firmabas un pacto con el dueño del sur de Europa, así te podrías centrar en atacar Oriente Medio, desguarneciendo tus defensas en Marruecos. Y al turno siguiente, ese que considerabas tu alma gemela te hacía una invasión que ríete tú de los godos. A partir de ahora le iba a volver a pasar los apuntes de Lengua la madre del topo.

LA BOTILDE

Lo cierto es que era un juego de la oca ligeramente retocado con algunas pruebas que teníamos que realizar en algunas casillas. Pero lo importante de todo no era el juego, sino que nos sentíamos como concursantes del *Un, dos, tres* y esperábamos que en cualquier momento nos tocara un Seat Ronda.

EL LÍNEA DIRECTA

Constaba de un tablero con varias localizaciones —la playa, la discoteca...—, tarjetas de nuestros posibles pretendientes y un teléfono móvil igualito al de Zack Morris en *Salvados por la campana*. Era un Cluedo en el que buscábamos al chico ideal en lugar del asesino.

LAS MUÑECAS PARA CHICAS

En los años ochenta un acontecimiento supuso un antes y un después en el mundo de las muñecas: la llegada de una *top model* americana de plástico llamada Barbie. La Nancy llevaba desde 1968 con el monopolio en nuestro país, pero aquella rubia platino tenía mejor cuerpo... y podía ser médico, princesa, modelo, veterinaria...

Así, la de Famosa fue desapareciendo para dar paso a la Chabel. Se parecía mucho más a la invasora, pero para las niñas era como tener ahora un Nokia: cumplía su función, aunque no se podía fardar. También sucumbió a la Barbie, a pesar de que la vida personal de esta hacía aguas... hasta que llegó Ken. Solo faltaba un bebé, y la cigüeña respondió. Ahora, además, era una excelente madre.

También triunfaban los Barriguitas de Famosa, aquellos bebés nacidos a finales de los sesenta que parecían gigantes en comparación con el resto de las muñecas que tenían nuestras hermanas. A estas de pronto les dio por jugar a ser mamás. Y se lo tomaban en serio. Era una decisión muy importante que no tenía marcha atrás. Despertar la envidia de las amigas dependía única y exclusivamente de esa decisión: ¿qué quiero que haga mi muñeco? Y es que como toda buena madre, querían que sus hijos, aun siendo de plástico, destacasen en algo importante. ¿Con cuál quedarse?

EL NENUCO

Rubito y de ojos azules, podía ser el bebé que a toda madre le gustaría tener, pero solo era capaz de hacer pompas cuando se le daba de beber y se le apretaba el brazo. No, no era suficiente para ellas.

EL COCOLIN

No era un bebé tan agraciado como el Nenuco, más bien del montón, pero sí mucho más humano: ¡se tiraba pedos! De su trasero salía un tubo de unos diez centímetros de largo que acababa en una pera, y, al apretarla, expulsaba las flatulencias. Al principio resultaba gracioso, pero el tubo acababa siendo un estorbo y en un momento de enajenación terminaban por cortarlo. El resultado final: un Nenuco feo.

EL REMILGOS

No comía porque no quería, y no había manera de darle un gramo de la comida que, con todo nuestro amor y la mejor plastilina del mercado, habíamos cocinado. Tenía dos imanes, uno en la boca y otro en una cuchara con espinacas, dispuestos por el mismo polo magnético. Así, cada vez que nuestras hermanas intentaban darle una cucharada, el muñeco la repelía girando la cabeza. Y ya se le podía hacer el avión, que daba igual.

EL BABY FEBER

Era el top de los muñecos. Lo tenía todo, todo y todo. Tanto, que nuestras hermanas lo tenían siempre guardado y no se lo enseñaban a nadie. Buenos, sí, a la vecina del cuarto, junto con el extensísimo catálogo de complementos que traía. Le encantaba despertar envidias.

LOS PINYPON

Llegaron casi a mediados de los ochenta, y eran para ellas lo que los clicks para nosotros. Hoy Famosa les ha devuelto la vida, como a la Nancy y a los Barriguitas, pero con una estética manga que les ha hecho perder su identidad.

LOS MUÑECOS PARA CHICOS

Nacían destinados a trabajar duro. Los clicks cumplían con su oficio, ya fueran heladeros o bomberos, sin conocer descanso, y sus derechos laborales se supeditaban a las ganas que tuviéramos de jugar. Nos fascinaba la precisión de sus complementos tanto como la increíble movilidad de sus articulaciones. Dentro de cada marca había un montón de familias que servían para multiplicar nuestra diversión. Luchaban en guerras incruentas o asaltaban barcos vestidos de piratas, y todo en la cuadrícula de una baldosa.

LOS CLICKS

Al principio eran muy sencillos, sin maquillaje ni complicaciones. Camisa, pantalones y ya. Venían en cajas pequeñas —el heladero, el gasolinero, el payaso—, medianas —que incluían un coche o la moto patrulla—... y grandes, que eran el objeto de nuestra codicia y a las que solo podíamos aspirar por Reyes —el castillo, el zoológico, ¡el barco pirata!—. Quizá dolidos por aquello de «Te mueves menos que un click de Famobil», el fabricante decidió evolucionar la especie. Así nacieron los clicks 2.0 con muñecas giratorias.

LOS AIRGAMBOYS

Muy parecidos a los anteriores, aunque un poco más altos y quizá por ello más inestables, causaron furor desde mediados de los setenta y destacaron por sus múltiples accesorios. Había colecciones para todos los gustos, aunque tal vez la que más se recuerde sea la de los romanos. ¿Qué nos llevaba a jugar con los airgamboys o

con los clicks, si en el fondo eran tan parecidos? ¡Los misterios de la mente infantil son inescrutables! Pero hay que ver lo que nos dolía que nuestras madres confundieran a unos y a otros. ¿Cómo que se parecían?

LOS COMAN BOYS

Eran otra especie de hermanos de los clicks, con similares agarraderas como manos y la peluca intercambiable. Había colecciones de robots, vaqueros —que era la mejor y hasta tenía diligencia—, piratas... Los niños más afortunados jugaron con su tren del Far West, mucho más bonito que el que salía en las películas de John Wayne, con sus vagones, sus vías y su todo.

LOS GEYPERMAN

Otro ejército de muñecos «jugables» y coleccionables. Fueron unos cachas que lo mismo se disfrazaban de vaqueros que de soldados o astronautas. Eran españoles, y tenían unas articulaciones que no se veían ni en las marionetas de Praga. Aparecían en unas cajas de plástico que luego daba pena tirar, con sus complementos bien dispuestos y listos siempre para la batalla.

LOS MADELMAN

Cuando salieron fueron todo un hito por la movilidad de sus articulaciones y la riqueza de sus complementos. Medían casi veinte centímetros, y sus funciones eran tan sugestivas como inagotables, desde el hombre rana —uno de los pioneros— hasta las figuras fantásticas y del oeste. Peinados como Cristiano Ronaldo, no conocieron mujer hasta finales de los setenta, cuando se creó la «compañera» de Madelman, muy estilizada y atractiva. También disponían de transporte: coche de carreras, aviones... Nos gustaba enfrentarlos con los Geyperman de nuestros amigos.

Los G. I. JOE

Las niñas eran de Venus, léase Barbie, y los niños de Marte, léase G. I. Joe. Estos soldados, de unos diez centímetros de altura, participaron en las batallas más duras de nuestra infancia y provocaron gran mortandad en los parques y baldosas sobre los que pusieron el pie.

Una ficha sintetizaba la biografía de estos personajes —tenían cicatrices e historia nuestros colegas Avalancha, Boa y Blaster—, que las coleccionábamos hasta formar las unidades completas. A veces, en el transcurso de la batalla, perdían un brazo o una pierna, pero estaban hechos de otra pasta y seguían luchando como si nada.

HE-MAN

El héroe de los Masters del Universo tenía un antagonista de cuidado, Skeletor, y un objetivo muy claro en la vida: defender el castillo de Grayskull. Los juegos con estos muñecos consistían en un duelo eterno entre uno y otro, del que siempre salía victorioso el primero, faltaría más.

CAPÍTULO 7

AQUELLA MÚSICA



Parchís, *of course*, Parchís y sus coreografías de arcoíris. ¿Quién no ha discutido alguna vez por ser la ficha roja? Tino era el líder, y el Templeton Peck del grupo, y estábamos convencidos de que Yolanda, la amarilla, la que nos gustaba a todos, era su novia secreta. Se hincharon a vender discos y a grabar películas. Siete. El título de la primera, *La guerra de los niños*, fue toda una premonición, porque no tardó en salirles competencia. Se llamaba Regaliz y eran cuatro chavales, dos niños y dos niñas, con un estilo musical y una estética similar a la de las fichas de colores. Se dieron a conocer en *Sabadabadá* con la pegadiza *El disc jockey campeón*, dedicada a su presentador de trapo Horacio Pinchadiscos. A diferencia de Parchís, sus canciones tenían influencias más roqueras. Para bailar el *Vaya mentira* había que mover las caderas pero bien.

También teníamos que sudar de lo lindo girando el Súper disco chino filipino, aquel juguete que se puso de moda gracias a la promoción que Enrique y Ana le dieron con su canción. Era un dueto algo atípico: una niña de ocho años y un veinteañero. Pero arrasaron, y no había programa infantil si no estaban ellos. La temática de sus temas era muy variada. Igual nos saturaban los lagrimales con *Amigo Félix* y *La gallina co-co-ua* que se marcaban una oda a nuestras necesidades fisiológicas con *Caca, culo, pedo, pis*. Si triunfaron es porque supieron darnos lo que nos gustaba.

A quien también teníamos hasta en la sopa, por suerte, era a Torrebruno, el otro amigo de los niños de la EGB, además de Espinete, quizá por el extraño acento que tanto nos gustaba imitar y porque al ser bajito le veíamos mucho más cercano. En *Sabadabadá* desplegó todo su repertorio: *Don Pelanas*, *Mi tía Josefina*... Unas Navidades compartió programa, *Mazapán*, con Teresa Rabal. Con ella la vida se convertía en un juego: *De oca a oca*; *Veo, veo*... Y en una clase de Gimnasia: «Me pongo de pie, me vuelvo a sentar...». Acabábamos con agujetas.

Y Chispita, ¿cómo olvidar uno de nuestros primeros amores? Soñábamos con ser el único gorila de su película, y como Donkey Kong secuestrarla para vivir nuestro amor encaramados a la antena del Pirulí. También nos conformábamos con llevarla a dar *La vuelta al mundo en góndola*, pero se nos adelantaron Piraña y Tito y les cogimos algo de tirria. Después Piraña nos hizo mucha gracia cantando *Comer, comer* —le pegaba más que «estudiar, estudiar»— y cuando repusieron *Verano azul* ya les habíamos perdonado.

DAÑOS COLATERALES (1): LA MÚSICA DE LOS PADRES

Nuestros gustos musicales se veían complementados con las discografías de nuestros padres, que tuvieron el detalle de compartirlas con nosotros los fines de semana, fiestas y Navidades o en el coche camino de Torrevieja. Recurriendo al viejo método de «la letra con sangre entra» lograron que hoy nos sepamos de cabo a rabo

esa eterna pregunta de José Luis Perales, *¿Y cómo es él?*; *Un sorbito de champán*; de Juan Pardo, *La Puerta de Alcalá* de Ana Belén y Víctor Manuel; *Vivir así es morir de amor*, de Camilo Sesto; *Soy un truhán, soy un señor*, de Julio Iglesias; el eurovisivo *Eres tú*, de Mocedades; el *Resistiré* del Dúo Dinámico; el *Torito guapo*, del Fary... Y por supuesto, estas peleas interminables e inolvidables, que incluso escenificábamos, de los hermanos Pimpinela: «Por eso vete, olvida mi nombre, mi car, mi casa... ¡y pega la vuelta!».

DAÑOS COLATERALES (2): LA MÚSICA DE LOS HERMANOS MAYORES

Por si con todo lo anterior no teníamos bastante, para rematarnos ahí estaban los discos y artistas que escuchaban los hermanos mayores y que, por jerarquía o por no sufrir un capón, tenían prioridad sobre los nuestros. Sufríamos los desamores quinceañeros de nuestra hermana, que suspiraba agarrada a la carátula del disco de Los Pecos. Si se trataba de nuestro hermano la cosa era más rumbera, y tarareábamos *Para que tú lo bailes* de Los Chichos, pedíamos a gritos *Dame veneno*, de Los Chunguitos, o mirábamos al cielo para ver *Una paloma blanca*, de Los Calis.

LA MÚSICA DEL WALKMAN

Crecíamos como si nos echaran abono «Plantavit, enano, Plantavit», muy rápido. La música que viajaba en el walkman ya no era la de aquellos grupos de la infancia. Esos vinilos se quedaron criando polvo en casa. ¿Y qué escuchábamos? Pues lo que grabábamos de la radio, sobre todo la de los *40 Principales*. Era la que mejor se adaptaba a nuestro bolsillo. Aquello requería paciencia y reflejos para detener la grabación antes de que el locutor abriera la boca y pisara la canción, porque si no nos tocaba darle al *rew*, luego otra vez al *play*... ¿Y te acuerdas de cuando rebobinábamos las cintas con un boli para ahorrar pilas? Había que hacerlo, porque cuando se agotaban las canciones se volvían lastimeras hasta que al final se paraba la cinta. El *autorreverse* fue ya el invento del siglo. ¿Y la pantalla con radio digital? ¡Menuda caña! Los walkmans eran el futuro, aunque mantuvieran un pie en el pasado, como cuando se perdía la tapa de las pilas —siempre se perdía— y había que recurrir al rústico celofán para que el espectáculo siguiera adelante. *Show must go oooooon...*

Las discográficas copiaron aquellos *mix* caseros sin darnos siquiera nuestro porcentaje por derechos de autor. Así nació un recopilatorio mítico, ¡*Boom! El disco de los éxitos*, que resumiendo era como nuestras cintas TDK pero en bonito, sin locutores coñazo... y con muy poco criterio musical: eran capaces de juntar a Bertín Osborne, Rocío Jurado, Parrita, Los Chunguitos y Dyango con Hombres G, Tina Turner, David Bowie, Tennessee, Los Toreros Muertos... El caso es que la idea

funcionó, porque el negocio duró bastantes años y salieron otros muchos más, sobre todo de música *dance*, *acid* y *bakalao*: *Max Mix* —«el megamix español»—, *Bolero Mix*, *Máquina Total*, *Rambo Total*, *Lo + Duro*...

CUANDO FUIMOS ROQUEROS

Mi rollo es el rock fue un tema de Barón Rojo que dejó muy claro el espíritu que todos invocábamos en aquel momento. Cambiamos los pantalones vaqueros rotos por los de pitillo, luciendo canillas y pasándolas canutas para poder entrar y salir de ellos, y las J'hayber por las Yumas. Nos desgañitamos con *Prepárate, va a estallar el obús*, de los ídem, y demostramos que habíamos aprendido de Leño nuestras *Maneras de vivir*. Y conocimos a una entrañable anciana de pelo blanca y chupa de cuero, la abuela Ángeles, la Pasionaria del *rock*, que llegó a ser portada de uno de los vinilos de Panzer. Con todos ellos, además de Ángeles del Infierno y Ñu, la lengua castellana se volvió contundente.

LA MÚSICA DE LA MOVIDA

En el plano internacional dos artistas reinaban sobre el resto: Michael Jackson, con *Thriller*, y Madonna, que rebosaba sensualidad y picardía en *Like a virgin*. Las rivalidades musicales eran el pan de cada día, como si lo menos importante fuera la música: los pelirrojos de Simply Red y The Communards por su color del pelo, Spandau Ballet, Duran Duran y Bros por el corazón de las féminas, Sabrina y Samantha Fox por su capacidad torácica y si hablábamos de maquillajes y pelos cardados, ahí estaban Boy George y The Cure.

Las pistas de baile se llenaban cuando sonaban Pet Shop Boys, George Michael, Rick Astley o Prince con su empalagoso hasta decir basta *Purple rain*. En lo más alto del Olimpo de los románticos seductores, Glenn Medeiros y su *Nohting's gonna change my love for you* y el irresistible bambino Eros Ramazzotti con su *Si bastasen un par de canciones*. Escuchamos hasta querer suicidarnos el *The never ending story*, de Limahl, y vivimos el fraude de Milli Vanilli, pura fachada, pues resulta que no eran ellos quienes cantaban. Tan falsos como su mirada de lentillas de colores.

En España teníamos estilos para dar y tomar. Así era la Movida, y nosotros pudimos ver a través de *La bola de cristal*, de Alaska, un adelanto de qué iba todo aquello. Los Toreros Muertos alborotaban el gallinero con su carácter desvergonzado mientras Loquillo viajaba con los Trogloditas en un *Cadillac solitario*. Gabinete Caligari les esperaba *Al calor del amor en un bar* mientras Mecano se colaba en todas nuestras fiestas, donde las chicas suspiraban con Hombres G y su *Sufre mamón*. Por si acaso, Los Inhumanos nos avisaban de lo difícil que era hacer el amor en un Simca 1000. Nos volvimos negros con Azul y Negro y aquella sintonía de la Vuelta Ciclista

a España y caímos, con Radio Futura, *Enamorados de la moda juvenil*. Como esos chicos de ropa estrafalaria y enormes abanicos a juego llamados Loco Mía.

Los Secretos, La Frontera, Cómplices, Revólver... Nacha Pop, con el inolvidable Antonio Vega, nos contó la historia de la *Chica de ayer*, y Olé Olé, con la *sex symbol* Marta Sánchez al micro, la de *Lilí Marlén*. La Década Prodigiosa participaba en Eurovisión ¡con un tema inédito!, *Made in Spain*, y cantamos *Sabor de amor* hasta llegar a odiarla. Modestia Aparte nos dijo que eso *Eran cosas de la edad*.

FUIMOS RAPEROS

Las modas se sucedían. Un día entramos a la peluquería y salimos con un cepillo en la cabeza que ni Grace Jones. No nos quedaba más remedio que plantarnos una gorra, unas gafas de sol y unos pantalones tres tallas más grande... y ya teníamos nuestro kit de rimador de acera, por supuesto, con el inseparable radiocasete de doble pletina y *subwoofer* al hombro. El ritmo lo marcaban Public Enemy, Ice-T, las chicas de Salt-n-Pepa, Afrika Bambaataa... pero, sobre todo, MC Hammer con el pegadizo *Can't touch this*. Tuvo una réplica, Vanilla Ice, ¡un blanco rapero!, que nos dejó a todos helados con *Ice, ice baby*. Y como Parchís y Regaliz, Backstreet Boys y New Kids On The Block se tomaron la música como una batalla —comercial— por ver cuál de los dos era el grupo de adolescentes más guapetón y marchoso.

CUANDO NOS GUSTABA EL BAKALAO

«Esta sí... Esta no... Esta me gusta, me la como yo». No trataba precisamente de deshojar una margarita, pero el tema de Chimo Bayo consiguió ser «tres, dos o uno», que diría Fernandisco. Era la época de la ruta del bakalao, aquellas peregrinaciones rocieras en coche, autobús, tren o jamelgo a los principales templos del sonido de entonces. Además del mencionado, se hicieron famosos unos cuantos DJ valencianos, como Paco Pil —*¡Viva la fiesta!*—. La música *acid*, precursora del bakalao, también nos hizo a muchos botar como locos. Igual que C & C Music Factory, representante del sonido *dance* más comercial. *¡Everybody dance now!*

NUESTRAS DIEZ CANCIONES

ABRACADABRA

«¿Qué tiene esta bola que a todo el mundo le mola?». Sencillo. Era como un ordenador personal, podíamos ver cualquier videocasete, nos ponía música divina y

todo «sin pilas ni enchufes a la red». Ah, y en ella vivía la Bruja Avería. «Zoom, zoom, culombio, culombio», la sintonía de *La bola de cristal* es el himno de la EGB por aclamación popular.

THRILLER

La canción molaba, pero lo que partió con la pana fue el vídeo. Un Michael Jackson con mejor color que en sus últimos años se transforma en zombi y monta una terrorífica *rave* con sus colegas. Pero lo más inquietante es el final, cuando todo parece quedar en un sueño de su novia... hasta que Michael se gira a la cámara y...

BARRIO SÉSAMO

«Na, na na, nananá, naaaa na na...». En el apartado de canciones sin letra, solo las sintonías de *Barrio Sésamo*, *Verano azul* y el himno de España han conseguido triunfar más que Sabrina en una gala de Nochevieja.

THE FINAL COUNTDOWN

Ahhhh, ¡qué himno! Con los acordes iniciales de «el tema» de Europe muchos aprendimos los primeros movimientos *heavies*: cabeza *p'alante*-cabeza para atrás. Todos corrimos a comprar el casete para luego descubrir que el resto de canciones se las podían haber dejado en Suecia.

AMIGO FÉLIX

Cada vez que oímos hablar del lobo, no del de Caperucita, nos acordamos de él. A Félix Rodríguez de la Fuente le perdimos en un accidente de helicóptero y Enrique y Ana le realizaron un merecido homenaje en nombre de todos los que hicimos la EGB.

HABÍA UNA VEZ UN CIRCO

«Que alegraba siempre el corazón, lleno de color, un mundo de ilusión, pleno de alegría y emoción...». Sí, así era el loco mundo de los payasos. Cuánto os echamos de menos.

COMANDO G

Los cinco preadolescentes con pintas de ser la precuela de los Power Rangers nos dejaron un tema imprescindible en los karaokes nostálgicos de las reuniones de antiguos compañeros de clase. Basta con que uno se arranque... «¡Siempre alerta estáaaaaa!».

VERANO AZUL

Ya lo hemos dicho, otra canción sin letra que todos sabemos silbar de memoria. Es subirnos a una bici y aquello brota solo. Eso sí, ¿cuántos dientes de leche se perderían en el intento incrustados en el asfalto?

TIGRES, LEONES

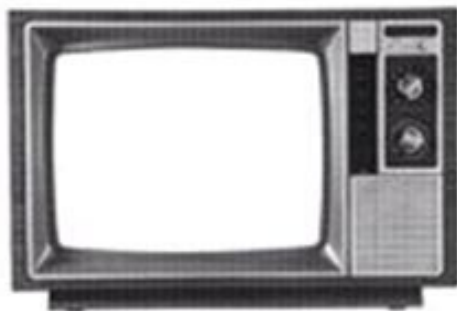
Torrebruno era un auténtico *showman* y por su culpa poníamos la casa patas arriba, saltando, animando, vitoreando a los dos equipos, empeñados ambos en «ser los campeones». La cosa no estaba fácil. Los tigres eran «los más fuertes, los más duros de pelar». Los leones, «fardones, los más duros y los más melenudos». Al final los dos eran los mejores, mientras que nosotros nos quedábamos sin postre.

SUFRE MAMÓN

Quien no la haya cantado acordándose del que le levantó a su chica es que no ha tenido infancia... o chica. Luego nos parábamos a pensar: ¿hacer que se revuelva en polvos picapica? ¿Qué venganza es esa? Donde esté una buena bomba fétida... O mucho mejor, llamar a su telefonillo y salir corriendo. Que sufra.

CAPÍTULO 8

LA TELEVISIÓN



«Lo ha dicho la tele». Y si lo decía la tele, iba a misa. La tele, que era en blanco y negro. La carta de ajuste y el himno de España que cada noche ponía fin a la programación... Y a la diversión. Como cuando aparecían aquellos dos rombos. El programa era para mayores de dieciocho. O uno. A partir de catorce. La mejor excusa para mandarnos a la cama.

Había poca variedad, tan solo dos canales. Y sabíamos que pasaríamos las Navidades con Ivanhoe y Robin Hood, la Semana Santa con Espartaco y Ben-Hur, los sábados y domingos con los hermanos Marx, Jerry Lewis, John Wayne y Tarzán, y las noches muertas de miedo por culpa de Christopher Lee, que para nosotros siempre será el mejor Drácula. Y que los partidos de fútbol los comentaría José Ángel de la Casa, y que nunca volvería a emocionarnos como con el gol de Señor en aquel increíble España-Malta. Nunca.

Después llegaron nuevos canales y nos aprendimos la palabra «descodificador», y aunque no lo tuviéramos no importaba, podíamos ver el partido de los domingos. Y entonces nos cambiaron a Torrebruno por Xuxa, y no nos quejamos, es cierto. Pero como decían nuestros padres, cualquier tiempo pasado fue mejor. Vaya. Creo que esto nos vuelve carrozas.

LOS PROGRAMAS CON LOS QUE CRECIMOS

Le debemos mucho a *Los Chiripitifláuticos*, pero de las aventuras del Capitán Tan y Valentina recordamos poco. Cumplieron su ciclo a principios de los setenta y su lugar lo ocuparon *Los payasos de la Tele*, que esos sí que nos marcaron. Pero si los niños de la EGB hemos salido así es, sobre todo, por culpa de Lolo Rico, una señora a la que conocíamos porque de vez en cuando salía en nuestra Telefunkin y nos molaban sus peinados locos. Fue la primera persona mayor de la tele que nos cayó bien. Si alguien podía haber creado a los electroduendes, era ella, nuestra madre catódica. Porque también somos unos pequeños seres catódicos paridos por esta buena mujer. Y tan orgullosos.

La cometa blanca, un programa de *sketchs*, culturilla general y actuaciones, fue el primero que dirigió Lolo Rico. Eran principios de los ochenta y hasta que los electroduendes no se instalaron en nuestras vidas los sábados por la mañana nos quedábamos con *Pista libre*, dirigido a los de séptimo y octavo. Un tostón para los más pequeños: echaban una película y después debatían sobre ella. Al final lo pasaron a los lunes y lo sustituyeron por *Sabadabadá*. Gracias a Dios, porque para un día que no teníamos cole... Lo presentaba Torrebruno, que ya lo conocíamos de *La guagua*, *El recreo*, *003 y medio*, *La locomotora*... Ya hemos dicho que, además,

compartió las Navidades con Teresa Rabal en *Mazapán*, un espacio de variedades infantiles en el que pudimos ver algunas de nuestras primeras películas manga, como la inolvidable *Mujercitas*.

Por las tardes nos metíamos un chute de imaginación en *Planeta imaginario*. Allí vivía la presentadora, Flip, una niña de dieciséis añitos algo lisérgica con un amigo también imaginario, Muc, que recibía la visita de personajes de cuentos, músicos, mimos... El caso es que nos hablaban de *La metamorfosis*, de Kafka, y no podíamos despegarnos del televisor.

Después llegaron *Barrio Sésamo* y *La bola de cristal*, que a finales de los ochenta dejó su espacio a *Cajón desastre*. Al poco Espinete nos abandona, y en su franja horaria aterriza un marciano regordete con pintas de haberse limpiado las manos en la camiseta después de haberse comido la fábrica de Cheetos. Procedía de Takatón, un planeta lejano, y había llegado a un barrio como Carabanchel. Le acompañaba Astrako, el piloto de la nave y en el que se inspiró Disney años después para crear a Buzz Lightyear, su héroe de *Toy Story*. Dentro de aquel disfraz en realidad estaba Don Pimpón, nos dimos cuenta por la voz. Éramos muy avispados.

Aquello fue una copia descarada de *Barrio Sésamo* que con el tiempo se fue haciendo cada vez más aburrido, y Televisión Española cerró el programa. Yupi siguió en solitario con la serie *Los cuentos de Yupi*, pero acabó arrastrándose por los platós: lo único que pudo rascar fue que le entrevistase Andrés Aberasturi en *Por la tarde* y una aparición en *VIP Guay*. Según cuentan, volvió a su planeta, y ahora debe de estar... en *Los mundos de Yupi*.

También nos llegaron las travesuras de un niño huérfano de extraño acento con la manía de esconderse en un barril de madera cada vez que don Ramón, un vecino con bigote, le daba un mamporro en la cabeza a lo Bud Spencer: *El Chavo del 8*. Tenía un amigo, Quico, y una amiga, la Chilindrina, locamente enamorada de él. Todos hablaban raro y decían cosas como: «Es que no me tienes passsiennssiaaaa» o «No me simpatizas» o «¡Cállate, cállate, cállate que me desespeeras!». Claro, tardamos poco en incorporarlas al vocabulario colegial.

Nuestro catódico mundo iba a cambiar radicalmente el día en que una tal Leticia Sabater nos despertó a gritos:

—¡Desayuna con alegría!

Camino del cole llevábamos un mosqueo que *pa* qué. ¡Esas no eran maneras! Cuando llegábamos a casa ya se nos había olvidado aquello, pero encendíamos la tele... y allí estaba otra vez.

—Al mediodía, ¡¡alegría!!

Y así durante unos años.

LOS QUE NOS LLEVABAN A LA CAMA

La familia Telerín llevaba desde los años sesenta cortándonos el rollo. A las ocho y media en invierno, a las nueve en verano, todos los días, lo mismo. A la cama a descansar, que hay que madrugar. A partir de los ochenta le pasaron el marrón a Casimiro, que al menos lo hacía a ritmo de *rock*. «Fuera calcetines, me pongo el pijama...».

LOS PROGRAMAS DE LOS PADRES

Con estos programas sí que nos mandaban a la cama... de aburrimiento. Los viernes por la noche nuestros padres nos mandaban cambiar al UHF para ver *La clave*, un programa de señores con corbata que se sentaban en círculo para hablar de cosas serias. Nosotros poníamos un ojo en el *Súper Humor* y otro en la pantalla desde que vimos en *La noche*, de Sánchez Dragó, a un Fernando Arrabal algo pasado de copas avisar al mundo entero de la cercanía del Apocalipsis: «El mileniarissssmo va a llegaaaarrrr». Qué risa.

También veían *300 millones*, un programa de variedades al que un día fue Curro Jiménez con su caballo y todo, a lo Jesús Gil. Se referían a los telespectadores como «amigos iberoamericanos», y como no sabíamos qué era eso, desconectábamos. Solo nos llamaba la atención el bueno de Alfredo Amestoy, que aspiraba a ser el flequillo más famoso de España. Pero no tenía nada que hacer frente a Jesús Hermida, que tenía engatusadas a nuestras madres con *Por la mañana*. Después de ponerse a punto con Eva Nasarre y mientras hacían las cosas de casa no le quitaban ojo a la pantalla: Nieves Herrero, Irma Soriano, Consuelo Berlanga... y aquel entrañable y gruñón Don Basilio con su bote.

Si hablamos de temas más peliagudos no podemos olvidarnos del bigote de la EGB —sin menospreciar los de Burt Reynolds, Charles Bronson y Joaquín Arozarena—: José María Íñigo, que vivió sus mejores años en *Estudio abierto*, aunque no le gustase nada que le tiraran de aquel envidiable mostacho delante de las cámaras para demostrar que no era postizo.

Y antes de Argüñano vino *Con las manos en la masa*. Hacíamos los deberes al calor de los fogones de Elena Santonja, que siempre contaba con pinches famosos. ¡Una vez hasta fue Alaska! No olvidamos su sintonía, cantada por Sabina, «embadurnada de harina, con las manos en la masa...». También eran muy fans de *Más vale prevenir*, del doctor Sánchez-Ocaña, que siempre empezaba con el *Chiquitita* de ABBA.

LOS CONCURSOS DE LA TELE

A la caza del tesoro fue una yincana por medio mundo de la que Miguel de la Quadra-Salcedo salió con crisis de ansiedad. Los concursantes le daban instrucciones

desde el plató y él se pasaba el programa subiendo y bajando del helicóptero en busca de pistas. Después de eso se dedicó a realizar viajes culturales con adolescentes en *Aventura 92* y *Ruta Quetzal*.

A mediados de los ochenta, los domingos por la tarde eran de Jordi Hurtado y su concurso *Si lo sé no vengo*. Lo mejor era la intervención de los gemelos González y González: «Concursante, al estrado». Y ellos, obedientes, cargaban con él como si fuera un cordero. Fue un programa muy familiar, pero no tanto como *Todo se queda en casa*. Lo presentaba el actor Pedro Osinaga y dos familias se enfrentaban en un innovador duelo de preguntas por un premio: un cochazo de los de la época. Para ir a Torrevieja de *camping*.

El 3×4 lo veíamos a la hora de comer, nada más llegar del cole. Lo presentaba una rubia de flequillos imposibles. Julia Otero, uno de nuestros primeros mitos sexuales. Sí, Julia. Cuando volvíamos por la tarde a clase el tema de conversación era Susana Egea, la chica en cueros que se ocultaba detrás de unas cartas gigantes, los comodines del concursante. Cada vez que perdía uno Susana tiraba una carta. Siempre le deseábamos lo peor... Al concursante.

Otro programa de culturilla fue *El tiempo es oro*, que marcó un antes y un después en nuestras vidas. Por fin, después de tanto tiempo, conocíamos el verdadero rostro de Harry el Sucio. Y el de Darth Vader. Y el de Ulises 31. Y el de Terminator. Constantino Romero. Un club de fans para este hombre, por favor. ¡Y un gallifante! ¡Cómo nos gustaba *Cosas de niños*!

El precio justo llegó para llenar el vacío dejado por la Ruperta a finales de los ochenta, y lo hizo con dignidad. Joaquín Prats nos dejó un legado: «a jugaaarr». Eso, y a Beatriz Rico, Yvonne Reyes y Arancha del Sol, algunas de sus azafatas. Por cierto, la versión del concurso en Hispanoamérica fue *Atínale al precio*. ¿No hubiera sido mejor este nombre?

En los comienzos de los noventa ya había más canales que «la uno» y el UHF y con Telecinco llegó él, Jesús Puente, para sacar «al jardín» los trapos sucios más divertidos de los matrimonios de nuestra España en *Su media naranja*. También recordamos el concurso *VIP*, primero conducido por José Luis Moreno y después por Emilio Aragón que ya se había destapado como humorista en *Ni en vivo ni en directo* y que creó tendencia con su frac y sus zapatillas. Junto a él, Belén Rueda, Benavides... y las Cacao Maravillao, cuatro brasileñas que anunciaban un «colacao» que no existía. «Tengo miedooo, Emiiilliooo».

LOS PROGRAMAS QUE NOS HACÍAN REÍR

Sufrimos a Pedro Ruiz, que en esto del humor estaba en su salsa. En *Como Pedro por su casa* nos dejó a Pedrete, un Monchito de carne y hueso con babi escolar que salía de un libro gordo al grito de «¡Qué buena estás, Carolina!» para soltarnos un

monólogo en verso con moralina incluida.

A finales de los ochenta, los viernes por la noche nos enchufábamos a *Pero ¿esto qué es?*, que llegó a presentarlo el galán de *Cristal*. A nosotros nos hacían gracia las torpezas de Pepe Viyuela y la sección habitual de Eloy Arenas. ¡Qué «horroróscopo», Dios mío! Aquí conocimos a un par de humoristas: Cruz y Raya, que tenían una emisora «que aunque debe nunca calla» en el programa de Telecinco *Tutti Frutti* la noche de los viernes, justo después de *Sensación de vivir*. Aquellas imitaciones de Andrés Aberasturi y el añorado Luis Mariñas nos hicieron desternillarnos, pero el programa nos gustaba por las Mama Chicho. Que si Chicho me toca, que si me defiendas...

Había nacido la tele-teta, pero lo mejor estaba aún por llegar. ¿Quién no se acuerda de las chicas Chin Chin de *¡Hay qué calor!*? ¿Y de Jesús Gil conduciendo *Las noches de tal y tal* desde un yacusi rodeado de un harén de bellezas en biquini? Para colmo, colaboraban ¡Benny Hill! y Santiago-Rambo-Urrialde: «¡No siento las piernas, coronel Trautman!».

Nos partíamos la caja con *Al ataque*, de Alfonso Arús, los martes antes de *Compañeros*. De ahí salió una buena recua de friquis: el niño del mechero —«¿Quién ha siooo?, Sole, ¿a que te meto con el mechero?»—, la Pantoja de Puerto Rico, Carlos Jesús —¿O Christopher?—, el cazafantasmas Tristranbraker... Pero para tío raro, el señor Barragán, aquel viejo verde que nos hacía atragantarnos de risa a la hora de comer en *No te rías que es peor*. No tardamos mucho en compararnos los culos de botella que usaba por gafas. En un año vendió más que Tchín Tchín Afflelou en toda su historia. Compartía chistes con Chiquito de la Calzada, el *finstro pecador* era el hombre del momento, y hasta le salió un hijo no reconocido, Crispín Klander. Este personaje fue el debut en la tele de Florentino Fernández en *Esta noche cruzamos el Mississippi*, presentado por Pepe Navarro y su retoño, Pepelu, Paspas.

LOS PRIMEROS REALITIES

«El hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra...». Nos encantaba la cabecera del programa de seguridad vial *La segunda oportunidad*, aquella en la que un coche circula a toda pastilla por una carretera desierta y se estampaba contra un pedrusco enorme en mitad de la calzada... Hoy no te la crees.

Nuestros padres eran muy fans de *Vivir cada día*, que venía a ser el resultado de mezclar *Callejeros*, *21 días* y un dramón más gordo que *Los puentes de Madison*. La verdad es que a veces nos atrapaba la historia, como los culebrones. Porque sí, vimos *Los ricos también lloran*, qué pasa.

Pero el *reality* que causó furor fue *Quién sabe dónde*. Primero Ernesto Sáenz de Buruaga —tengo que hablar con él de esto— y después Paco Lobatón buscaron a gente desaparecida. El caso que todos recordamos es el de Francisco Tojeiro, el señor

gallego que contrataba a menudo los servicios de dos mujeres para hacer la «prespitación» y acababan por echarle «droja en el Cola Cao». Lo que no supimos era quién se había perdido...

Al mismo tiempo, en Telecinco, Julián Lago ponía de moda el polígrafo en televisión, al que se sometieron famosos como Antonia Dell'Atte, el Dioni, Ruiz-Mateos, Jesús Gil... Julián, que en gloria estés, no salía de los tribunales. Tampoco Ana Rosa Quintana, presentando el programa de juicios populares *Veredicto*, mientras José Luis Coll inauguraba los *talk-shows* con *Hablando se entiende la gente*.

Uno de los más vistos fue *Código uno*, con la periodista detective Margarita Landi, con pipa, y el poli de la tele, Manuel Giménez, con pelo blanco. Lo presentaba Arturo Pérez-Reverte:

—Hoy van a ver un programa realmente sangriento, con todo el horror que puedan imaginar y más. Es tan asqueroso que me niego a verlo. Adiós.

Y el tío se levantaba y se iba del plató. Quizá no le gustaba mucho lo que hacía.

LOS DE MÚSICA

El germen de *Operación Triunfo*, *Gente Joven* parió artistas como Francisco, María del Monte y Mecano. Pero nosotros éramos más de *Aplauso*. A finales de los setenta fue nuestra revista musical de los sábados por la mañana. Además de Teresa Rabal, Regaliz, Parchís, Enrique y Ana... por su plató pasaron todos los grupos de la movida: Pecos, ¡ABBA!, ¡los Jackson Five! ¡The Police! ¡AC/DC!... Ah, y en la sección «La juventud baila» conocimos a Miriam Díaz-Aroca.

El relevo lo tomaron *Tocata*, con el que descubrimos cuál era la música que les gustaba a los de octavo... ¡y en el que vimos a los Europe! Más adelante *Rockopop*; y cuando nos peinábamos como Brandon, el mellizo de *Sensación de vivir*, llegaron cuatro chavales con *La quinta marcha*. Solo nos acordamos de dos: Jesús Vázquez y Penélope Cruz. Después nos ponían *Humor amarillo* y *Pressing catch*, así que después de aquella sesión nos íbamos a comer ¡con mucha marcha!

LOS PROGRAMAS EDUCATIVOS

Somos la generación que arrasaba en el Trivial Pursuit, y buena parte de culpa la tienen unos bichos como Petete o MIM, un muñeco de trapo «virtual» de color chicle de sandía que copresentaba con Isabel Gemio el concurso *Los sabios*. Los equipos, padre e hijo, respondían a preguntas de ciencia y realizaban experimentos científicos en el plató. En 3, 2, 1... *contacto*, Sonia Martínez se subía a una buhardilla para jugar también con el Cheminova y nos contaba cómo funcionaba la ciencia. Y ahora, con recortes. Ah, de enseñarnos inglés se encargó un monstruo peludo de color verde: Muzzy. Bueno, o al menos lo intentó. De lo que siempre nos acordaremos es de *Hi*,

I'm Muzzy, big Muzzy.

LOS QUE NOS HICIERON PASAR MIEDO

Ya hemos dicho que el doctor Jiménez del Oso nos hablaba de ovnis y de fantasmas en sus programas *Más Allá* y *La puerta del misterio*, y Chicho Ibáñez Serrador nos mandaba a la cama después de traumatizarnos con las películas de *Mis terrores favoritos*. ¿Cómo pudo este señor ser el padre de la Ruperta? Otras historias que nos daban mucho miedo eran las que nos contaban en *La huella del crimen*, porque además eran casos auténticos.

EL PRIMER PROGRAMA DE SEXO

Las primeras charlas subidas de tono las tuvimos con ella, qué se le va a hacer. En *Hablemos de sexo*, la doctora Ochoa —Anchoa para Martes y Trece— apareció en Televisión Española para eso, y ese mismo año Ángel Casas cerraba sus programas semanales con uno de los primeros estriptis que se recuerdan en la cadena pública: *Un día es un día...*

LOS DIEZ PROGRAMAS DE NUESTRA GENERACIÓN

LA BOLA DE CRISTAL

¿Te imaginas cómo habría sido la EGB sin Maese Sonoro, la Bruja Truca, Maese Cámara o el Hada Vídeo luchando contra la pobreza, la guerra y el capitalismo? ¿Cómo sería nuestro mundo ahora sin la Bruja Avería? Es preferible no pensarlo. Ellos nos enseñaron que solos no podemos, con amigos sí, y nos recordaron que hay que desenseñar a desaprender cómo se deshacen las cosas. Todo lo demás nos importa un vatio.

BARRIO SÉSAMO

La gallina Caponata y el caracol Perejil le compraban también las chuches a Julián, pero no tardaron en marcharse a otro barrio —seguro que no mejor—. Entonces apareció un puercoespín gordo y rosado con cara de despistado que ocupó un pequeño chiscón abandonado... y ahí se quedó unos cuantos añitos, lo que duró buena parte de nuestra EGB.

Enseguida se hizo amigo del panadero, de sus vecinos, los hermanos Ruth y Roberto, de una tal Ana que un día pasaba por allí... y de Don Pimpón. ¿Qué

demonios era Don Pimpón? El caso es que se lo pasaban en grande, todo el día pintando sin parar, «brochazo hacia arriba, brochazo hacia abajo» y «vuelta a empezar». Sin necesidad de tirahuevos ni otros juguetes similares. Aquel erizo es hoy un *must* de nuestra generación.

UN GLOBO, DOS GLOBOS, TRES GLOBOS

La bola de cristal salió de la imaginación de Lolo Rico, pero antes había sido la guionista de *Un globo, dos globos, tres globos*. Cada tarde llegábamos a casa con la lengua fuera para subirnos a ellos y dejarnos llevar muy alto, lejos de las clases, como si fuera el helicóptero de Tulipán. Entre cuentos, poesías de Gloria Fuertes, dibujos y concursos en blanco y negro María Luisa Seco nos presentaba, en la sección «Ábrete Sésamo», a unos tipos de trapo que se nos pegarían como a un velcro el resto de nuestra infancia. Ah, y también aprendimos a decir «Cantidubi dubi dubi, cantidubi dubi da» con el monstruo de Sanzchezstein.

EL GRAN CIRCO DE TVE

Nos abrieron las puertas de su loco mundo desde principios de los setenta hasta 1983, saludándonos al ya eterno grito de «¿Cómo están ustedes?»... «¡Bieeennnnnnn!», respondía España con entusiasmo desde el sofá, dispuesta a disfrutar con los disparatados *sketchs* de cuatro tipos medio divinos y totalmente chiflados: Miliki, Gabi, que era el que ponía el contrapunto de cordura, Fofito y Fofó, que se nos quedó en el camino y fue la primera vez que no lloramos de risa con ellos.

A Miliki, que también nos dejó hace poco, pudimos volver a verle a principios de los noventa con su hija Rita Irasema en *La merienda*, *La guardería* y *Superguay*, en Telecinco, y después, en una nueva edición de *El gran circo de TVE*.

UN, DOS, TRES

Los viernes no hacía falta ni que nos gritaran nuestras madres desde el balcón para que subiéramos a cenar. La Ruperta, la Botilde, el Chollo y el Antichollo, el Boom y el Crack. Kiko Ledgard y Mayra, según la época, fueron los conductores del programa, y don Cicuta y las Tacañonas, el lado oscuro.

A un lado, la azafatas y Kim, siempre Kim. Al otro, los concursantes, amigos y residentes en... Las preguntas y, «por veinticinco pesetas», las respuestas, la eliminatoria, el juego de consolación, la subasta... Ah, y los sufridores. Para entretenernos, Bigote Arrochet —«piticlín, piticlín»—, el Dúo Sacapuntas —«¿que cómo estaba la plaza? *Abarrotá*»—, la Bombi —«y eso duele»... «¿por qué será?»—, Beatriz Carvajal —alias la Pelos y Gafancia—, Eugenio... ¡Ozores! —«¡no, hijo, no!»—. Y hasta aquí puedo leer.

Se acabó *La bola de cristal*. ¡No sin mis electroduendes! Eran lentejas, así que nos tuvimos que enganchar a los dibujos de *Duckula*, a la serie *Alf* y al humor absurdo de dos tarados que nos recordaban a Tip y Coll con hombreras: Faemino y Cansado, que ya habían debutado en el *Un, dos, tres* con un memorable chiste sobre un saltador de trampolín, un águila y unas uñas de los pies. Las pruebas de habilidad sobre patines las presentaba Miriam Díaz-Aroca embutida en ceñidas mallas o trajes de fiesta, a lo chica Martini. Aquello terminó por convencernos.

SABADABADÁ

A alguien se le pasaron las ganas de amargarnos el fin de semana con *Pista libre* y llegó *Sabadabadá* con Mayra Gómez-Kemp, Torrebruno y sus tigres y leones, la tía Josefina, que comía los filetes con cuchara, la marioneta Horacio Pinchadiscos... Después lo pasaron a los jueves por la tarde y se llamó *Dabadabadá*, y más tarde *El Kiosko*. Lo presentaba Verónica Mengod y Paco Micro, antes Horacio. Se pasaba el programa intentando ligar con la «pelipeqirroja» presentadora.

EUROVISIÓN

A través de la caja tonta hemos vivido la boda de lady Di, la explosión del Challenger, el debut de Paquirrín sobre las tablas junto a la Pantoja, el «Yo te pego, leche» de Ruiz-Mateos... Pero si había un acontecimiento que reunía a toda la familia en torno a la Telefunken, ese era Eurovisión. No el festival de la OTI, no, ese era como de segunda división. Nos referimos al de José Luis Uribarri.

Sí, solo existía Televisión Española, no nos quedaba otra, pero aquel *talent show* se convirtió en casi una cuestión de Estado. Que no nos votara Francia era previsible después de volcar nuestros camiones de tomates en la frontera, pero que no lo hiciera Portugal era una afrenta, y nuestros padres cancelaban los planes de veranear en el Algarve. Para una vez que íbamos a salir de España...

LAS NOCHEVIEJAS

Después de asistir al estreno de la última superproducción publicitaria de Freixenet, antes de las campanadas, y después de resolver la incógnita de cuál sería el primer anuncio del nuevo año, que también era un acontecimiento, daba comienzo una bacanal de matasuegras, confeti y lentejuelas. Nosotros, que aún no estábamos para cotillones, arrampábamos con la bandeja de turrón y nos pegábamos a la pantalla, porque en los programas especiales de Nochevieja siempre pasaba algo de lo que todo el mundo hablaría el resto del año. Como cuando una tal Sabrina debutó en

nuestras vidas con aquel «desbordante» tema: *Boys, boys, boys*. Nuestras madres nos miraron de reojo, confiando en que no nos hubiéramos dado cuenta del pequeño descuido de aquella señorita. Ingenuas... ¡Si hasta se nos había atragantado el mazapán!

Esas noches nos dejaban quedarnos hasta las mil. Aquella fiesta tenía muchos invitados, la mayoría fijos: Raphael, Francisco, Mecano, Miguel Bosé, Juan Pardo, José Luis Perales, La Década Prodigiosa, Mari Carmen y sus muñecos, José Luis Moreno y los suyos, Eloy Arenas, Gila, Arévalo, Juanito Navarro, Tip y Coll... Durante unas cuantas Nocheviejas los anfitriones fueron dos señores con unos tics raros que eran divertidísimos, y tontería que decían, tontería que después repetíamos hasta la saciedad. Martes y Trece nos hacían entrar en el nuevo calendario con el pie derecho y la sonrisa en todo lo alto.

PRESSING CATCH

Aprendimos a hacer un piquete de ojos y vimos el mítico combate entre Hulk Hogan y el Último Guerrero. Solo por eso no puede faltar en esta lista. El hombre del millón de dólares, los Sacamantecas, el Enterrador, André el Gigante, Terremoto Earthquake... ¿Con cuál ibas?

AQUELLAS MARAVILLOSAS SERIES

LAS DE NUESTROS PADRES

Siempre ha habido malos, pero estos se pasaban. *Dallas* nos tuvo en vilo con las intrigas de la familia Ewing. JR era el hijo mayor, y su maldad y avaricia no conocía límites. Todo por el puñetero petróleo. ¿Recuerdas quién le disparó a bocajarro? ¿Y al pánfilo de Bobby, que resucitó de entre los muertos? Fue la primera de una serie de culebrones estadounidenses de giros argumentales imprevisibles, lujo y luchas de poder. En *Dinastía*, que tuvo una escuela, *Los Colby*, también había negocios petrolíferos por medio. Krystle Carrington contra Alexis Carrington. Linda Evans contra Joan Collins. Rubia contra morena. Buena contra mala.

Y cuando no se mataban por el petróleo lo hacían por el vino. *Falcon Crest* es el nombre de la finca de la familia Channing, enfrentada a los Gioberti por un asunto de lindes de sus viñedos californianos. La mala malísima aquí era Ángela Channing, de la que no se fiaba ni Chu-Li, su criado chino. Y eso que sabía karate.

¿Y Falconetti? Con aquel parche en el ojo que le daba un aspecto aún más siniestro, el sicario de *Hombre rico, hombre pobre* se convirtió en el hombre del saco

de la EGB, y nuestras madres nos amenazaban:

—Como no te lo comas viene Falconetti y te lleva.

O nos comparaban con él:

—Ese niño es más malo que Falconetti.

Otras miniseries que engancharon a nuestras madres fueron *El pájaro espio* y *Norte y sur*. La primera es la historia de un sacerdote dividido entre su vocación y una jovencita llamada Meggie Carson, aunque lo que realmente las cautivó fue Richard Chamberlain, el que hacía de pájaro. La segunda, la historia de dos amigos que se conocen en la mili y después se ven divididos por la guerra de Secesión norteamericana. Uno de ellos fue Patrick. Sí, Swayze.

Y por supuesto, los otros culebrones. El primero fue *Los ricos también lloran*, la historia de una cenicienta que da con sus huesos de sirvienta en la familia Salvatierra y acaba enamorándose del primogénito, Luis Alberto, del que su madre no conseguía hacer carrera. Pero el bum llegó con *Cristal* y, pos supuesto, Luis Alfredo, que para nuestras madres estaba cañón. Contaba la historia de una pobre huerfanita que comienza a hacer sus pinitos en la agencia de modelos de Victoria Ascanio, a la sazón madrastra del tal Luis Alfredo, del que nuestra prota se enamorara, pero él está prometido con una tal Marion... Así empezaba. Les siguieron otros como *Gabriela*, *Doña Beija*, *Caballo viejo*, *Topacio*, *Rubí*, *Abigail*... Pero como las primeras, ninguna.

Todas estas series nos parecían divertidas e incluso las seguíamos, aunque no lo reconocieramos. Pero había otras con las que nos entraban hasta ganas de irnos a nuestra habitación a estudiar, como *Crónicas de un pueblo*, *Los gozos y las sombras*, *Fortunata y Jacinta*, *La Barraca* y *Anillos de oro*, que trataba de un bufete de abogados que llevaban casos de divorcio. Se acababa de legalizar en España y aquello fue toda una revolución, pero para nosotros era un auténtico rollo. Porque para abogado divertido, Juan Echanove en *Turno de oficio*, que se estrenó tres años después. Nos daba la risa tonta con el mote de su personaje: Pedete Lúcido.

LAS QUE VEÍAMOS EN FAMILIA

Los Roper, *spin off* de *Un hombre en casa*, aquellos vecinos entrometidos y gorriones —«¿Has visto a Thomas?», «¿Qué Thomas?» «Un whisky, gracias... jeje»—, su *remake* americano *Apartamento para tres*... En los setenta las *sitcoms* hogareñas también funcionaban. *Enredos* contaba la historia de dos familias, los Campbell, humildes, y los Tate, forrados, en una ácida parodia de los culebrones americanos de la época tan gamberra como *La que se avecina*. *Con ocho basta* fue un poco más ñoña, con la típica moralina final de cada episodio que tanto gusta a los yanquis.

El clan de los Ingalls echó a los Cartwright —*Bonanza*— de su rancho catódico,

aunque no perderíamos de vista a Michael Landon, el cabeza de familia de *La casa de la pradera*. Regresaría con *Autopista hacia el cielo* convertido en un querubín de pantalón vaquero de cuello alto que se hacía más kilómetros que Willy Fog para recorrer el país de costa a costa obrando milagros. No importaba la edad o el sexo, la lágrima estaba asegurada.

Ya en los ochenta, *La hora de Bill Cosby* inauguró la moda de series de familias afroamericanas a la que se sumaron dos inquietantes pequeñajos como *Webster* y *Arnold*, *El príncipe de Bel-Air...* y *Cosas de casa*. Y así es como Urkel entró en nuestras vidas.

Con las cadenas privadas surgieron las primeras *sitcoms* nacionales modernas: *Los ladrones van a la oficina*, *Canguros*, *Hermanos de leche*, *Ay, Señor, Señor*, con Pajares y el debut de Javier Cámara, y por supuesto, *Farmacia de guardia*.

Sin salir del gremio, Emilio Aragón se puso la bata de *Médico de familia* y durante cuatro años el clan de los Martín fue el tema de conversación en ambulatorios, mercados y patios de colegio. Ninguna ganaría un Emmy, pero nos lo hicieron pasar pipa.

LAS DE POLICÍAS, DETECTIVES Y AGENTES SECRETOS

Éramos fans de esos personajes de gabardina gris y sombrero de ala ladeado, como Colombo, y bigote, como Mike Hammer, y de esos hombres que velan por la justicia en las calles, como los de *Canción triste de Hill Street* y *Brigada central*, o de polis como el teniente Teo Kojak, el de los chupa-chups rojos con chicle dentro. *Pepe Carvalho*, *Starsky y Hutch* y *Los ángeles de Charlie* eran las preferidas de nuestros padres, pero tenían dos rombos y nos mandaban a la cama a la voz de ¡Ar!

Solo nos dejaban ver *Remington Steele*. Nuestras madres fundaron un club de fans de Pierce Brosnan, aquel falso detective que resolvía casos a las órdenes de Laura Holt, que era la que de verdad sabía. Después se convirtieron en *groupies* quinceañeras de Don Johnson, Sonny Crockett, aquel chulazo con trajes de lino que luchaba contra la *Corrupción en Miami* con su inseparable compañero Ricardo Tubbs.

Y es que los dúos siempre han funcionado. En la agencia de detectives *Luz de luna* uno de los ingredientes era la tensión sexual entre los dos protagonistas, Cybill Shepherd y un actor idéntico a Bruce Willis pero con pelo. A nosotros nos hacía gracia su secretaria, la señorita Topisto. Era igualita a Cañizares, de *Cámara café*. Y luego estaban los que iban a su aire, como la parodia de James Bond, el *Superagente 86*, o Jessica Fletcher en *Se ha escrito un crimen*. Sería la abuela perfecta que todos hubiéramos querido tener de no ser gafe. Allá donde iba, asesinato al canto. ¿No te parecía bastante sospechoso?

Nos imaginábamos en selvas impenetrables con Sandokán, o perdidos en la sabana con Orzowei, la versión perroflauta de *Tarzán*. Lo mejor era la música: «Orzo-wei, laralalaralalá...». Alucinábamos con los paisajes futuristas de *La fuga de Logan*, *Star Trek*, *Galáctica*, *Enano rojo*... En aquellas series todo el presupuesto se iba en licra y papel de aluminio.

Otra que nos encantaba era el *Planeta de los simios*. ¿Un futuro apocalíptico en el que los monos dominan el mundo? ¡Eso era genial! En la categoría de bichos peludos también está *Alf*, un marciano come gatos y narizotas que a diferencia de ET no demostraba demasiado interés por volver a su casa, y *Bigfoot y los Henderson*, otro que se instaló en la de los susodichos y no se marchaba ni con agua caliente. Y nuestras madres que nos decían que no querían un perro en casa...

Pero si hubo una disparatadamente fantástica esa fue *Un médico precoz*, que narra la vida de Doogie Howser, un médico ¡de solo catorce años de edad!, que tenía tiempo para estudiar, hacer guardias, aguantar al cansino de su amigo Vinnie Delpino, obsesionado con las chicas y las camisas estampadas, y escribir un diario antes de irse a la cama en un Word de los antiguos. Aquello sí que no había quién se lo creyese.

LAS DE ACCIÓN Y LAS DE SUPERHÉROES

En la calle jugábamos a ser los hombres de Harrelson, el equipo A o MacGyver. También queríamos ser como David Hasselhoff. De mayorcitos envidiábamos su papel de Mitch Buchannon —el nombre mola, ¿eh?—, por eso de estar todo el día en la playa con Pamela Anderson y Carmen Electra. De canijos porque soñábamos que nuestra bicicleta fuera KITT. *El coche fantástico* inició una saga de vehículos con superpoderes. *El halcón callejero* era la historia de un llanero solitario sobre dos ruedas que se quedó en gorrión. Duró una temporada. ¿Y aquel helicóptero, *El trueno azul*, que no llegó a pedorreta? Era mucho mejor el artefacto de la serie *El profesor Poopsnagle y el autobús volador*, ese «que todos decían que nunca volaría... Bum-bum, chaca-chaca, bim-bam bing, esta es la canción que cantamos para ti». Qué recuerdos.

Para superpoderes los de *La Superabuela*, *El gran héroe americano* y *El increíble Hulk*. Lo único malo de esta serie era cuando el doctor Bruce Banner se transformaba en aquel mostrenco de color verde sofá de escay: daba grima mirarle a los ojos. Los *Power Rangers* no calaron mucho, pero les perdonamos porque nos recuerdan a Parchís.

Pero para héroe de infancia, el Robin Hood de la serranía de Ronda, *Curro Jiménez*. Nos pilló bien pequeños, y eso nos marcó, sobre todo a más de uno que se quedó con el mote de Algarrobo —el fiel escudero de maneras algo primitivas— para

toda la vida.

LAS NUESTRAS

La bola de cristal nos trajo dos de las series que recordamos con más cariño, quizá porque éramos más tiernos que el Bimbo: *Los Monsters* y *La pandilla*. También nos parecía muy entrañable el profesor Shorofsky, que enseñaba música a Leroy y Danny Amatullo en *Fama*. Su muerte nos dolió, aunque no tanto como la de Chanquete. Ya teníamos callo.

Punky Brewster fue una versión pija de Pippi Langstrumpf. Una pijipi, vamos, pero muy mona. Ahora más. Algo parecido nos pasaba con *Blossom*, menos agraciada pero de esas que te ganan por simpatía. Todos esperamos que la siga conservando, porque le dio por estudiar y la vemos ahora en *Big Bang Theory* algo descuidada. Según cuenta Internet no siguió el método de Laly Ruiz, aquella señora de edad madura y aspecto apacible que sustituyó a Eva Nasarre en las clases de aeróbic matutinas de nuestras madres.

También las hubo que nos iban preparando para convertirnos en personas. «Crecer sucede en un latido. Un día estás en pañales, al siguiente ya no estás aquí». Era del último capítulo de *Aquellos maravillosos años*, que fue el *Cuéntame* de los americanos. Después nos dejaron fisgonear en *El diario secreto de Adrian Mole*, un adolescente inglés clavado a Harry Potter que tenía por costumbre comprobar cada día el tamaño de su miembro viril y anotar la evolución en una gráfica.

Y no podemos olvidar, aunque quisiéramos, las series de nosotros, los chicos, llegamos a odiar con toda nuestra alma. Eh, chicas, estamos aquí... Y ellas a su rollo, babeando por Mike Seaver —*Los problemas crecen*—, Zack Morris y Slater —*Salvados por la campana*—, Dylan y Brandon Walsh —*Sensación de vivir*—... ¿Y nosotros qué hacíamos? Imitar aquellos flequillos, apuntarnos al gimnasio, dejarnos patillas... Ahora revisamos aquellos looks noventeros y pensamos: ¿estaba loco o qué?

La cosa no se detuvo ahí. *Melrose Place*, la secuela aburrida de *Sensación de vivir*, no les fue suficiente. Aún tenían huecos libres en sus carpetas para los chicos del instituto Siete Robles, de *Al salir de clase*, y para el rebelde-porque-el-mundo-me-ha-hecho-así de *Compañeros*, un tal Quimi. Claro que a nosotros quien nos gustaba era Valle, y todas se dejaron aquel peinado hachazo-en-mitad-de-la-cabeza con dos mechas rubias a ambos lados. Fue nuestra venganza, porque las únicas aventuras de instituto que nos gustaban eran las de *Parker Lewis nunca pierde*. ¡Sincronicemos relojes! Y tirábamos del flamante Casio con emisora de radio.

LAS DIEZ SERIES DE LA EGB

VERANO AZUL

Junto a Tito, Bea, Javi, Pancho, Piraña, Quique, Desi y Julia lloramos a lágrima viva con la mítica frase «¡Chanquete ha muerto!». Y cuando la repusieron poco después, otra llorera. ¡Y lo que nos costó comprender que era el personaje y no el actor el que había fallecido! Más momentos emotivos: cuando impidieron el desahucio de su hogar con aquel «¡Del Barco de Chanquete, no nos moverán!». De total actualidad, como los bañadores turbo de la época.

PIPI LANGSTRUMPF

Una niña con una fuerza sobrehumana, que vive sola en su casa sin tener que dar explicaciones a nada ni a nadie, con un caballo y ¡un mono! como mascotas, con un padre pirata que aparece entre aventura y aventura en alta mar. En resumen, aquella pelirroja pecosa vivía la infancia que todos queríamos tener.

V

Extraterrestres reptilianos ocultos bajo una apariencia humana que llegan a la Tierra en son de paz, ofreciendo su tecnología a cambio de determinados productos químicos. Hasta aquí, todo correcto. Hasta que el reportero Michael Donovan descubre sus verdaderas intenciones: acabar con toda el agua de la Tierra y utilizar a los humanos como fuente de alimento. Hasta que eso ocurriese les bastaba con comer tarántulas, palomas y, sobre todo, los ratones que engullían sin masticar. Hasta hicieron chucherías con forma de roedor y nos gustaba imitar a la comandante Diana. Pero por muy malvados que fuesen, ¿quién no forraba su carpeta con fotos de la líder alienígena? Bueno, ellas lo hacían con Donovan y, sobre todo, con el guaperas de la chupa de cuero, Kyle.

EL COCHE FANTÁSTICO

David Hasselhoff saltó a la fama con esta «trepidante aventura de un hombre que no existe en un mundo lleno de peligros» en la que interpretaba a Michael Knight. El caso es que el tal Michael es traicionado por un antiguo socio y está a punto de morir. Se despierta en una cama de hospital y no solo le han cambiado la cara sino que además tiene que trabajar para la Fundación para la Ley y el Orden. Al final le convencen porque le daban coche de empresa, KITT, que encima hablaba, y a partir de entonces se convierte en «un joven solitario embarcado en una humilde cruzada para salvar la causa de los inocentes, los indefensos, los débiles, en un mundo de

criminales que operan al margen de la ley». Su jefe directo es un tal Devon Miles, que viaja a bordo de un tráiler taller donde cada vez que KITT sufría un pinchazo o le daban un golpe por detrás había una guapa mecánica enfundada en un mono de trabajo ajustado que lo reparaba.

EL EQUIPO A

Era escuchar aquella voz en *off* que abría cada capítulo y saborear la adrenalina en nuestra boca: «En 1972, un comando compuesto por cuatro de los mejores hombres del ejército americano...». La menta fría de Hannibal y su puro, M. A. Barracus y su miedo a volar, Murdock y sus locuras y el guaperas de Fénix. Estos soldados de fortuna eran en realidad un grupo de mercenarios de la justicia por cuenta propia al tiempo que eran perseguidos por medio país. Y el argumento funcionó. Solo nos defraudaron las últimas temporadas, cuando aceptaron una amnistía a cambio de hacer unos trabajitos para el Gobierno y cambiaron los actores que doblaban a nuestros personajes. ¡Ese no era Hannibal!

MACGYVER

Era lo que se llama un «manitas». Con un chicle, una cuerda, un mechero y un tubo te construía la máquina de matar perfecta. Lo que nos preguntábamos era por qué los malos siempre le recluían en un almacén de herramientas: ¡aquello era cavar su propia tumba! Le envidiábamos. Y además, era resultón, con lo cual ellas le veían como el marido perfecto. Ya no haría falta nunca más llamar al fontanero.

VACACIONES EN EL MAR

Historias de amor entrelazadas y pasadas por agua que siempre tenían un final feliz. Duró tanto que nos dio tiempo a ver crecer a la hija del capitán Stubing, a la que su padre enchufó después como relaciones públicas del barco. El médico era el ligón del grupo, y el papel del gracioso corría a cargo del camarero, Isaac Washington, que se hizo tan popular que grabó el anuncio de Trina piña colada: «Del Caribe la traigo yo».

EL GRAN HÉROE AMERICANO

Ralph Hinkley fue un superhéroe atípico. Torpe por naturaleza, le costaba Dios y ayuda controlar el traje de superpoderes que le regalaron unos extraterrestres. Era el Pepe Viyuela del catálogo de estos semidioses. Había perdido el manual de instrucciones, así que era lo que se podía llamar un superhéroe en prácticas al servicio del agente del FBI Bill Maxwell, que por cierto se daba un aire a George Bush. La

Lois Lane era aquí la guapa Pam Davidson, a la que daba vida Connie Selleca. Nos sonaba su cara de verla en *Hotel*, una serie que veían nuestros padres. El caso es que muchos no recuerdan esta serie... hasta que les tarareas la canción: «Güilibinona aaaahh guoquinoné...».

TWIN PEAKS

A los pipiolos de la generación EGB nos mandaban a la cama cuando empezaba la sintonía —por lo de las pesadillas—. La emitían los jueves por la noche y la promocionaban a todas horas. Laura Palmer aparecía muerta en un pueblo de montaña y había un montón de sospechosos, a cual más raro. Todos nos preguntábamos quién la mató, pero no estamos seguros de que al final nos enteráramos. Aquello era como un Cluedo en el que todas las pistas eran falsas.

KUNG FU

¿Quién no recuerda al Pequeño saltamontes? Sus andanzas por Estados Unidos, a lo largo de tres temporadas, nos mostraron las claves del taoísmo a golpe de frase profunda. El argumento, un monje shaolín que huye de China tras matar al sobrino del emperador y es perseguido en su refugio de Estados Unidos por unos cazarrecompensas, era lo de menos. Lo de más: las enseñanzas del maestro Po, el ciego, y la cara de sieso de David Carradine, que luego sería el Bill de *Kill Bill* y moriría en extrañas circunstancias en un mote del Bangkok en un juego erótico seguramente muy poco taoísta.

LOS DIBUJOS ANIMADOS

Sí, aún nos siguen gustando, nos da igual que nuestros padres piensen que continuamos siendo unos inmaduros. Ellos no lo entienden. Hemos visto vemos *Los Simpsons*, *Futurama*, *Padre de familia*, *Bob Esponja* y uno de nuestros últimos descubrimientos, el surrealista mundo de *Hora de aventuras* que habitan Jake el perro y Finn el humano. ¿Que por qué nos gusta? Porque está muy locos y porque la química entre los dos colegas funciona como un tiro.

Es la misma fórmula con la que han triunfado cantidad de personajes de animación de la EGB: Scooby Doo y Shaggy, los Sherlock y Watson caninos, Pedro Picapiedra y Pablo Mármol, Leoncio el León y Tristán, Pepe Pótamo y Soso, Capitán Cavernícola e hijo, Yogi y Bubu, Pierre Nodoyuna y Risitas en su auto loco... También funcionaban los que tenían su antihéroe, pero ahora preferimos a Tom, el

Coyote y Silvestre antes que a Jerry, el Correcaminos y Piolín. Y antes que con Pixie y Dixie nos quedamos con el gato Jinks, que además era *andalú* —«¡Marditos roedore!»—. Y por supuesto, nos declaramos fanáticos del Pato Lucas, uno de los personajes animados más ácidos, malhumorados y divertidos que hemos visto y al que, por supuesto, también todo le salía al revés. Malditos productos Acme...

Otros que se dejaban querer a esas horas eran Calimero, la Gata loca —enamorada perdidamente del ratón Ignacio, que la correspondía a ladrillazos—, Pepe L'Amour, el Pájaro loco, el pingüino friolero Chilly Willy, la Hormiga atómica, don Gato, súper Ratón, las urracas parlanchinas, Speedy González... O los clásicos Disney: Mickey Mouse, el Pato Donald, Pluto, Goofy. Son los dibujos que devorábamos al mismo ritmo que la merienda nada más regresar del colegio en aquella época en que la televisión, a partir de las cinco de la tarde, era solo para nosotros.

Con las nuevas cadenas desembarcaron en nuestras pantallas unos cuantos héroes japoneses: los caballeros del Zodíaco, Son Goku y sus siete bolas de dragón... y Chicho Terremoto, aquel gamberro de medio metro enamorado de Rosita, obsesionado con las braguitas blancas y muy fan de pareados como «Aquí te espero, comiendo huevos, patatas fritas y un pomelo».

Las sobremesas de los sábados y los domingos eran citas a las que no podíamos faltar. *Comando G*, *Mazinger Z*, *El osito Misha*, *Naranjito*, *Sport Billy*, *Ulises 31*, *Ruy*, *el pequeño Cid*, *Don Quijote de la Mancha*, *Heidi*, *Marco*, *Jackie y Nuca*, *Willy Fog*, *La pequeña Lulú*, *D'Artacan y los tres mosqueperros*, *Los Ewoks*, *David el Gnomo*, *El inspector Gadget*, *Los Diminutos*, *Los Snorkles*... Otras como *Los Trotamúsicos* o *La hormiga Fredy* no eran precisamente dibujos de la Disney, pero ¿quién no se acuerda de Pincho, Gazpacho o Mochilo, aquellas frutas y hortalizas con patas de *Los Fruitis*? ¿Y de «ñam-ñam» Poti Poti y Gallofa, aquellas marionetas feístas de *Los Aurones*?

Por las tardes seguía la diversión con *Los pitufos*, *La aldea del Arce*, *Banner y Flappy*, *Mi pequeño pony*, *Los osos amorosos*, *Los osos Gummi*, *Los Wuzzles*, *Vickie el vikingo*, *Pumuky*, *He-Man*, *Las Tortugas Ninja*, *La Pantera Rosa*... O las marionetas que vivían en las cavernas de *Fraggle Rock*, unos extraños seres con mucha vida interior y una irresistible adicción a zamparse las construcciones de unos diminutos albañiles de color verde, los curris.

O algunas de las favoritas de las niñas, como *Candy Candy* o *Dos fueras de serie*, la de Juana Hazuki y Sergio, dos enamorados unidos por el voleibol y una técnica ultrasecreta: el ¡superataque! A nosotros nos impactó *Campeones*. ¿A que alguna vez intentaste hacer la catapulta infernal de los hermanos Derrick? Vale, no te saldría, pero tampoco necesitabas una semana para cruzarte el patio del recreo y llegar a la portería contraria.

LAS DIEZ SERIES DE DIBUJOS ANIMADOS

MARCO

El padre de Marco atiende a los más pobres en un hospital de beneficencia en Italia y el sueldo no da para mucho, por lo que su madre decide emigrar a Argentina un tiempo para trabajar. Ante la falta de noticias, el pequeño, ni corto ni perezoso, hace el hatillo y con su mejor amigo, el mono Amedio, decide cruzar el Atlántico para encontrarla. Al final lo consigue, recurriendo en cada episodio a la consabida pero efectiva estrategia de provocar lástima combinada con la técnica del primate en el hombro para ligar. Una serie que nos dejó más traumatados que *Bambi*, que ya es decir.

HEIDI

Heidi es una huerfanita al cuidado de su tía hasta que esta tuvo que marcharse a trabajar a la ciudad, por lo que la pequeña se queda incomunicada entre aquellas montañas con su severo y poco hablador abuelo. Y si aún nos quedaba alguna lágrima sin derramar, aparecía Clara, una niña en silla de ruedas que lleva una vida de encierro bajo la tutela de la inflexible señorita Rottenmeyer. Lo curioso es que en nuestra memoria siempre aparece la imagen de aquella niña de mejillas sonrosadas saltando feliz por el campo con su perro Niebla en plenos Alpes suizos. La procesión iría por dentro.

ÉRASE UNA VEZ...

Tuvo multitud de secuencias dado su éxito: *Érase una vez...* el hombre, el espacio, la vida, las Américas, los inventores y los exploradores. Conocimos la historia, el cuerpo humano o el espacio a través siempre de los mismos personajes: el viejo maestro barbudo, Pedrito, Flor, el gordo, Kira... y los malos, que ya podían ser un glóbulo, un indio centroamericano o la Edad Media en su conjunto que siempre estaban ahí para fastidiar como único *leitmotiv*. Tenían la nariz como un pimientito, lo que suele indicar problemas de salud.

DAVID EL GNOMO

Durante las excursiones al campo, mientras muchos niños buscaban gamusinos, algunos de nosotros nos escondíamos detrás de un árbol, muy quietos y callados por si les veíamos aparecer. O quizá a Lisa o incluso a Swiff, el zorro que nuestro barbudo héroe utilizaba como transporte. Aprendimos a cuidar el medio ambiente, a odiar a los trolls y a besarnos restregando las narices, pero nunca entendimos cómo

podían ser siete veces más fuertes y ¡más veloces! que nosotros.

DRAGONES Y MAZMORRAS

Hank, Presto, Diana, Eric, Sheila y Bobby montan en la atracción que daba el nombre a la serie y aparecen por arte de magia en un reino de fantasía del que solo podrán volver con la ayuda del amo del calabozo, que les otorga unos poderes muy especiales. «A ver, tú el bárbaro, tú el arquero...; tú, acróbata... el mago... y venga, para ti el caballero». Aun así, lo tienen más difícil que ET para regresar a casa, sobre todo por el empeño del señor del Mal en aguarles la fiesta. Era más malo que todas las brujas malas juntas.

LA PANTERA ROSA

Como su propio nombre indica era una pantera de género masculino a pesar de su color rosa Barbie. Inteligente pero algo patosa, no hablaba por no pecar, pero siempre desquiciaba al abnegado inspector Clouseau. Se daba cierto aire a Bugs Bunny, solo que en lugar de zanahorias se llevaba a la boca un cigarrillo con boquilla francesa. Era un dibujo animado con mucho *glam*.

LA ABEJA MAYA

Otra de animales. Willy es un zángano con todas las de la ley que no se baña porque el agua está mojada. Flip, un grillo con frac y sombrero de copa que, como a su célebre colega Pepito, le encanta ir dando lecciones de moralidad. Tecla, una araña que nos recordaba a doña Rogelia. Y qué decir de Maya: una encantadora abeja que vive en un país multicolor incitando a todos sus habitantes a vivir mil y una aventuras.

FÚTBOL EN ACCIÓN

La caja tonta, que en aquellos años la verdad es que era superdotada, calentaba motores de cara al Mundial del 82. La sobremesa de los sábados nos enganchamos a esta serie protagonizada por nuestra mascota más universal, Naranjito, que mientras desgranaba la historia de los mundiales se corría unas buenas aventuras con su novia Clementina y sus amigos Citronio e Imarchi, un robot con una televisión en la barriga. Zruspa, el malo, tenía cara de Fu Manchú y era peor que un virus de *Érase una vez la vida*, aunque, a la hora de la verdad, daba menos miedo que la selección de Malta.

MAZINGER Z

Sigue suscitando acalorados debates entre los que ahora rondan los cuarenta años. Por ejemplo, en un hipotético duelo, ¿quién ganaría, Mazinger Z o Godzilla? Y otra cuestión de alcance. ¿Es cierto que Afrodita, su amiga robot, dijo alguna vez aquello de «Pechos fuera»? No hay una respuesta concluyente, pero al parecer se trata de una leyenda urbana. Lo que está claro es que a Mazinger le faltaba tiempo para sacar a pasear sus puños. Y cualquiera le tosía, con sus casi veinte metros de altura y sus ojos con rayos láser.

BOLA DE DRAGÓN

Como *Dinastía*, pero en dibujos: infinita. Son Goku, en su búsqueda de las siete bolas de dragón, se enfrenta a todos los megamonstruos posibles por ser el más fuerte. Lo curioso es que los villanos más terribles, cuyas peleas duraban más que un partido de *Campeones*, poco después eran ninguneados por cualquiera, como Vegeta y Piccolo. Si tratábamos de evitar que el abusón del cole nos robara el bocadillo con la técnica de la onda vital, acabábamos perdiendo también los gusanitos y los cromos, y nos íbamos a casa con un nuevo mote: el friqui.

LOS ANUNCIOS QUE RECORDAREMOS SIEMPRE

El hombre de la tónica Schweppe, el mayordomo de Tenn... Vinieron para quedarse, como todos los anuncios que permanecerán para siempre en nuestra memoria más profunda. Apenas rascamos un poco, aparece un señor con traje que aseguraba ser director general de Camp y estar muy orgulloso de Colón fórmula extra, y hasta se permitía el lujo de darnos un consejo para movernos en la vida. Sí, ese de «Busque, compare, y si encuentra algo mejor...».

Y es que aprendimos mucho durante los intermedios. Por ejemplo, a compartir: «tú el Pronto y yo el paño». También que «en las distancias cortas es donde un hombre se la juega», y que para enamorar a la chica del cole que nos gustaba lo mejor era un diamante, que es para siempre. Pero no nos llegaba la paga y como mucho podíamos ofrecerle una Chiquilín, que era nuestro particular estudio o trabajas. O regalarle su primera colonia, Chispas. O sorprenderla con ese juego de manos que no dejábamos de practicar frente al espejo: «¿Qué-es-eso? Eso-es-queso».

En las distancias cortas es donde un hombre se la juega, pero no eras precisamente el primo de Zumosol, y si nos rechazaba corríamos el riesgo de quedar como unos payasos de Micolor. No importaba. Si la chica nos daba calabazas, nuestra autoestima no se vería lastimada, porque alguna vez habíamos escuchado eso de que «el hombre y el oso...».

Nos íbamos haciendo mayores, y cambiaban los gustos. En la carta de los Reyes ya no cabía el Scalextric: queríamos ser Jacks, el más buscado. Y cuando soñábamos con una chica siempre era rubia, montaba a caballo y olía a limones del Caribe, como el desodorante Fa que se usaba en casa. La chispa de la vida, que no había hecho más que comenzar...

CAPÍTULO 9

CÓMICS Y LIBROS



Salíamos del cole, aparcábamos los libros y arrancábamos en un pispás el coche fantástico de los cómics y las novelas de aventuras. Todavía creíamos que el de superhéroe era un oficio como otro cualquiera, y, claro, había que familiarizarse con sus hazañas para aprobar con nota la oposición a Superman.

LOS MANOSEADOS CÓMICS

Ahora los coleccionamos como piezas de museo —«no nos los cambies de sitio que luego no los encontramos»—, pero antaño fueron objeto de tantos sobes y manoseos que los colores acabaron por amarillear y por demacrarse sus portadas. Daba igual. *Don Miki*, *Copito*, *Pulgarcito*, *Mortadelo Especial*, *Súper Zipi y Zape*, *Pumby*, *Tío Vivo*, *Guay* o *Súper Humor* —aquellas recopilaciones de tapa dura que sacó Bruguera y recuperó más tarde Ediciones B—. Con ellos nos pasaba lo mismo que con los muñecos, que cuando más viejos y mutilados estaban más los queríamos. ¿Cómo no, si nuestros amigos de dos dimensiones nunca nos fallaban?

Los devorábamos en cuanto caían en nuestro poder y, como la paga no llegaba para más, los cambiábamos por otros en las tiendas de chuches... ¡y voto a bríos que nos engañaban! O, por lo menos, siempre salíamos de allí con cara de «gato por liebre». ¡Cuántos de nuestros cómics favoritos no se perderían en esos trueques!

LOS CÓMICS DE TERROR

Los especímenes que se asomaban a las portadas de *Creepy* —el tebeo de terror favorito— eran al hombre del saco lo que Drácula a la Cenicienta. Todos los meses esperábamos nuestra ración de sustos de la mano del sello Toutain, un pionero de las historietas de horror patrio. Había algo prohibido en el ritual de asomarse a aquellas páginas repletas de vampiros, asesinatos y casas encantadas. ¡Menudo morbo! ¡Y qué decir cuando aparecía *Vampirella*! Lo mejor era leerlos por la noche, cuando aullaban los muebles de la cocina y tras una sesión doble de *La profecía* y *Al final de la escalera*.

Hubo otras experiencias con el más allá gracias a revistas como *1984* y *Zona 84* —más centradas en la ciencia ficción— o *Ilustración + Comix Internacional*, donde leímos *The Spirit*. Todavía hoy se nos pone la carne de gallina cuando recordamos aquellas pesadillas de nuestra infancia...

LOS PERSONAJES FAVORITOS DE LOS CÓMICS

El botones Sacarino, Sir Tim O’Theo, la abuelita Paz, el profesor Tragacanto, Agamenón, Carpanta, doña Urraca, las hermanas Gilda, el tío Vázquez, Tete Cohete... Podríamos hablar de todos ellos, pero entonces tendríamos que dejar la radio para escribir otro libro.

MORTADELO Y FILEMÓN

Hijos de Francisco Ibáñez, en sus viñetas había más detalles y escorzos que en un cuadro barroco. Eran al espionaje lo que Pajares y Esteso al fino humor británico, y apuesto a que los disfraces de Mortadelo no se les ocurrirían ni a una reina del carnaval bajo los efectos del ácido lisérgico. En 2013 cumplen cincuenta y cinco tacos y, sin bótox ni nada, están hechos unos chavales. Ni el Súper ni el Bacterio han conseguido aún darles caza en la última viñeta.

ZIPI Y ZAPE

Aunque vieron la luz a finales de los años cuarenta de los lápices de Escobar, seguían siendo igual de capullos y traviesos cuando los conocimos. De alguna manera eran el espejo en que nos mirábamos, si bien ellos siempre nos superaban y las liaban mucho más gordas, y sí, nuestros padres eran clavaditos a don Pantuflo Zapatilla y a doña Jaimita Llobregat, y nos daban un trozo de pan con cuatro onzas de chocolate para merendar. ¡Si hasta el profesor de Lengua tenía la panza de don Minervo! Lo que es difícil de entender es por qué tenían cuatro dedos en cada mano.

ROMPETECHOS

No era precisamente un jugador de la NBA. En realidad, debía de ser más o menos de nuestra altura, y quizá por eso, y por su exacerbada miopía, nos parecía tan entrañable.

PEPE GOTERA Y OTILIO

«Chapuzas a domicilio» era su eslogan. Los bocadillos favoritos de Otilio eran los de garbanzos con nata. Muchos ven en ellos la precuela de *Manos a la obra*.

ANACLETO, AGENTE SECRETO

Este superagente 86 ibérico actuaba en solitario y sabía más de *gadgets* que el inspector homónimo y MacGyver juntos.

SUPERLÓPEZ

Mientras Clark Kent salvaba a la humanidad de su probable extinción por las fuerzas del mal, este personaje, nacido en los años setenta, hacía méritos para impresionar a su particular Lois Lane, que no era otra que... Luisa Lana. ¡Jan, qué grande eres!

TODOS LOS SUPERHÉROES

De la Patrulla X a Spiderman, del increíble Hulk a Superman, consiguieron que nos hiciéramos medio vigoréticos. Con profecías mayas o sin ellas, el mundo no ha dejado de estar en peligro y ellos siempre lo han conjurado. Otros que no fallan.

ESTHER Y SU MUNDO

Esta muchacha de ojos azules y cabello castaño atrapó a miles de chicas adictas a sus andanzas escolares y al buen rollo que transmitía su gran amiga Rita. Seguro que a muchas no les hubiera importado perder de vista a la «odiosa» Doreen. Si hubo un príncipe azul para la generación femenina de la EGB, no fue el de la Cenicienta, ni Felipe de Borbón: fue Juanito.

CANDY CANDY

Las chicas no querían ser como ella. Querían ser ella. Estaban enamoradas de su pelo y de su ropa y de su todo. Pero ¡ozú!, que su historia de abandono, orfanato y adopciones no era precisamente para envidiarla...

CELIA

De buena familia, ni sus vestidos impecables ni las riñas de las monjas hacían mella en su carácter revolucionario. Cuando Elena Fortún le dio vida en los años veinte del pasado siglo no podían imaginar que llegaría tan lozana hasta los ojos de la generación EGB. Celia, ¡hoy más que nunca necesitamos tu desparpajo!

MAFALDA

Es fácil que todo lo que aprendiera nuestra generación EGB fuera mérito de esta niña tan ácida como políticamente incorrecta y que odiaba la sopa.

NUESTROS LIBROS

Algunos ya empiezan a olvidarlo, porque a los *e-readers* solo se les gasta la batería, pero hubo un tiempo no tan lejano en que gastábamos las hojas de los libros hasta el punto que se notaba a la legua cuáles eran nuestros preferido y cuáles habían nacido solo para carne de estantería y polvo de cajón.

EL BARCO DE VAPOR

Nos enseñaron lo emocionante que puede llegar a ser la lectura y quizá por eso son los libros más entrañables de la infancia. Hoy se siguen publicando con gran éxito, y es posible que los chicos y las chicas de ahora sientan lo mismo que nosotros a medida que van evolucionando del blanco al azul, más tarde al naranja y finalmente al casi inalcanzable rojo, esto es, los colores de sus cuatro colecciones.

Muchos han sucumbido en trasiegos y mudanzas, pero donde aún sobreviven es en la memoria. Uno de los primeros que cayó en nuestras manos fue *El Pampinoplas*, un extraño ser aficionado a los pequeños hurtos. Cuando subimos de nivel conocimos a fray Perico y al pirata Garrapata. El primero, un fraile bonachón que a lomos de su borrico Calcetín trastocaba el día a día de una comunidad de frailes salmantinos. El segundo, con pata de palo, garfio de acero y el hígado como una sandía por culpa del ron, era un pirata inofensivo que si de algo nos mataba era de risa.

LOS CINCO

Eran aventureros y grandes amigos. Vamos, como los de El equipo A, pero con chucho de por medio. Se llamaban Julián, Dick, Ana, Jorgina, o Jorge, y Tim. Había quien se identificaba con la audacia del primero, otros con la simpatía del segundo, mientras que las niñas se inclinaban por la feminidad de la tercera o el coraje de la cuarta. Algunos quisimos ser como Tim, por supuesto. Guau, guau.

LOS HOLLISTER

En realidad eran *Los Felices Hollister*, así, con adjetivo. Cinco chavales, los padres —¡él, dueño de una tienda de artículos deportivos y juguetes!: ven-ga-ya— y las mascotas. Sus aventuras los llevaban a recorrer mundo y en todas partes dejaban muestra de su sagacidad a la hora de resolver los misterios más increíbles, ya fueran en un centro comercial o en una cueva.

BIBLIOTECA DE LOS JÓVENES CASTORES

Frente a la generación Harry Potter, la de la EGB se curtió con estos manuales que ponían todos los saberes al alcance de la mano. Veinte tomos, veinte, en los que los sobrinos del Pato Donald —Juanito, Jaimito y Jorgito— nos prepararon para la

vida moderna con sus famosos manuales: desde la importancia de atender a las señales de tráfico hasta la prestación de los primeros auxilios, pasando por temas no menos trascendentes como aprender a montar una tienda de campaña o la mejor manera de asar unas castañas... además de en el brasero de la mesa camilla.

ELIGE TU PROPIA AVENTURA

Fueron los primeros libros interactivos. Nos enseñaron a tomar las primeras decisiones, y más valía acertar, porque el destino del protagonista, ¡o de la Mona Lisa del Louvre!, dependía de nuestra prudencia o nuestra temeridad. *El expreso de los vampiros*, *Las joyas perdidas de Nabuti*, *La cueva del tiempo*, *Tu nombre en clave es Jonás*, *El reino subterráneo*, *El misterio de Chimney Rock*... Y cada uno, con varios finales.

DRAGONES Y MAZMORRAS

Cuando aún no sabíamos muy bien lo que eran los juegos de rol, desembarcó este ciclo medieval, fantástico, con toda su batería de *merchandising* —que tampoco sabíamos muy bien lo que era—. *Dragones y mazmorras* era «un mundo infernal», que ocultaba «entre las sombras la fuerza del mal». Nosotros, rezaba la franja inferior de los libros que publicó Timun Mas, éramos los héroes. Debíamos crear nuestro propio personaje, y el resto dependía de los dados y la suerte.

CÓMO HACER

De la mano de Ediciones Plesa aprendimos a ser marionetistas, espías y detectives, a hacer baterías e imanes, bromas y trucos, grabados y pinturas... Si no llegamos a ser un Goya o un Velázquez fue porque lo dejamos demasiado pronto.

LOS LIBROS DE TODAS LAS GENERACIONES

Hay libros que no pertenecen a ninguna generación, porque, en realidad, y aunque parezca cosa de magia potagia, son de todas: *La isla del tesoro*, *Cinco semanas en globo*, *Sandokán*, *Robinson Crusoe*... Todos cabían en las páginas de las míticas Historias Selección Bruguera. Estos y otros muchos clásicos también nos llegaron a través de su versión en cómic, las llamadas novelas ilustradas: *El rayo verde*, *Los viajes de Marco Polo*, *Nuestra Señora de París*, *Las aventuras de Tom Sawyer*... Cuando en una librería de segunda mano nos topamos con algunas de estas ediciones se nos cae la lagrimilla... Sniff.

Además de los jerséis de rombos y pelotillas, muchos de estos títulos los heredamos de nuestros hermanos —no todo iba a ser malo—. *El Principito* nos enseñó que lo esencial es invisible a los ojos, y *Momo*, a no fiarnos de los hombres grises que querían robarnos el tiempo. Cuidado, ahora van de negro...

Envidiábamos al *Barón de Münchhausen* porque echaba las trolas más grandes que podríamos imaginar y siempre le creían, y soñábamos con encontrar ese lugar en el que sentirnos tan grandes como Gulliver. Ahora, cuando nos reprochan seguir siendo unos eternos adolescentes, como Peter Pan, solo se puede decir que... «¡la vida pirata es la mejor, con la botella de ron!».

LOS LIBROS DE NUESTROS PADRES

No había biblioteca familiar sin un buen manual de urbanidad, aquel tocho dedicado a la correcta disposición de los cubiertos sobre la mesa —¡los tenedores a la izquierda y el filo del cuchillo para dentro, Romerales!— o a la presentación en un acto de sociedad de postín. Tampoco podían faltar los manuales de educación sexual que nuestros padres escondían en la balda más alta, no fuera a ser que nos enteráramos de todos los secretos habidos y por haber. Una vez que desenmascaramos a la cigüeña, muchos descubrimos los enigmas de la procreación con el intrigante *Cómo se hacen los niños*, de Ana Westley, publicado a finales de los años setenta.

Siempre había una *Biblia* y un *Quijote*, faltaría más, y aunque todos nuestros males se pasaban con una aspirina, mejor tener siempre a mano una enciclopedia de la salud; y esta, de verdad, sí que daba miedo tocarla y abrirla... Nos repugnaban aquellas fotos de malformaciones genéticas o tumores extraños, pero a la vez ejercían en nosotros una atracción irrefrenable. Éramos incapaces de dejar de mirarlas. También leíamos los síntomas de todas las enfermedades que acababan en *-itis*, y jugábamos con nuestro hermano a ver quién tenía más. Esto explica por qué hemos salido tan hipocondríacos.

¿Y cuáles eran los *best sellers* que tentaban a nuestros padres? *Los renglones torcidos de Dios*, *Los gozos y las sombras*, *La barraca*, *Simplemente María*... Todos, del Círculo de Lectores. Y por supuesto, y se ha dejado a propósito para el final, las novelas de bolsillo Estefanía de Marcial Lafuente, que escribió decenas, no, cientos, no, miles de novelas populares del oeste.



CAPÍTULO 10

LA ROPA Y LOS COMPLEMENTOS

LO QUE SE PUSO DE MODA

Nuestro fondo de armario tuvo un pasado y, por mucho que nos empeñemos, algún día, en el momento menos oportuno, asomarán de cualquier cajón aquellos calentadores multicolores que sin rubor nos poníamos encima de los pantalones. Estos fueron los imprescindibles, los *must* de nuestra generación.

CUANDO VIVIMOS LA MOVIDA

Todo, salvo pasar desapercibido. Era el lema. El resultado, un *look* extravagante, loco y estrafalario pero eso sí, con mucho *glam*: pelos cardados a base de kilos de laca, minifaldas con medias de colores, *prints* de leopardo, chalecos, estéticas militares, neoclásicas... ¿El resto del mundo? Unos horteras. De golpe y porrazo nos habíamos vuelto modernos en este país.

FUIMOS *HEAVIES*

Sí, antes o después, en algún momento, todos quisimos ser Bon Jovi. Reconozcámoslo. Tuvimos un uniforme oficial de *heavy*. Pelo largo, chupa de cuero con tachuelas, chaleco vaquero, camiseta con las mangas cortadas, parches de AC-DC y Metallica, chapas de Leño y Barón Rojo, pulseras de pinchos, pantalones de pitillo o mallas ajustadas... y las Yumas Galaxia o las Paredes edición Juegos Olímpicos de Moscú 80. Después se impusieron las J'hayber Olimpo, que pese a su nombre llegaban de Elche. Estaban fabricadas en un material de color blanco y baja capacidad de transpiración, algo que aprovechó el señor de Devor Olor para hacer su agosto. Lo cierto es que marcaron tendencia durante una larga temporada. Más que nada porque no había manera de destrozarlas.

LOS VAQUEROS NEVADOS

Si los llevaste, la pregunta es: ¿necesitaste terapia o has superado el trauma tú solito?

LOS «PLUMAS» BICOLOR

Con aquellos anoraks con relleno de pluma parecíamos el muñeco de Michelín, y cuando comenzaban a perder las plumas, la gallina Caponata.

LAS CAMISETAS DAMART CON THERMOLACTYL

Aquel tejido con nombre de medicamento contra el dolor de cabeza era el Gore-

Tex de los ochenta. Ya podíamos ir a Moscú en pleno invierno en mangas de camisa, como el del anuncio, que... «Frío yo, ¡nunca!». Lo inventó la marca Damart, y todavía sigue empleándolo para confeccionar sus conjuntos de ropa interior. Nuestras madres no las compraban por catálogo, pero seguían dejándonos el pijama debajo, por lo que acababas cogiendo un sarampión.

LA MARICONERA

Aquel bolso de mano masculino marcó tendencia entre nuestros padres, tíos y cuñados. Iba a juego con el corte de pelo *mullet*, corto delante y a los lados, y largo por detrás.

LA RIÑONERA

Fue el sustituto natural de la mariconera, solo que aún más hortera.

LAS GAFAS DE SOL RAY-BAN

Primero las lució Tom Cruise en *Risky Business*, pero fue Don Johnson quien creó tendencia gracias a *Miami Vice —Corrupción en Miami—*. No contento con eso, vistió a media España con trajes de lino blanco y camisas hawaianas de estampados complicados en los que se inspiraron los creadores de *El ojo mágico*.

CUANDO NOS VOLVIMOS PIJOS

Pantalones pesqueros, náuticos o bambas sin calcetines, tejanos con rotos por los que asoma un trozo de tela de lunares, un pañuelo de colores en el bolsillo trasero y un suéter rosa Lacoste a la espalda. En el armario, nuestros tenis y las camisetas con capucha de Fido Dido, aquella mascota del 7 Up de la que hoy nadie se acuerda. En el suelo, nuestra carpeta con las pegatinas de Snoopy. Una mañana nos mirábamos al espejo y ya no éramos nosotros. ¿Dónde están nuestras Yumas... o sea?

LOS BERMUDAS

Aunque al final picamos, aquellos bañadores estampados o de colores imposibles, que como mínimo llegaban hasta las rodillas nos parecieron, a primera vista, lo más ridículo que jamás habíamos visto. Al fin y al cabo, habíamos nacido con los turbo puestos, como el Piraña.

EL PELO A TAZÓN O PELO CAZO

En los noventa los peluqueros no se complicaban demasiado: nos ponían un

orinal en la cabeza, cortaban el pelo sobrante, hachazo para la raya al medio y listo. Que pase el siguiente...

LOS CHINITOS DE LA SUERTE

Los solíamos colgar de nuestras pulseras o relojes, lo cual resultaba incomodísimo a la hora de tomar apuntes en el colegio. Estaban hechos de madera, por lo que al ducharnos se hinchaban y terminaban por agrietarse, al tiempo que se iban decolorando hasta perder la ropa y las facciones. En teoría daban buena suerte: los que llevaban un hilo rojo atraían el amor; el amarillo, el dinero; el verde, la salud...

LOS CHUPETES DE LA SUERTE

Cuando pasó la fiebre de los chinitos, que duró un par de veranos, llenamos nuestro vacío existencial con unos chupetes de plástico duro translúcido. ¿Por qué chupetes? Para qué preguntárselo. Los había de todos los colores y en varios tamaños para colgárnoslos de las pulseras, en la mochila, en el llavero, en los cordones de las zapatillas, de pendientes... Daban la misma suerte que los chinitos y duraron otro tanto.

LOS TROLES DE LA SUERTE

Aquel engendro de piel cetrina, pupilas dilatadas y pelo de colores era un híbrido entre ET y Son Goku en modo superguerrero del espacio. No cayeron muy bien.

LAS PULSERAS DE HILO DE PLÁSTICO

Los puestos y tiendas de chuches vendían los hilos a granel y nuestras amigas perdían las tardes fabricando aquellas aparatosas pulseras que todos, como ya hemos dicho, hemos llevado alguna vez. Todavía en *Youtube* podemos encontrar vídeos para aprender a hacerlas.

LOS TOIS

Por si al señor del Bollycao se le ocurre resucitarlos, una vez más, ahí van unas cuantas ideas: «toi parao», «toi recortao», «toi en crisis», «toi indignao»... Éxito asegurado.

LOS ACIDS

Con el final de los ochenta sufrimos la invasión amarilla: en camisetas, gorros,

chapas, pegatinas... Aquella cara sonriente de color limón fue el símbolo de la música *acid house* y el primer emoticono de la historia.

LOS CLIPS... ¿DE LA SUERTE?

Clips de colores repartidos por las cazadoras, abrigos, pantalones, mochilas y demás apéndices. Sin comentarios.

LOS TAMAGOTCHIS

A muchos de nosotros la primera mascota virtual de la historia nos pilló ya talluditos. Fueron nuestros hermanos pequeños los que crecieron con aquel dispositivo electrónico con forma de huevo que encerraba a un bicho pixelado que creía, se alimentaba, hacía sus necesidades, se ponía enfermo... Lo divertido era atiborrarle a caramelos hasta la muerte.

LAS NIKE JORDAN

No le iban muy bien las cosas a la firma de la ola hasta que en 1985 sacaron este modelo. Lo que tocaba el 23 de los Chicago Bulls se hacía de oro.

... Y LAS REEBOK THE PUMP

Al principio de los noventa llegaron aquellas zapatillas que incorporaban una cámara de aire alrededor del tobillo que se inflaba si presionábamos repetidamente una pera con forma de balón de baloncesto, situada en la lengüeta. Incluían un equipo para reparar pinchazos. No, es mentira.

EL VELCRO

Vivió su época dorada en la que se utilizaban hasta para cerrar los paquetes del arroz SOS. Alucinamos cuando vimos las primeras deportivas que en lugar de cordones llevaban dos tiras de velcro. Fue un fiasco: a los dos meses aquello ya no pegaba.

CÓMO NOS VESTÍAN NUESTRAS MADRES

Ya podíamos llorar, patalear o dejar de respirar. Ese día tocaba pantalón de chándal con camisa de cuadros, y eran lentejas. Aquí las únicas que marcaban

tendencia, muy arriesgada, todo hay que decirlo, eran nuestras madres. Ellas eran nuestras *personal shopper*, aunque lo que se dice ir de compras... Como mucho, cuando llegaba el invierno nos caían un par de suéteres de pico con rombos, un pantalón y tres pares de calcetines blancos con dos raquetas de tenis entrecruzadas. Nuestro nuevo vestuario de estación lo completaba la abuela, que cambiaba las agujas de ganchillo por las de punto y se sacaba de la manga una chaqueta de lana que picaba como si fuera de pelo de llama y un pasamontañas. Otro más. Era el único momento del año en que detenía su producción de tapetes.

El esquijama y los calzoncillos nos lo traían los Reyes Magos, y el resto de nuestro fondo de armario procedía de los descartes de hermanos, primos y vecinos. En cada pantalón cabían tres como nosotros, así que nuestras madres tenían que dedicar una tarde entera a marcar y coger bajos.

—Te los dejo crecederos, que todavía no has dado el estirón.

Y salíamos a la calle con *look* retro incluso para la época. Si nos quejábamos, nos desarmaba con un argumento irrefutable:

—Hijo, no nos llega *pa'más*.

Y no nos engañaba. No había *pa'más*, pero ella siempre tenía un parche para cualquier roto o descosido. O coderas para aquellos codos desgastados, o rodilleras para aquellas rodillas maltrechas. Encontraba remiendos para todo.

SE HAN VUELTO A PONER DE MODA...

LOS BAÑADORES TURBO

También conocidos como «fardapaquetes». Pese a sus escasas dimensiones poseen un sorprendente espacio interior en el que nuestros padres guardaban el Ducados, el mechero y un peine.

LAS BAMBAS VICTORIA

Aquellas espartanas zapatillas de lona y suela baja de la marca Victoria costaban unas trescientas pesetas en el mercadillo, lo que explica por qué las calzamos todos los niños de los ochenta. Después cayeron en el olvido, y hace cinco años regresaron para vestir los pies de los más *fashion*. Paradojas de la vida.

LOS LEGGINS

Son los leotardos de toda la vida, aquellos que nuestras madres nos subían hasta

los sobacos.

LOS PANTALONES DE PITILLO Y LOS ELÁSTICOS

Juramos que nunca más y..., ya lo ves, hemos vuelto a caer.

LAS CONVERSE CHUCK TAYLOR

Lo que molaba era llevar una de cada color. Si la economía familiar no soportaba el gasto, siempre podíamos recurrir a sus imitadoras de mercadillo. Las más logradas eran las 412 de John Smith, que durante unos cuantos años se convirtió en la marca de los que no teníamos para marcas. Peor suerte corríamos si nos compraban las horrendas Happy Luck o las Tortola Sport, que fueron las causantes de no pocos traumas aún sin solucionar.

CAZADORAS DE AVIADOR

Aquí de nuevo tuvo parte de culpa el bueno de Tom (Cruise) interpretando al piloto Pete *Maverick* Mitchell. Para forrarlas hubo que sacrificar a Norit junto con todos sus familiares y amigos. Volvieron en 2011, pero por suerte no hicieron demasiado ruido.

LAS PULSERAS ELECTROMAGNÉTICAS

Las de entonces eran de cobre y abiertas, con unas bolitas en cada extremo. En lo que sí coinciden con las de ahora es en que tienen los mismos poderes que los chinitos de la suerte.

CÓMO PUDIMOS LLEGAR A PONERNOS ESTO

¿Te acuerdas de aquel vaquero que rompiste y deshilachaste hilo a hilo como una descosida para sacarle flecos? ¿Y de esa foto de fotomatón que demuestra que tu cardado fue el culpable del agujero de la capa de ozono? La guardas en ese cajón con doble fondo de tu armario. No te avergüences... o sí. Bueno, piensa que podía haber sido peor. Piensa que aquellas modas podrían haber vuelto... Da escalofríos, ¿verdad?

La culpa fue de las nubes que quemábamos con un mechero. No hemos podido averiguar finalmente si eran o no cancerígenas, pero desde luego que reblandecieron las meninges. Es lo único que puede explicar nuestro pasado rapero en el que

llegamos a dejarnos una cresta que ya hubiera querido para sí el mismísimo MC Hammer. O que Paco Pil nos pusiera los pelos de punta: en concreto, los del flequillo con aquel estilismo tipo rastrillo que causó furor en la pasarela *bakalaera* de entonces.

Hoy no se nos ocurriría cargar al hombro por la calle con el «loro» de doble pletina, dos bafles y *subwoofer* para quedar con la *peña* en el parque, o ponernos las mismas camisas que llevaban Los Manolos cantando en Barcelona 92 aquel inolvidable *Amigos para siempre*. Y tampoco humillaríamos a nuestro hijo disfrazándole con unos «rockys», aquellos conjuntos de pantalón corto con forro de rejilla y camiseta de tirantes de licra brillante de colores flúor, ahora tan de moda. Pero si algo hemos jurado en esta vida es nunca, jamás, volver a llevar hombreras. Lamento recordarte que dijimos lo mismo de los pitillo. Asúmelo. Algún día, tal vez no ahora, tal vez ni hoy ni mañana, pero más tarde... o más temprano, las hombreras volverán.

NOS QUEDAMOS EN LA EGB...

Si seguimos utilizando expresiones como chachi, debuten, al loro, chachipirulijuan-pelotilla —esta nos da un poco de grima—, que no te enteras, Contreras, mola cantidubi, guay del Paraguay...

Si seguimos saludando con un ¿qué pasa, tronco? o ¿qué pasa con tu *body*?

Si seguimos diciendo a los amigos: venga, tronco, tírate de la moto; no te tires el pisto; no te quedes con la peña; tienes menos detalles que un Seat Panda; sincronizamos los relojes; vamos a partir la pana; si bebes no conduzcas —mientras movemos la cabeza y simulamos que tocamos el piano—; pero ¿tú qué te crees? ¿MacGyver? —que nos sirve para replicar cualquier fantasmada—; para dentro, Romerales...

Si seguimos respondiendo a las preguntas «¿para qué?», con un «paraguayo»; «¿qué tal?», con un «bien con Okal»; «¿qué?», con un «Kas, que refresca más»; «¿no hay casera?», con un «¡pues nos vamos!» —y se continua con un «pídala en todas partes»...

Si intentamos acobardar o insultar con: te falta el canto de un duro —vamos, que se está rifando un guantazo y alguien lleva todas las papeletas—; eres más feo que Prosinecki en un Twingo; la cagaste Burt Lancaster; si eres más feo no naces; piensa, McFly, ¡piensa!...

Si seguimos dando la hora con un «las carne y hueso en pellejo» y volvemos a darla con un «la misma que ayer a estas horas», y lo rematamos con un «la hora 103».

Si aún recordamos el «delicado» tacto del papel higiénico Elefante y el olor del jabón Lagarto.

Si decimos «rebobina» cuando estamos viendo un DVD con nuestra pareja y nos hemos perdido algo de la peli.

Si gritamos «Encannnnnaaa» cuando a alguien le falla la cobertura y no nos escucha.

Si respondemos al teléfono con un «¿digamelón?».

Si de vez en cuando nos ponemos melancólicos y empezamos a recordar con los amigos las canciones de la infancia, como *La abeja Maya*, *D'Artacan*, *Marco*...

Si decimos «telefonillo» en lugar de «portero automático» y cada vez que vemos uno nos entran ganas de llamar a todos los timbres y salir corriendo.

Si cuando vemos a Jordi Hurtado no podemos evitar pensar que ha hecho un pacto con el diablo. Por ese hombre no pasan los años.

Si un par de veces al año nos acordamos de las Mama Chicho.

Si en nuestro currículum sigue apareciendo el curso de Basic.

Si tenemos un cuñado que aún nos llama «machote».

Si cuando escuchamos «somos amigos» no podemos reprimir un... «y residentes

en Madrid».

Y por último, si al despedirnos seguimos diciendo «adiós, *pinfloyd*». Pues lo dicho.



JAVI NIEVES (Javier Nieves Lamas, Madrid, 1972). Es periodista radiofónico en la COPE (*La mañana*) y en la Cadena 100 (*Buenos días, Javi Nieves*).

Nació y se crio en Madrid y desde muy pequeño comienza su afición por la radio. Empezó a dedicarse a este medio en el año 1989, con 17 años. Después de realizar distintas pruebas comienza a trabajar en Radio España (*Top 40*) como presentador de radiofórmula.

En el año 1990 comienza a realizar las tardes entre las 17.00 y las 20.00 horas y a colaborar en distintos programas, entre ellos el informativo de Radio España *Radio Hora Musical* alternando noticias con novedades musicales. En el año 1993 ficha por Onda Cero donde presenta distintos programas en Onda Cero Música. Entre ellos *Los 10 de tu vida* y el repaso de novedades musicales de los sábados por la mañana. Allí realiza su primer *morning show*. En 1995 comienza a trabajar en Cadena 100 participando en distintos programas. Entre ellos *Conservas Escalada* y *Del 100 al 1*.

En 1999 presentó los Premios de la Música, en una gala dirigida por Miguel Bosé, en la que se realizó un homenaje a la radio musical.

En el año 2000 dirige su primer programa *100x100* en horario de tarde, entre las 17.00 y las 21.00. En el programa participaron entre otros María de Meer, Agustín Jiménez, Flipi y Alejandro Tejería.

Ha sido el encargado de las retransmisiones de los premios Grammy en los años 2003 desde Nueva York y en 2004 desde Los Angeles.

En el año 2005 se encargó de la dirección del programa *El Despertarock* en la

cadena Rock & Gol, junto a Antonio Jimeno, María Segurado y Berto Romero.

En el año 2006 comenzó el programa *Buenos días, Javi Nieves*, que se emite diariamente entre las 6.00 y las 10.00 de la mañana en Cadena 100. Programa copresentado con Mar Amate. Donde destacan secciones como *Quien te tienta a las 9.30* o *Los niños y Jimeno, siempre dicen la verdad*.

En el año 2008 fue galardonado con el *Premio Comunicación Juan Pablo II* de la Fundación Crónica Blanca.

En el año 2010 recibió el premio de la *Academia de la Radio* y ese mismo año el premio *Cambio 16* como mejor espacio de radio.

En el año 2011 la Agrupación de Telespectadores y Radioyentes premió el espacio *Los niños y Jimeno, siempre dicen la verdad* del programa *Buenos Días, Javi Nieves*.

En el año 2012 recibió el *Premio Ondas*.

Ha escrito un libro *Generación EGB*, en el que recopila las historias, juegos y los recuerdos de su niñez.